



**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE
MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
POSGRADO EN FILOSOFÍA**

**PSICOANÁLISIS FREUDIANO:
UNA LECTURA DESDE LA INSCRIPCIONALIDAD DERRIDIANA**

Tesis que para obtener el grado de: Doctora en Filosofía

Presenta

Maestra en Filosofía Rosaura Martínez Ruiz

Asesora: Dra. Ana María Martínez de la Escalera Lorenzo

2007



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A la Universidad Nacional Autónoma de México

A mi maestra Ana María Martínez de la Escalera

A mi Comité Tutorial:
Dr. Ambrosio Velasco y Dr. Raúl Quesada

A los lectores de mi trabajo: Mariflor Aguilar y Raúl Alcalá

Al Seminario de Investigación "Hermenéutica, Sujeto y Cambio Social" (Macroproyecto "El Papel de las Humanidades y las Ciencias Sociales frente a los retos del Siglo XXI")

A Mónica Cagnolini

A Vicente, Jerónimo Y Tamara

A Pino y Rosaura

Gracias

ÍNDICE

Introducción	1
I. De la apertura de paso a la inscripción de la huella	20
1.1 El proyecto de psicología	30
1.2 La Carta 52	35
1.3 La pizarra mágica	42
1.4 Las máquinas de <i>La interpretación de los sueños</i>	55
II. Pulsiones de vida y muerte: una lectura desde la inscripcionalidad	71
III. El psiquismo freudiano y el juego de la fantología	102
3.1 Un lugar atópico: <i>khôra</i> y el aparato psíquico	102
3.2 Espectralidad en el aparato psíquico	113
IV. El aparato psíquico: máquina y repetición	123
Conclusiones	144
Bibliografía	151

INTRODUCCIÓN

Mi primera intención para una tesis doctoral en filosofía fue hacer una crítica a la concepción moderna de sujeto desde la noción de resistencia del psicoanálisis y la deconstrucción. Mientras hacía esta investigación y estudiaba los textos de Derrida sobre algunos escritos freudianos, me di cuenta que cuando Derrida y Freud están juntos la idea que más efectos produce es la de una lógica de la inscripcionalidad en el aparato psíquico. Para ir más despacio: cuando estudiaba los distintos tipos de resistencia de los que habla Freud en, por ejemplo, *Inhibición, síntoma y angustia*, empecé a revisar su texto *Nota sobre la pizarra mágica* y la lectura que Derrida hace de este pequeño escrito en *Freud y la escena de la escritura*; poniendo estos tres textos juntos pude ver que era una cierta *resistencia a la escritura* la que de manera *revolucionaria* daba cuenta de todo lo que se pudiera llamar psiquismo. Así, estudiando cómo opera la fuerza de resistencia que opone el aparato psíquico freudiano a algo que, con muchas precauciones, podríamos llamar “nueva” estimulación o experiencia, comprendí que era el modelo que presentaba Freud en la *Nota sobre la pizarra mágica* el que con mayor potencia mostraba cómo el funcionamiento del aparato psíquico estaba inmerso en una lógica de la inscripcionalidad que coincide con la que Derrida trabaja a lo largo de sus escritos sobre el psicoanálisis freudiano.

La pregunta que guiará este trabajo puede estructurarse de la siguiente manera: ¿qué pasa con el psiquismo cuando el aparato psíquico se convierte en una máquina de escritura? O también, ¿qué pasa con el psiquismo cuando se lo atraviesa por la lógica de la inscripcionalidad?

Creo que cuando Freud piensa al aparato psíquico como una máquina de escritura escapa, como dice Derrida, a la metafísica de la presencia que por supuesto lleva como uno de sus principales estandartes la presencia de un sujeto pleno. Ahora bien, es también muy importante aclarar desde el inicio que decir “aparato psíquico como máquina de escritura” no implica una metáfora en sentido clásico, esto es, decir aparato psíquico *como* máquina de escribir no significa que el funcionamiento del aparato psíquico pueda explicarse a través de la figura de la máquina de escritura, lo que quiero decir es que desde la lógica de la inscripcionalidad de la que habla Derrida, hay que decir que el aparato psíquico *es* una máquina de escritura. Es aquí donde creo que Freud no radicalizó ni llevó hasta sus últimas consecuencias lo que describía y descubría en su texto sobre la pizarra mágica. No hay en este pequeño escrito una declaración categórica donde diga que el aparato psíquico es una máquina y que, por lo tanto, su proceder es mecánico. En este escrito, Freud no cesa de aclarar que se trata de una analogía que al final, como toda analogía, encontrará un límite.

Considero que lo más sorprendente de este texto, cuando se lo pone junto a Derrida, es entender cómo el aparato psíquico, atravesado por la lógica de la

inscripcionalidad, pone en cuestión ciertos principios de la metafísica de la presencia. Así, la pregunta de Derrida en *Freud y la escena de la escritura* no es si la pizarra mágica es una buena metáfora del aparato psíquico sino qué aparato hay que crear para representar la esencia psíquica y “¿cómo tiene que ser, finalmente, la relación entre lo psíquico, la escritura y el espaciamiento, para que sea posible ese paso metafórico, no sólo ni primeramente dentro de un discurso teórico, sino en la historia del psiquismo, del texto y de la técnica?”¹ Esta pregunta es parte de lo que este escrito tratará de responder.

Así, mi intención es ubicar este trabajo dentro de la historia del pensamiento freudiano, esto es, dentro de la obra de Freud. No pretendo insertar este estudio dentro de la historia del pensamiento filosófico, sino, a partir de un recorrido por los textos freudianos que considero muestran la preocupación de Freud por la inquietante relación entre el psiquismo y lo *maquínico*, entablar un diálogo entre Freud y Derrida. Ahora, me parece que es Derrida un filósofo cuyos escritos muestran, por un lado, una constante interpelación a la historia del pensamiento occidental y, por otro, aquel que permite leer a Freud desde su historicidad. Pero además, deja ver al psiquismo, como el objeto de estudio del psicoanálisis, desde su *antiesencialismo*. Asimismo, sus textos sobre psicoanálisis interpelan a esta disciplina y al gremio o institución psicoanalítica y les exigen manifestarse sobre temas de actualidad tanto para la historia de la filosofía como

¹ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio

para la historia de la humanidad en general. De este último punto diré algo un poco más adelante.

Lo que me interesa es establecer una contigüidad entre Freud y Derrida, específicamente entre el diseño mecánico de aparato psíquico en el primero y la idea de escritura o inscripcionalidad en el segundo, para después analizar las consecuencias que de este gesto se desprenden.

En octubre de 2006, en la Ciudad de Buenos Aires, escuché una conferencia de Francisco Vidarte que tituló “Derriladacan. Contigüidades sintomáticas.” Su texto escrito abre con una cita a Derrida de *Mes chances* que dice:

En todos los casos, la incidencia se deja marcar en el sistema de una *coincidencia*, la misma que cae, bien o mal, *con* otra cosa, al mismo tiempo o en el mismo lugar que otra cosa. Ése es también en griego el sentido de *symptōma*, palabra que significa en primer lugar el hundimiento, el desplome, luego, la coincidencia, el acontecimiento fortuito, el encuentro, también el acontecimiento desafortunado y, finalmente, el síntoma como signo, por ejemplo, clínico.²

Su intención fue poner a Lacan y Derrida juntos y “ver qué pasa” decía. Ese fue también mi deseo, poner a Freud con Derrida juntos, leerlos juntos y “ver qué pasa.” En la versión escrita de su ponencia dice: “*síntoma* viene del griego ‘*sin-pípto*’ [ind.: pet-], que significa, ‘caer juntamente’, ‘coincidir.’ Designa así

Peñalver, trad.). Barcelona: Anthropos. p. 275.

² www.jacquesderrida.com.ar/comentarios/derridalacan.htm

algo tan simple como que dos cosas vengan a caer juntas, una al lado de la otra, dos cosas coinciden, y ello puede o no suceder ‘propiciamente’ (sin salirnos de esta familia); también lo que cae hacia adelante, lo que se precipita sintomáticamente que viene a ser lo mismo que fortuitamente.”³ He de confesar que a mi Freud y Derrida *me cayeron*, como *síntoma*, de una manera prácticamente fortuita. Fue en el año 2000 cuando empezaba mis estudios de maestría en *The New School University* que cursé con el Dr. Alan Bass su materia de *Psicoanálisis y deconstrucción*. Ahí empezó mi *síntoma*. Freud era desde entonces el pensador con el que yo quería trabajar, y ese curso me llamó por su referencia al psicoanálisis, de deconstrucción no sabía nada. El Dr. Alan Bass se dedicó a leer Freud con Derrida y desde, entonces, yo no he hecho otra cosa que seguir estudiando alrededor de esas contigüidades. Mi *síntoma* se verá también reflejado en la bibliografía citada, pues parte sustancial de ella está dedicada a Freud y Derrida. Esto responde a mi intención de escribir sobre un ejercicio de lectura que resultó en la elaboración de la pregunta por el aparato psíquico en tanto máquina de escritura y, en este mismo sentido, en tanto tejido de huellas mnémicas.

Luego también cursé, en *The New School University* dos seminarios sobre la pena de muerte con Derrida y me sorprendió lo mucho que citaba a Freud y, en general, cuánto del psicoanálisis inspiraba sus cuestionamientos ético-políticos.

³ *Ibíd.*

Mucho de esos seminarios lo había recogido en la conferencia que él dictó en el evento convocado por René Major y Élisabeth Roudinesco que llamaron *Estados generales del psicoanálisis* en el año 2000 y que, respondiendo a este nombre, tituló *Estados de ánimo del psicoanálisis*. El tema de la crueldad era el hilo conductor de los seminarios y de la ponencia también. Dice Derrida en *Estados de ánimo del psicoanálisis* que sobre la crueldad –que es para él lo “irreductible de la vida del ser animado–”no se puede ni decir nada ni interrogar nada sin el psicoanálisis. Y agrega: “Incluso si el psicoanálisis sólo no nos permitiese aún saberlo, pensarlo, tratarlo –lo que yo estaría inclinado a creer-, en todo caso no podría proyectarse hacerlo sin él.”⁴ La pregunta gira en torno al descubrimiento freudiano, llamémosle así, de una insuperable e invencible pulsión de destrucción o de muerte que pone en cuestión una política y un derecho progresistas. Esta pulsión que Derrida lee como la tendencia a infligir dolor a otro o a uno mismo, esto es, una inherente voluntad de crueldad en, lo que él llama, los seres animados, no puede ya pensarse sin el psicoanálisis. Y el llamado que Derrida hace no es exclusivamente a las humanidades y ciencias políticas de voltear a ver al psicoanálisis, sino que hay también una fuerte interpelación al psicoanálisis, una exigencia al psicoanálisis de manifestarse, de decir algo sobre la crueldad y los temas ético-políticos que de ella se desprenden, por ejemplo y entre otros, el de la pena de muerte.

⁴ Derrida, J. (2001). *Estados de ánimo del psicoanálisis*. (Virginia Gallo, trad.). Argentina: Paidós.

Derrida, el filósofo, lee a Freud el psicoanalista y ¿qué pasa después? Creo yo que una *revolución* en sus disciplinas. Entendamos por revolución una irrupción que *interrumpe* algo y genera un cambio. Una revolución dice el *Diccionario de la Real Academia Española* es un acto y efecto de “revolver o revolverse,” un “cambio violento en las instituciones,” es “inquietud, alboroto, sedición”. La llegada del que llega es siempre una revolución, dice Derrida en *Estados de ánimo del psicoanálisis*.⁵ El entrecruce entre deconstrucción y psicoanálisis trata de una “revoltura” que inquieta, creo yo, los límites entre las dos disciplinas: filosofía y psicoanálisis. Hay además el carácter revolucionario del psicoanálisis que, entre otras cosas, puso en cuestión la autoridad de la conciencia, como dice Derrida: “Ya que si lo que se llama el psicoanálisis, lo que se refiere al psicoanálisis nos enseñó al menos una cosa, está en nosotros desconfiar de una espontaneidad alegada, de la autonomía y de la libertad supuesta.”⁶ La filosofía y el psicoanálisis pueden pensar juntos, entonces, categorías como las que a mí me interesan: aparato psíquico y escritura.

Quiero también proponer esta vinculación entre el psicoanálisis y la filosofía como una lectura deconstructivista en sí misma. Con esto quiero decir que el simple gesto de poner a dialogar dos disciplinas es un acto de deconstrucción, pues, entre otras cosas, los límites entre territorios aparentemente

p.p. 11-2.

⁵ *Ibíd.*, p. 48.

⁶ *Ibíd.*, 29.

bien definidos se ponen en cuestión. Esta vinculación mueve los límites tradicionales de las dos disciplinas y este gesto produce nuevos efectos y movimientos. Me gusta pensar en la deconstrucción como una manera de habitar en el pensamiento, como lo dice Cragolini. Y de una manera más específica, habitar las fisuras del pensamiento. Entendiendo por fisuras, las grietas del edificio de la metafísica que develan que no está bien construido. Ahí donde la lógica oposicional se tambalea o, como dice Derrida, las fisuras como “espacios” donde habita la *indecidibilidad*.⁷

* * *

En el libro *La escritura y la diferencia*, cuyo ensayo *Freud y la escena de la escritura* utiliza el texto freudiano *Nota sobre la pizarra mágica*, Jacques Derrida ejecuta una de tantas experiencias de lectura deconstructiva sobre uno de

⁷ Dice Mónica Cragolini: “Nosotros podríamos decir que el indecible es el *medium* de la deconstrucción, es decir, es el elemento en el cual se mueve, el elemento en el cual está navegando. [El término indecible refiere] a aquello que está ‘entre’ las oposiciones de la metafísica binaria u occidental. Nosotros caracterizamos los indecibles como unidades de simulacro, o como falsas unidades verbales, que ponen en crisis al edificio de la metafísica, o ponen en una situación de parálisis a ese binarismo occidental. ¿Por qué paralizan a la metafísica? Porque la metafísica opera según esas categorías binarias, es decir, opera por oposición; y quedarse en el medio genera un estado de incertidumbre. Genera un estado de no certeza que pone en problemas a una metafísica pensada según el esquema *arkhico*, donde hay una voz del padre, una voz de Dios, que determina lugares y jerarquías.” [Mónica Cragolini, curso virtual *Introducción al pensamiento de Jacques Derrida*, clase 3 apartado 2. www.comunidadrussell.com/cursosvirtuales/derrida]. La *indecidibilidad* sería entonces ese espacio donde no se puede decidir con certeza y donde, por lo tanto, dice Derrida, sólo queda hacer un *cálculo*, que aunque siempre “incalculable,” hay que hacer y que, de hecho, hacemos

los textos históricos del psicoanálisis. Es decir, textos que han contribuido a dar forma a una suerte de vocabulario técnico del saber y de la clínica psicoanalítica. En el citado escrito, Freud narra su descubrimiento, en el mercado, de un juguete infantil: una pizarra donde se traza con un buril sobre una superficie que posee la propiedad de borrarse repetidamente y curiosamente conserva a la vez la facultad de retener, a su manera, lo borrado. Este artefacto o artilugio se acomoda perfectamente, según Freud, como ilustración o ejemplo –quizás incluso metáfora- del aparato psíquico que en esos momentos le parece poder determinar en primera instancia como una suerte de máquina o maquinaria. Este hallazgo fortuito le merece a Derrida una primera nota de atención; quizás no sólo por el carácter artefactual que concede, metafóricamente, al psiquismo, sino por el carácter marcadamente fortuito del descubrimiento que, sin embargo, se adecua perfectamente, al objeto de análisis.⁸ Pero, ¿qué tan azarosos pueden ser un mercado, un juguete infantil, un artilugio técnico?, ¿qué tan adecuados y a la vez “desiguales” o “retardados” como metáfora del discurso y vocabulario psicoanalíticos? Estas preguntas aparecerán en el primer capítulo de la tesis.

Entre las ideas que me interesa rescatar y estudiar alrededor de estas preguntas son aquellas del retardamiento (*Nachträglichkeit*) y la alterabilidad de

todo el tiempo. Este cálculo no supera la imposibilidad de una toma de decisión ni clausura la incertidumbre.

⁸ Derrida señala en una nota de su escrito *Freud y la escena de la escritura* que la *Standard Edition* advierte una infidelidad y él mismo dice que, aunque “no afecta al principio general,” está

la huella mnémica que puede pensarse también como posibilidad de retranscripción o reescritura en el aparato psíquico. Todos estos son procesos o fenómenos que se juegan dentro de la lógica de la inscripcionalidad que Derrida describe a lo largo de prácticamente toda su obra. Siguiendo a Derrida, creo que “los conceptos de *Nachträglichkeit* y *Verspätung*, [son] conceptos rectores de todo el pensamiento freudiano, conceptos determinantes de todos los demás conceptos... La irreductibilidad del «retardamiento»: este es sin duda, el descubrimiento de Freud”.⁹ Y este retardamiento, que para Freud describe el proceder de su aparato psíquico, irrumpe también como escritura, como Derrida entiende la escritura, como inscripción de huellas.

Como dice Derrida en su artículo *Firma, acontecimiento y contexto*, la escritura es un espaciamiento entendido como “disrupción de la presencia en la marcha”¹⁰ y todo signo escrito, para poder ser un signo, debe suponer cierta ausencia. Pero, todas estas características que la tradición le había conferido al signo escrito, Derrida las transfiere a todo signo, escrito o no. Es en este sentido que Derrida piensa que todo signo es un signo escrito, esto es, en la medida en que todo signo comparte las características que la tradición había guardado para la escritura fonética. En primer lugar, es aquella ausencia que construye la marca la

tentado “de pensar que Freud deforma además por otra parte su descripción técnica por las exigencias de la analogía.” (p. 307).

⁹ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 281.

que, como dice Derrida, nos obliga a pensar en un cierto diferimiento de la presencia. Esto es, una marca sólo es una marca si sigue funcionando a pesar de la ausencia radical –o no- tanto del emisor como del receptor.

En palabras de Derrida: “Toda escritura debe, pues, para ser lo que es, poder funcionar en la ausencia radical de todo destinatario empíricamente determinado en general. Y esta ausencia no es una modificación continua de la presencia, es una ruptura de presencia, la «muerte» o la posibilidad de la «muerte» del destinatario inscrita en la estructura de la marca.”¹¹ Y más adelante aclara: “Lo que vale para el destinatario vale también por las mismas razones para el emisor o el productor. Escribir es producir una marca que constituirá una especie de máquina productora a la vez, que mi futura desaparición no impedirá que siga funcionando y dando, dándose a leer y a reescribir.”¹²

La ficción neurológica que diseña Freud en el *Proyecto de psicología* de 1895, el modelo de escritura que propone tan sólo un año después en la *Carta 52* (6/12/1896) y la posibilidad que ilustra la pizarra mágica de infinita escritura, muestran al aparato psíquico como una *máquina de escritura* donde lo escrito está por escribirse, está por-venir. No se trata de un *texto psíquico* que esté ya escrito y en donde tan sólo se vaya agregando más texto; lo escrito se re-escribe, se transforma, se escribe sobre lo escrito y esta re-escritura modifica lo ya escrito.

¹⁰ Derrida, J. (2003). Firma, acontecimiento, contexto. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) España: Cátedra. p. 369.

¹¹ *Ibid.*, p. 357.

Lo escrito nunca es ni será lo que en algún momento fue. El texto psíquico está por escribirse, pero en un futuro que no será nunca presente, no se trata de un mañana presente, sino de un futuro radicalmente futuro, siempre futuro. Es este radical futuro al que Derrida prefiere llamar lo por-venir.

Como dice Freud en el *Proyecto de psicología*, el psiquismo no es otra cosa que memoria, esto es, el aparato psíquico es un artefacto de archivación.¹³ En otras palabras, el aparato psíquico emerge como una defensa, como una resistencia ante la posibilidad de una muerte inmediata. El organismo debe entonces hacerse de una reserva de energía que le permita mantenerse vivo, la vida no es otra cosa que cierta reserva y flujo de energía, el aparato psíquico es esta reserva, memoria o archivación de cierta cantidad de energía. Es por esto que uno de los principales puntos que me propongo analizar es el problema de la memoria cuando el psiquismo se torna texto, o, en otras palabras, cuando la huella mnémica es trazo. La característica que encuentro más importante de esta huella mnémica es la de su alterabilidad. En la *Nota sobre la pizarra mágica*, Freud dice que el aparato psíquico “es ilimitadamente receptivo para percepciones siempre nuevas, y además [procura] huellas mnémicas duraderas –aunque no *inalterables*.”¹⁴ Es esta característica de huellas mnémicas alterables la que considero sitúa al aparato psíquico fuera de una metafísica de la presencia y lo

¹² *Ibíd.*

¹³ La cuestión del archivo como reserva la trabajo en el capítulo que titulé *Pulsiones de vida y muerte: una lectura desde la inscripcionalidad*.

coloca en el medio de un juego entre presencia y ausencia y memoria y espera. Dentro de la lógica de la indecidibilidad, de una ontología asediada por fantasmas.

Ahora bien, estos tres textos, entre otros, muestran también cómo la memoria no es una propiedad más del psiquismo, sino *lo* propiamente psíquico, la *esencia* de lo psíquico dice Derrida en *Freud y la escena de la escritura*. El aparato psíquico debe cumplir con dos funciones, percepción y memoria; pero Freud hace acertadamente una radical diferenciación entre el aparato o sistema psíquico y lo psíquico. El aparato o sistema psíquico no es psíquico, procede de otro orden; lo psíquico está *en medio* del aparato, se trata de procesos virtuales, sin *topos* materializado. La topología del aparato psíquico es, entonces, una topología sin *topos*, no existe, *no tiene lugar*, es una ficción más. ¿Será una ficción necesaria para Freud? Lo psíquico es la memoria porque este aparato es una máquina de escritura que archiva ilimitadamente lo escrito, *como* la pizarra mágica. Registra y olvida; registra olvidando, y al olvidar *algo* permite que *otra cosa* se registre.

Se despliega entonces en todo proceso de escritura o de inscripcionalidad un juego entre presencia y ausencia y memoria y espera. Es este juego aquel de la ontología asediada por fantasmas o *fantología* y el de la lógica de lo *indecible*. Si la huella mnémica es ante todo alterable no hay origen asignable en el aparato psíquico, se trata de un origen que queda siempre desplazado.

¹⁴ Freud, S. (1925). Nota sobre la pizarra mágica. *AE*, 19, p. 244. Subrayado mío.

El descubrimiento del efecto retardado (*Nachträglichkeit*) nos permite deslindarnos de la teoría del trauma que ubica un evento traumático específico que se entiende como el origen de la etiología del padecimiento psíquico. No hay nada como *el* evento traumático, desde la perspectiva psicoanalítica el trauma siempre está en condición de *lo por venir* porque el texto psíquico está abierto a la reescrituración. El trauma sólo ocurre con (y como) retardamiento.

Creo yo que son justamente la irreductibilidad del retardamiento, la alterabilidad de la huella mnémica y la posibilidad de la reescrituración del texto psíquico, por un lado, las principales consecuencias que el diseño del aparato psíquico como máquina de escritura acarrea y, por otro, aquello que abre al psicoanálisis como clínica y terapéutica. El psicoanálisis en tanto clínica es una reescrituración del tejido de huellas mnémicas. ¿Qué significa esto? Pues que el trágico destino de un sujeto que parecía ya asignado puede rediseñarse. Para decirlo rápido: el psicoanálisis devela posibilidades más allá de aquellas que la historia hacía ver como las insuperables.

Pero también, esta posibilidad que la alterabilidad de la huella abre deja ver la interminabilidad del análisis. La memoria muta y mientras se abra ese espacio el análisis no puede tener fin. Es la alterabilidad, creo yo, la característica fundamental de toda huella y, en este sentido, de toda escritura. La escritura es radical apertura a la otredad.

Trabajo también la tensión entre las pulsiones de vida y muerte como proceso de inscripcionalidad. El aparato psíquico emerge como una defensa, como una resistencia ante la posibilidad de una muerte inmediata. El resultado de la diferencia entre la resistencia que opone el aparato psíquico y la fuerza del estímulo es un trazo, es escritura. El aparato psíquico es esta reserva como memoria o archivación. Ahora, queda claro que en tanto máquina de escritura, esta reserva no es sino la archivación de huellas mnémicas. En este sentido, sostengo que la vida, como este diferimiento de la muerte, se confecciona *como escritura*. Es la escritura o inscripcionalidad el diferimiento de la muerte.

En relación con el apartado sobre la *khôra* de Platón, pienso en *khôra* como una crítica a ubicar exclusivamente en términos espaciotemporales y es eso lo que quise subrayar con este paralelismo.

El aparato psíquico, como *khôra*, no es ni un espacio ni un contenedor. Dice Freud, por un lado, que se trata de un aparato virtual y, por otro, que funciona *como* una máquina de escritura, esto es, un aparato virtual “donde” se inscriben huellas mnémicas. Sin embargo, la inscripción de la huella en la pizarra mágica no es un hecho consumado, sino más bien, un proceso, radicalmente proceso, siempre proceso, la huella mnémica como inscripción, como aquello que se inscribe en la *khôra* de Platón, escapa y excede ese *topos*.

El último apartado de mi trabajo analiza el carácter de automaticidad del aparato psíquico. En Freud, el recurrente uso de metáforas tecnológicas para

explicar el funcionamiento del aparato psíquico apunta también, creo yo, hacia la necesidad de ilustrar una cierta “automaticidad” del psiquismo. La introducción del psiquismo a una lógica del inconsciente lo inserta dentro de aquello que está más allá de lo volitivo. El psiquismo “hace cosas” o “produce cosas” (actos, lapsus, sueños, síntomas somáticos) cuya etiología es desconocida por la conciencia o percepción. La conciencia no interviene en todo proceso psíquico y, después del psicoanálisis, esta es una afirmación que resulta prácticamente incuestionable. La máquina no tiene voluntad, una vez que se enciende y se pone en marcha no puede parar su funcionamiento, a menos, por supuesto, que esté diseñada para tal acción. El aparato psíquico en tanto máquina no necesita, por decirlo de alguna manera, que el sujeto sepa ni de su proceder ni de su efectividad.

Así, me parece que son la repetición y el trabajo de pensamiento como proceso de repetición lo que podría sostener lo psíquico. ¿Qué quiere decir esto? Quiere decir que al aparato psíquico no lo sostiene nada como un sujeto plenamente presente. Un mecanismo es en última instancia un diseño que permite repetir *automáticamente* una acción. El aparato psíquico en tanto máquina se sostiene mientras *la repetición se repita*. La memoria es, de hecho, una repetición *por venir*.

Una máquina es también un artefacto de transformación de energía. Lo interesante aquí es que el aparato psíquico guarda siempre una reserva, y esto no

sólo quiere decir que no haya una plena y armónica descarga o transformación de la energía, sino que también, toda alteración o transmutación en el acontecer psíquico mantiene siempre cierta relación con el estado anterior.

Dentro del pensamiento freudiano, esta idea de reserva tiene muchísimas e interesantísimas consecuencias que trabajo también en el último capítulo de la tesis. En primer lugar, la característica de *alterable* de la huella mnémica, que yo he propuesto aquí como la más significativa para una lectura del psicoanálisis desde la inscripcionalidad derridiana, es modificación de su arquitectura y no plena transformación. Es decir, la huella mnémica guarda siempre algo de su herencia, misma que modifica toda inscripción por venir. En segundo lugar, la memoria es de hecho una reserva que el aparato psíquico construye para protegerse de una muerte que no le sea la propia. Y por último, para fines clínicos, la idea de una cierta reserva por un lado, y por otro, el que esta reserva no sea de ninguna manera inmutable, hace que el psicoanálisis se dirija a la procuración de un trabajo de pensamiento obviamente analítico, pero que no busca *un* sentido último y originario en el discurso del paciente. ¿De qué se trata el análisis entonces? Trata creo yo, precisamente de eso, *de analizar con el fin de analizar*. Se trata de dar rienda suelta a algo así como una compulsión analítica.

Aparece también en este trabajo una crítica a las topologías freudianas. Me parece que es siempre riesgoso pensar en el aparato psíquico como un conjunto de partes coordinadas, pues pensar en partes o instancias psíquicas lleva siempre a la

pérdida de cierto movimiento, dinamismo y economía del psiquismo. La división topológica, además de romper con el dinamismo del aparato psíquico, hace pensar en distintos textos psíquicos que viajan de una instancia psíquica a otra. Esto trae como consecuencia que la huella mnémica pierda la característica de *alterable* que Freud le confirió en su *Nota sobre la pizarra mágica*. La huella mnémica alterable se convierte entonces en una huella que no cambia su arquitectura y que se limita tan sólo a pasar de una instancia psíquica a otra.

Dentro de toda esta trama, quiero aclarar por qué decidí trabajar con la noción de inscripcionalidad de Derrida y no la de huella, *différance* o reserva, por mencionar algunas posibilidades. Primero que nada, creo que no hay que dejar de lado aquello que Derrida dice en relación con todos estos términos: “Si consideramos ahora la cadena en la que la «diferancia» se deja someter a un cierto número de *substituciones no sinonímicas, según la necesidad del contexto*, por qué recurrir a la «reserva», a la «archiescritura», al «archirrastró», al «espaciamiento», incluso al «suplemento», o al *pharmakon*, pronto al himen, al margen-marca-marcha, etc.”¹⁵ Así, me parece que, en el contexto de este trabajo, esto es, pensando en el aparato psíquico en tanto máquina de escritura, se necesitaba de un término que refriera a todo el proceso de inscripción o escritura y no sólo, por decirlo de alguna manera, a un “resultado,” como la huella o la reserva. *Inscripcionalidad* rescata todo aquello que se juega en el proceso de

impresión de la huella que, para fines de la descripción del psiquismo freudiano lo devela como una máquina de escritura e ilustra todas las consecuencias que este diseño tiene para la concepción psicoanalítica de lo que el aparato psíquico es. Además, pensé que era más oportuno decir inscripcionalidad que escritura, pues el término remite de manera inmediata a un proceso de impresión, de trazo de un surco, mientras que escritura no.

¹⁵ Derrida, J. (2003). La différance. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) Madrid: Cátedra. p. 48. Subrayado mío.

I. DE LA APERTURA DE PASO A LA INSCRIPCIÓN DE LA HUELLA

...representaciones, pensamientos y, en general, productos psíquicos no pueden ser localizados dentro de elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por así decir, entre ellos, donde resistencias y facilitaciones constituyen su correlato.
Freud, La interpretación de los sueños

El psicoanálisis freudiano, el psicoanálisis como ciencia, el psicoanálisis que jamás renuncia a ser una ciencia, pero una ciencia aparte...
Derrida, Estados de ánimo del psicoanálisis

A lo largo de toda su obra, la *psique*¹⁶ freudiana aparece como un aparato que en tanto tal tiene dos características fundamentales: primero, se entiende mecánicamente y segundo, es irreductible a cualquier órgano anatómico materialmente aprehensible. Freud hizo patente su preocupación por una identificación entre psiquismo y sistema nervioso central desde tiempo antes de comenzar a estudiar trastornos tales como la histeria. Ya desde 1891, en su escrito

¹⁶ Luiz Alberto Hanns, en su *Diccionario de términos alemanes de Freud*, dice: “Freud consideraba que la palabra *Seele* era una buena traducción germánica para el término griego *Psyché* (*Psyche* en la grafía alemana). En alemán, de acuerdo con el contexto, *Seele* puede tener el sentido de ‘espíritu’, ‘alma’, ‘psique’, ‘psiquis’, o ‘mente’”. [Hanns, L. (2001). *Diccionario de términos alemanes de Freud*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen. p. 374.]

pre-psicoanalítico sobre las afacias, Freud se resistía a pensar las funciones nerviosas en general y aquellas del lenguaje en particular como confinadas a “áreas anatómicamente definibles.”¹⁷ Así, me parece que el insistente uso de metáforas tecnológicas para dar cuenta del funcionamiento del aparato psíquico no responde exclusivamente ni a una intención pedagógica ni a la necesidad de transmitir un saber todavía en formación, sino que da cuenta también del diseño mecánico que el mismo Freud daba a un aparato que podemos decir era exclusivamente “producto de su imaginación”. En 1900, en *La interpretación de los sueños*, Freud hace una manifiesta petición al lector de *imaginar* este aparato, dice: “Nos mantenemos en el terreno psicológico y sólo proponemos seguir esta sugerencia: *imaginarnos* el instrumento del que se valen las operaciones del alma como si fuera un microscopio compuesto, un aparato fotográfico, o algo semejante.”¹⁸

Freud presentó siempre su aparato psíquico como una mera ficción y nunca se cansó de aclarar que las instancias psíquicas no se encuentran en ninguna localidad anatómicamente aprehensible. No obstante, el psiquismo para Freud no es de ninguna manera soberano del acontecer del *cuerpo*. El psiquismo en psicoanálisis está siempre anclado al *cuerpo*, en su más crudo y bestial funcionar. No hay psicoanálisis sin cuerpo. Con esto quiero decir dos cosas.

¹⁷ Ver p. 124 del apartado *El aparato psíquico: máquina y repetición*.

¹⁸ Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. En: *AE*, 5. p. 529. Subrayado mío. Ver también p.p. 56-7 de este mismo apartado.

Primero que no podemos “pensar psicoanalíticamente” sin entender lo que para Freud es la vida pulsional. Recordemos, por ejemplo, su definición de pulsión: “...la pulsión nos aparece como un concepto *fronterizo* entre lo anímico y lo somático, como un representante psíquico de los estímulos que provienen del interior del cuerpo y alcanzan el alma, como una medida de la exigencia de trabajo que es impuesta a lo anímico a consecuencia de su trabazón con lo corporal.”¹⁹ El término pulsión apunta a una tendencia, una necesidad dice Freud, del *cuerpo psíquico*, esto es, se trata de aquellas exigencias que experimenta la psique una vez que ciertas necesidades corporales no han podido ser satisfechas, ya sea por simples dificultades del destino o por imposiciones culturales que prohíben esa complacencia. El desarrollo psicosexual que trabaja Freud en sus *Tres ensayos de teoría sexual* de 1905, piedra angular de toda la teoría psicoanalítica, no describe otra cosa que las contingencias de las necesidades sexuales que el ser humano va experimentando a lo largo de sus primeros años de vida. Todo esto por un lado, pero también, no podemos dejar de lado que incluso no hay nada como una práctica psicoanalítica donde no deban presentarte ambos cuerpos, el del analista y el del analizando. Hay que *presentarse* en el consultorio del analista, llevar el cuerpo, acostarlo sobre el diván. Y para escuchar al paciente el psicoanalista debe estar ahí... *en cuerpo y alma*.

¹⁹ Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En: *AE*, 14. p. 117. Subrayado mío.

En términos de la disciplina que Freud fundaba, la relación con la medicina, las autoridades médicas y, en general, lo que podríamos llamar la institución médica, fue siempre ambivalente y conflictiva. Freud fundaba una práctica y un saber en donde, más allá de su querer o desear, se jugaba otro tipo de cientificidad, una que no podía reducirse a la medicina o a cualquier otra de las llamadas ciencias positivas. En el epílogo a su escrito *¿Pueden los legos ejercer el análisis?*, texto de 1926, Freud dice:

...el psicoanálisis no es una rama especial de la medicina. No veo cómo alguien podría negarse a reconocerlo. El psicoanálisis es una pieza de la psicología, no de la psicología médica en el sentido antiguo ni de la psicología de los procesos patológicos, sino de la psicología lisa y llana; por cierto, no es el todo de ella, sino su base, acaso su fundamento mismo. Y no debe llamar a engaño la posibilidad de aplicarlo con fines médicos; también la electricidad y los rayos X hallaron aplicación en la medicina, pero la ciencia de ambos es la física.²⁰

Pero en este mismo pequeño texto, escrito tan sólo un año después como respuesta a la reacción que su libro había provocado, agrega: “Admito que mientras no existan las escuelas que deseamos para la formación de analistas, las personas que poseen una formación médica previa serán el mejor material para crear futuros analistas...De igual modo, comparto la expectativa de que todos los problemas atinentes a los nexos entre fenómenos psíquicos y sus bases orgánicas, anatómicas y químicas, sólo podrán ser abordados por personas que

²⁰ Freud, S. (1926). *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* En: *AE*, 20. p. 236.

hayan estudiado ambas ramas, vale decir, por analistas médicos.”²¹ No obstante admite, inmediatamente después, que el psicoanálisis siempre tendrá necesidad de recurrir a aquellos expertos en las ciencias del espíritu, pues asume que las “aplicaciones médicas” del psicoanálisis no abarcan todo lo que el psicoanálisis es. Pero a lo largo de toda esta especie de carta aclaratoria, la posición de Freud con respecto al lugar que el psicoanálisis debe tener en relación a la medicina y a las demás disciplinas no queda claro. Freud se aleja de la medicina para luego volver sin que este proceder parezca necesario o justificado. Aquí, por ejemplo, no se entiende por qué, a pesar de la distancia que está poniendo entre el psicoanálisis y la medicina, los médicos serían, dada la ausencia de institutos de formación para psicoanalistas, “de cualquier manera” los mejores analistas. Además, en una carta a *Neue Freie Presse*, también como respuesta a una demanda que había sufrido Theodor Reik por un paciente, Freud reconoce, por un lado, la extraordinaria calidad de analista de su discípulo no médico, aunque aclara que los pacientes que él le refería a Reik sufrían de síntomas que se situaban “en una esfera muy distante de la corporal.”²² Aclara lo mismo en relación a su hija Anna. Pero ¿qué es entonces lo que el psicoanalista atiende en el consultorio? ¿No justamente atiende síntomas que se sitúan siempre fuera de la esfera de lo corporal? ¿No era eso precisamente la histeria de conversión, una afección meramente psicológica donde el síntoma se expresaba en el cuerpo sin

²¹ *Ibid.*, p. 241.

que éste estuviera realmente enfermo? Y cierra Freud esta comunicación diciendo que: “Puesto que he abandonado mi práctica en Viena y he limitado mi actividad al tratamiento de un número muy pequeño de extranjeros, espero que este anuncio no me atraiga ninguna acusación por propaganda ilícita, contraria al gremio médico.”²³ A lo largo de toda su carrera profesional y a lo largo de toda su obra ese fue el gesto de Freud en relación con el gremio médico y la medicina, desligarse para luego regresar a pedir cierta autorización y cobijo.

En este mismo sentido, Derrida muy puntualmente señala que: “En cuanto a las ciencias físicas, neuronales o genéticas, Freud fue el primero en no rechazarlas, en esperar mucho de ellas –a condición de que uno sepa esperar, justamente, y articular sin confundir, sin homogeneizar precipitadamente, sin destruir las instancias, las estructuras y las leyes, respetando los relevos, los plazos y, me animaré a decir, lo diferido de la diferencia.”²⁴ Así, lo radicalmente central de la existencia humana dentro de este paradigma que llamamos psicoanálisis es justo aquello que se juega *entre* el cuerpo y la psique. Lo psíquico

²² *Ibid.*, p. 243.

²³ *Ibid.*, p. 244.

²⁴ Derrida, J. (2001). *Estados de ánimo del psicoanálisis*. (Virginia Gallo, trad.). Argentina: Paidós. p. 19.

Dice también Peter Gay en la biografía que escribe de Freud: “Cuando finalmente [Freud] realizó su revolución, esta consistió, no en descartar la teoría neurológica sino en invertir la jerarquía aceptada de la interacción mente-cuerpo. Él le otorgó la primacía a la dimensión psicológica del funcionamiento mental, pero no el monopolio.” [Gay, P. (1990). *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. España: Paidós. p. 154.]

es esa diferencia. La psique no es sino, como muy probablemente diría Derrida – si no es que lo dijo- el cuerpo en *différance*.²⁵

Hay entonces ese *entre* que es el psiquismo, y está también el cuerpo al que la psique bien sabemos afecta, cura y enferma. Sabemos de cuando la psique enferma al cuerpo; ahí se ubicaba precisamente la historia de conversión con la que la historia del psicoanálisis se inaugura. Sabemos de las llamadas enfermedades psicosomáticas. Sabemos que el estado anímico de los enfermos de

²⁵ *Différance* ha sido traducida al español como *diferancia* o *diferenzia*. El interés central de Derrida con esta violencia ortográfica es que en francés resulta ser una falta *silenciosa* de ortografía, esto es, no hay manera de distinguir fonéticamente *différence* de *différance*. La única forma de saber si se trata de esta palabra con *e* o con *a* es en su forma escrita. Esta imposibilidad de reconocimiento desde la voz denuncia, según Derrida, lo falso en la creencia de la presencia plena en el discurso, en la *phoné*. Es por esto que la traducción al español por *diferenzia* me parece mucho más afortunada que *diferancia*, pues en esta segunda se reconoce la falta ortográfica desde la voz, cuestión que el cambio de *c* por *z*, salva. Yo he preferido usar el término en el original francés, pero en la mayoría de las citas a Derrida se encontrará *diferancia* por *différance* pues respeté la elección de cada traductor.

Dice Derrida en su texto *La différance*: "...designaremos como *diferancia* el movimiento según el cual la lengua, o todo código, todo sistema de repeticiones en general se constituye <<históricamente>> como entramando de diferencias." [Derrida, J. (2003). *La différance*. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) Madrid: Cátedra. p.p. 47-8.] Y más adelante agrega: "La *diferancia* es lo que hace que el movimiento de la significación no sea posible más que si cada elemento llamado «presente», que aparece en la escena de la presencia, se relaciona con otra cosa, guardando en sí la marca del elemento pasado y dejándose ya hundir por la marca de su relación con el elemento futuro, no relacionándose la marca menos con lo que se llama el futuro que con lo que se llama el pasado, y constituyendo lo que se llama el presente por esta misma relación con lo que no es él: no es absolutamente, es decir, ni siquiera un pasado o un futuro como presentes modificados. Es preciso que le separe un intervalo de lo que no es él para que sea él mismo, pero este intervalo que lo constituye en presente debe también a la vez decidir el presente en sí mismo, compartiendo así, con el presente, todo lo que se puede pensar a partir de él, es decir, todo existente, en nuestra lengua metafísica, singularmente la sustancia o el sujeto. Constituyéndose este intervalo, decidiéndose dinámicamente, es lo que podemos llamar espaciamiento, devenir-espacio del tiempo o devenir-tiempo del espacio (temporalización). Y es esta constitución del presente, como síntesis «originaria» e irreductiblemente no-simple, pues, sensu estricto, no-originaria, de marcas, de rastros de retenciones y de protenciones (para reproducir aquí, analógicamente y de manera provisional, un lenguaje fenomenológico y trascendental que se revelará enseguida inadecuado) que yo propongo llamar *archi-escritura*, *archi-rastro* o *diferancia*. Esta (es) (a la vez) *espaciamiento* (y) *temporalización*." [p.p. 48-9]

cáncer hace una radical diferencia en su pronóstico. En pocas palabras, sabemos que cualquier tipo de dualismo resulta ya insostenible.

Pero lo importante a subrayar aquí es que el psiquismo, para Freud, es un *entre* y que por lo tanto no tiene localidad materialmente aprehensible. Ahora, no hay que perder de vista que un *entre* es siempre un *entre algo*, ese algo es el cuerpo, como escenario de la vida psíquica. Pero se trata de un escenario que no es en ningún modo pasivo, como dije antes, este escenario es parte de la “puesta en escena,” pues altera la vida psíquica al mismo tiempo que la vida psíquica lo altera.

El psicoanálisis es también, como disciplina, un *entre* que no encuentra dónde ubicarse o localizarse. ¿Dónde habría que estudiar psicoanálisis? En las facultades de medicina, en las de psicología o en las de filosofía y letras. Esta pregunta gira alrededor de una discusión añeja que no ha encontrado respuesta unívoca acerca del estatus epistemológico del psicoanálisis.

Pero, más allá de esta discusión epistemológica, lo que quiero hacer en este primer capítulo es un recorrido por textos freudianos que me parecen fundamentales para la historia del psicoanálisis y donde Freud hace uso de ciertos artefactos tecnológicos como símiles de su aparato psíquico. La intención primera es ilustrar que aunque el aparato psíquico tiene siempre para Freud un funcionamiento mecánico, no es hasta la *Nota sobre la pizarra mágica* donde este aparato se torna una máquina de escritura. Todas las metáforas anteriores a la

pizarra mágica de 1925 toman artefactos diseñados para simular, suplir o exagerar el sentido de la vista: cámara fotográfica, telescopio o microscopio. Aunque en el *Proyecto de psicología* de 1895 se anuncia cierta escritura psíquica en el proceso de la *facilitación*,²⁶ no es hasta la *Nota sobre la pizarra mágica* que Freud

²⁶ La palabra del alemán que Freud utiliza en su *Proyecto de psicología* es *Bahnung*. Ha sido traducida al español tanto por Luis López Ballesteros como por José L. Etcheverry como *facilitación*. Dice la traducción de Etcheverry: “Ahora es tiempo de aclarar los supuestos que es necesario hacer acerca de las neuronas ? [aquellas de la memoria] para dar razón de los caracteres más generales de la memoria. El argumento es este: son alteradas duraderamente por el decurso excitatorio. Introduciendo la teoría de las barreras-contacto: sus barreras-contacto caen en un estado de alteración permanente. Y como la experiencia psicológica muestra que existe un aprender-sobre con base en la memoria, esta alteración tiene que consistir en que las barreras-contacto se vuelvan más susceptibles de conducción, más impasaderas, y por ende más semejantes a las del sistema f [aquél de la percepción]. Designaremos este estado de las barreras-contacto como grado de la *facilitación* {*Bahnung*}. Entonces uno puede decir: La memoria está constituida por las facilitaciones existentes entre las neuronas ?” [Freud, S. (1895). *Proyecto de psicología*. En: *AE*, 1. p. 344] La traducción de Patricio Peñalver del texto de Derrida *Freud y la escena de la escritura* traduce *Bahnung* como *apertura de paso*. Considero que esta última traducción tiene mayor cercanía con el modelo neuronal que Freud propone en el *Proyecto de psicología*. La imagen a la que *Bahnung* hace referencia se parece más a la apertura de un camino o, siguiendo la lectura de Derrida, al trazo de un surco, que a la “facilitación” de la transmisión de energía –Q–. El *Diccionario de términos alemanes de Freud* de Luiz Hanns, dice que “el sustantivo *Bahn* evoca la imagen de una ‘vía’ o ‘pista transitable.’ El sustantivo *Bahnung* es la sustantivización del acto de ‘crear una vía’, ‘excavar’, ‘instalar’, ‘abrir’ una vía transitable. La *Bahnung* implica un proceso dinámico; lo que ‘abre caminos’, ‘revolucionar’ (en alemán, algo revolucionario e innovador es expresado por *bahnbrechend*, palabra compuesta por *brechend*, gerundio de quebrar, literalmente ‘quebrante’, algo que rompe y abre espacio para la *Bahn*, camino. En un sentido menos impactante, para expresar el acto de abrir caminos, preparar el terreno para nuevos desarrollos, se usa una imagen semejante a allanar el terreno y ‘colocar vías sobre él’, *bahnen legen* (recostar/asentar senderos-vías-caminos).” Dice también, “la *Bahn* es al principio algo plano y horizontal, una pista por la cual se ‘desliza’ o ‘transita’ fácilmente. La *Bahnung* es, por lo tanto, algo que fue instalado sobre terreno de difícil topografía.” [Hanns, L. (2001). *Diccionario de términos alemanes de Freud*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen. p.p. 266-7]

Veo principalmente dos problemas en la elección de *facilitación* como traducción de *Bahnung*; primero, que no hace referencia a la “alteración permanente” de las barreras contacto de las neuronas ? que para Freud resulta lo sustancial en el proceso psíquico de la memoria. Pensar en apertura de paso sí recupera este sentido. *Facilitación*, según el *Diccionario de la Real Academia Española*, hace referencia a hacer posible una acción, a hacer fácil la consecución de un fin o a proporcionar o entregar algo. Estos sentidos generan confusión e interpretaciones erróneas, pues la memoria en Freud no da cuenta exclusivamente de hacer posible la transmisión de energía, sino que lo fundamental del fenómeno de la memoria en Freud es la repetición que la excitación de esa anterior alteración de la barrera contacto de la neurona provoca, y que la imagen de una apertura de paso o del trazo de un surco es fácil recupere. Eso es a lo que Freud refiere cuando dice “existe

explícitamente utiliza un aparato de escritura como metáfora del aparato psíquico. Como dice Derrida, desde el *Proyecto de psicología* a la *Nota sobre la pizarra mágica* se pasa de “una problemática del abrirse-paso hasta conformarse cada vez más en una metáfora de la huella escrita”.²⁷ Este es el recorrido que yo quiero yo hacer, empezar por la ficción neurológica del *Proyecto de psicología* de 1895 hasta llegar a la máquina de escritura de la *Nota sobre la pizarra mágica* de 1925, pasando por la *Carta 52* escrita a Fliess en 1896 y *La interpretación de los sueños* de 1900. Lo que me parece sustancial en este punto es que este constante recurrir a símiles tecnológicos no responde únicamente, como dije antes, a facilitar la exposición de su aparato. El aparato psíquico freudiano no es más que un ficticio diseño, pero se trata de un diseño mecánico. Esto es, no es que el aparato psíquico funcione *como* una máquina, –llámese telescopio, microscopio, cámara fotográfica o pizarra mágica-, el aparato psíquico *es* una máquina. El recorrido

un aprender-sobre con base en la memoria.” Segundo, la apertura de paso, de camino o el trazo de un surco recupera también la violencia que para Freud *Bahnung* implicaba. Ese surco que se abre responde a la dificultad de marcarse o inscribirse dada la resistencia o defensa que el aparato psíquico despliega por, digámoslo así, su propia naturaleza. La apertura de esta vía implica siempre dificultad y violencia.

Por otro lado, la apertura de un paso o de un camino refiere también a la ligazón entre dos elementos que la noción de facilitación no retiene. Dice Hanns: “En español, el término [facilitación] no evoca nada relacionado con ‘interligazón física entre dos elementos’, así como tampoco destaca el aspecto dinámico de ‘fluir/deslizar’. Remite a un proceso de remoción de obstáculos que ‘facilita’ el acceso. Con todo, su uso es más figurado o metafórico, refiriéndose a obstáculos o accesos abstractos. No tiene la cualidad concreta de *Bahnung*.” (p. 268).

De cualquier manera, dado que estoy trabajando con ambos textos y el término facilitación está bastante difundido he decidido usar los dos de manera indistinta.

²⁷ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 275.

que aquí propongo pretende dar cuenta de cómo este aparato se va convirtiendo en una máquina de escribir.

La lectura cuidadosa que haré de los símiles que aparecen en los textos antes mencionados, revela la necesidad de preguntarse por otro itinerario que no es aquél de explicar el funcionamiento del aparato psíquico a partir de analogías, sino aquel de lo que llamaré, siguiendo a Derrida, una cierta *inscripcionalidad* en el proceder del psiquismo. Esto es, como lo expuse en la introducción, el aparato psíquico en tanto máquina de escritura despliega aquello que se juega en todo proceso de inscripción y que expondré en los capítulos subsiguientes. Aquí me interesa mostrar de una manera un tanto histórica ese paso que Derrida ve del *Proyecto* a la *Nota*... Quiero recorrer ese itinerario para ver cómo el aparato psíquico se va transformando de una red neuronal en una máquina de inscripción de huellas mnémicas.

1.1 El proyecto de psicología

El *Proyecto de psicología* de 1895 es una descripción defensivista del aparato psíquico donde la defensa radica en la postergación, en el diferimiento de la excitación construyendo un archivo, una reserva dice Freud, esto es, una memoria. Anotemos de paso que creo, como Derrida, que hay que pensar en la importancia del *Proyecto* como modelo metafórico y no como una descripción

neurológica. Pese a un discurso *pre-psicoanalítico* y comprometido con las ciencias biológicas que insiste en que lo psíquico viene de otro orden, hay en función una forma casi originaria de retardamiento²⁸ y de reserva de fuerzas.

En el *Proyecto*, la función primaria del sistema neuronal recae sobre el *principio de la inercia*, donde las neuronas procuran aliviarse de la cantidad de excitación. El principio de inercia tiende entonces a que el nivel de excitación neuronal llegue a cero. Sin embargo, Freud habla de otra fuerza, aquella del “apremio a la vida” que tramita que para la satisfacción de las necesidades endógenas se admita un “acopio de Qn”²⁹. Lo que da como resultado que la descarga no sea total sino que tienda a mantener una Q constante, esto es el principio de constancia que, sin embargo, sí cuida que Q se mantenga lo más baja posible. Las barreras-contacto son aquellas que oponen resistencia a la descarga y, por lo tanto, donde se almacena cierta Qn. Las barreras-contacto, dice Freud, son protoplasma indiferenciado y para la conducción de la energía hace falta protoplasma diferenciado. La capacidad de conducción estará entonces anudada a la diferenciación.

²⁸ El planteamiento freudiano del *retardamiento* se refiere a que los fenómenos psíquicos no se organizan de una manera inmediata. Esto es, todo producto psíquico se ha formado *a posteriori*, está atravesado por una mediación, un rodeo o un desplazamiento. Entre otras cosas, esto implica la posibilidad de reordenamiento de los sucesos vividos o fantaseados y la constitución a posteriori de toda historia. Ver el apartado *Pulsiones de vida y muerte: una lectura desde la inscripcionalidad* donde trabajo el tema del retardamiento en el aparato psíquico freudiano.

²⁹ En el *Proyecto de psicología* Freud usa Q para cantidad y Qn para cantidad endógena.

Dado que el aparato psíquico cumple con dos funciones –percepción y memoria-, para su diseño, Freud necesitaba pensar en dos tipos distintos de neuronas: las neuronas impermeables que dan cuenta de la memoria y otras neuronas permeables que dan cuenta de la percepción. Las neuronas impermeables son aquellas cuyas barreras-contacto funcionan de tal manera que Qn sólo con dificultad o sólo parcialmente puede pasar por ellas: “Estas, tras cada excitación, pueden quedar en un estado otro que antes, y así dan por resultado una *posibilidad de constituir una memoria*”.³⁰ Estas neuronas, a las que Freud también llama neuronas no pasaderas son las portadoras de la memoria y, por lo tanto, de los procesos psíquicos en general. Las neuronas permeables o pasaderas prácticamente no operan ninguna resistencia, no retienen nada, son las neuronas de la percepción. Al primer sistema de neuronas Freud lo designa como ? y al segundo f.

Es importante notar aquí que estas neuronas pasaderas sí tienen barreras-contacto y, por lo tanto, operan cierta resistencia, sin embargo, dado que la cantidad a la que están expuestas es una Q que viene del exterior del sistema y ésta es siempre mucho más fuerte, entonces se conduce *como si* no hubiera resistencia. No hay que olvidar que Freud aclara en el *Proyecto* que las neuronas están diferenciadas cuantitativamente en relación con el nivel de resistencia de sus barreras contacto y no estructuralmente. Aunque Freud aclara este punto no

³⁰ Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En: *AE*, 1. p. 344.

siempre es cuidadoso y a veces parece decir que no cuentan con barreras-contacto. Derrida comete también esta falta de cuidado en *Freud y la escena de la escritura* en el párrafo donde hace un pequeño resumen de la organización neuronal que propone Freud en el *Proyecto de psicología*.³¹ Aunque sí hay un pasaje en el *Proyecto* que dice que ? tiene cualidad, no es exacto decir que Freud le atribuye cualidad a este sistema pues la cualidad se expresa en el sistema ?.³²

El origen de la memoria más que ser una abertura que rompe, se podría pensar como una diferencia entre Q ó Qn y la resistencia de la barrera-contacto. Cuando Q es muy grande pasa sin dejar huella en f, cuando la magnitud es intercelular (Qn) y, por lo tanto, según Freud, más baja, entonces se forma una memoria que no es sino una alteración en el grado de resistencia de las barreras-contacto; por eso dice Freud que la facilitación, el abrirse paso, hace que ? cada vez más se parezca a f. Pues cada abrirse paso va haciendo la resistencia de ? más baja, hasta que hay un completo paso abierto. Podríamos decir que la resistencia se ha vuelto *autoinmune*.³³

La noción de facilitación es determinante para esta discusión. La facilitación es el grado de abertura de las neuronas ? en relación a la excitación o Qn. Pero se trata de una abertura de paso,³⁴ *Bahnung* dice Freud en alemán, la

³¹ Cf. p. 277.

³² Cf. p. 363.

³³ Véanse los textos de Derrida *Estados de ánimo del psicoanálisis* (Paidós, 2001) y *Resistencias del psicoanálisis* (Paidós 1997).

³⁴ Ver la nota a pie de página #26.

apertura de un camino, el trazo de una brecha, la creación de una vía, una excavación. La facilitación, en este sentido, es, entonces, una especie de inscripción.

La *Bahnung* implica un proceso dinámico; ese surco que se abre responde a la dificultad de marcarse o inscribirse dada la resistencia o defensa que el aparato psíquico impone por su propio diseño. La apertura de esta vía implica siempre resistencia y violencia. La memoria corresponde, entonces, a la diferencia entre la fuerza de resistencia y la fuerza del estímulo que irrumpe en el aparato psíquico; y esa diferencia es una *huella*...mnémica, una inscripción.

Este trazo que es sólo posible por la tensión entre dos fuerzas que se oponen, esto es, una que resiste a la *inscripción* y otra que ejerce su fuerza en sentido contrario, responde, me parece, a una muy particular forma de escritura. Esto es la escritura, una inscripción que sólo es posible cuando se le resiste. Una marca no puede ser tal de no ser porque hay *algo* que se opone a su “imprimirse.” La memoria como la apertura de un camino por donde la energía podrá descargar en un futuro es, en esta ficción neurológica, una marca.

Pero la memoria, explica Freud, no se reduce a ser las facilitaciones, sino la diferencia entre las facilitaciones. La memoria trata de la elección de un camino, de un itinerario. Para que haya elección de itinerario, se necesita que las facilitaciones tengan diferente cantidad y es ahí donde la memoria radica. En otras palabras, las facilitaciones deben tener diferentes grados, de no ser así, daría lo

mismo tomar un camino u otro. Por lo tanto, “*la memoria está constituida por los distingos dentro de las facilitaciones entre las neuronas ?*”.³⁵

Pero no es sólo la *fuerza* de la inscripción aquello que da cuenta del fenómeno de la memoria, la *repetición* juega también un papel fundamental en la formación de la memoria: “...la memoria (o sea, el poder de una vivencia para seguir produciendo efectos) depende de un factor que se designa «magnitud de la impresión», y de la *frecuencia* con que esa misma impresión se ha repetido.”³⁶ Lo fundamental del fenómeno de la memoria en Freud es la repetición que la excitación de esa anterior alteración de la barrera contacto provoca. Esa es la imagen que una apertura de paso rescata; se trata justamente de la inauguración de un camino para futuras descargas de energía. En este sentido, la memoria no es sino una repetición por venir.

1.2 La Carta 52

El 6 de diciembre de 1896, un año después de haber escrito el *Proyecto*, Freud escribe una carta a su amigo Wilhelm Fliess,³⁷ la famosa *Carta 52*. Aunque en esta carta no hace alusión a ningún aparato de escritura como símil o ilustración de su aparato psíquico sí describe, dice Freud, un mecanismo y

³⁵ Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En: *AE*, I, p. 344.

³⁶ *Ibid.*, p. 345. Subrayado mío.

además, añade que nuestro aparato psíquico de cuando en cuando sufre de “retranscripciones”: “[...] Tú sabes que trabajo con el *supuesto* (el subrayado es mío) de que nuestro *mecanismo* (el subrayado es mío) psíquico se ha generado por estratificación sucesiva, pues de tiempo en tiempo el material preexistente de huellas mnémicas experimenta un *reordenamiento* según nuevos nexos, una *retranscripción* {*Umschrift*}.”³⁸ Dejo por el momento de lado la confesión de Freud de trabajar con supuestos para subrayar aquí que nuestro mecanismo psíquico consiste en retranscripciones, se trata, pues, así como en la *Nota sobre la pizarra mágica*, de un mecanismo de escritura.

Ahora bien, no se trata de cualquier mecanismo de escritura, este mecanismo, dice Freud, *de cuando en cuando* sufre modificaciones, esto es, hay un proceso de *re-transcripción*. Estas modificaciones acontecen a partir de nuevos nexos. Así, nuestro mecanismo psíquico está abierto o a la espera de aquello que todavía no es (que quizá nunca sea, habría que aclarar), a eso que aquí Freud llama nexos. Esta apertura del psiquismo no sólo implica la posibilidad de que un registro se modifique sino que, aunque por azares del destino no sufriera alteración alguna, su simple estar abierto a la posibilidad de retranscripción va modificado a lo largo del tiempo y de la experiencia lo ya registrado o, digamos, lo ya escrito –dado que Freud habla de transcripciones.

³⁷ El *Proyecto de psicología*, escrito que Freud decidió nunca publicar, también fue enviado adjunto a una carta para Fliess.

³⁸ Freud, S. (1896). Carta 52. En: *AE*, 1. p. 274.

El registro en la *Carta 52*, al igual que la huella mnémica en la pizarra mágica, no es inalterable. Se trata de un registro que está siempre abierto a la retranscripción. En estos dos modelos (*Carta 52* y pizarra mágica), el aparato psíquico se encuentra siempre en ese *instante único*, al que apunta Derrida a propósito del escrito de Freud sobre la *Gradiva* de Jensen, en el que presión y huella no se distinguen todavía la una de la otra.³⁹ Que es el momento en el que huella y soporte ya no se distinguen, continúa Derrida. Este aparato psíquico como soporte técnico de los procesos de memoria y percepción es más bien una profundidad sin fondo. Se trata entonces de un registro o de una huella mnémica que nunca se presentan; lo que Derrida llama la *archihuella*.⁴⁰

No hay que dejar de lado, que en este escrito a Fliess, las diversas transcripciones están separadas según “portadores neuronales.” El modelo de la *Carta 52* es, me parece, un diseño intermedio entre la ficción neurológica del *Proyecto de psicología* y la máquina de escritura de la *Nota sobre la pizarra mágica*. Ahora, Freud aclara, por un lado, que esta separación por portadores

³⁹ Derrida, J. (1997). *Mal de archivo*. (Paco Vidarte, trad.) Madrid: Trotta. p.105.

⁴⁰ En su texto *La différance* dice Derrida que *archihuella* es una de las nociones por las que *différance* puede sustituirse dependiendo de la necesidad del contexto. Sin embargo, no hay que perder de vista que “término sustituible” no quiere decir “sinónimo.” [Derrida, J. (2003). *La différance*. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) Madrid: Cátedra. p. 48] La huella en tanto presencia diferida, en tanto huella de huella, patentiza el juego de la *différance*: “La *différance* estaría significando al mismo tiempo un espaciamiento y una temporalización con respecto a un supuesto origen, que nunca es tal, sino que siempre tiene el carácter de lo que [...] hemos denominado ‘huella de huella,’ sin origen primero.” [Mónica Cragolini, curso virtual *Introducción al pensamiento de Jacques Derrida*, clase 4 apartado 5. www.comunidadrussell.com/cursosvirtuales/derrida] Archihuella refiere a esta huella de huella cuyo origen queda siempre diferido.

neuronales no es necesariamente tópica y, por otro, que el tema neuronal es, al igual que en el *Proyecto...*, un supuesto. Aparecen pues, una vez más, una topología y unos portadores neuronales como ficciones teóricas.

A diferencia del *Proyecto de psicología* donde las aspiraciones de Freud parecían mucho más comprometidas con las ciencias médicas y biológicas,⁴¹ en este texto, la mitología neuronal, dice Freud, quizá no sea indispensable. Se trata aquí de un modelo meramente provisional, le aclara Freud a Fliess.

Esta es la descripción del proceso de transcripción que expone Freud en su carta a Fliess: “Cada reescritura posterior inhibe a la anterior y desvía de ella el proceso excitatorio. Toda vez que la reescritura posterior falta, la excitación es tramitada según las leyes psicológicas que valían para el período psíquico anterior, y por los caminos de que entonces se disponía. Subsistirá así un anacronismo, en cierta provincia regirán todavía unos «fueros»; aparecen «relictos».”⁴² Por un lado, Freud advierte la posibilidad de la falta de reescrituración y, por otro lado, cuando la reescrituración sobreviene, ocurre como consecuencia, una temporalización, una *actualización* del texto psíquico. Pero ¿qué pasa cuando no hay reescritura?, ¿de qué depende que haya o no

⁴¹ Tan sólo hay que recordar cómo abre este texto: “El propósito de este proyecto es brindar una psicología de ciencia natural, a saber, presentar procesos psíquicos como estados cuantitativamente comandados de unas partes materialmente comprobables, y hacerlo de modo que esos procesos se vuelvan intuitivos y exentos de contradicción. El proyecto contiene dos ideas rectoras: 1) concebir lo que diferencia la actividad del reposo como una *Q* sometida a la ley general del movimiento, y 2) *suponer* como partículas materiales las neuronas.” [Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En: AE, 1. p. 339.] Subrayado mío.

⁴² Freud, S. (1896). Carta 52. En: AE, 1. p. 276.

reescrituración?, ¿por qué y cómo es que nuestra máquina psíquica, siendo una de escritura, resiste a la escritura?

Para Freud, el rechazo a la transcripción es lo que clínicamente se llama represión. El aparato psíquico se defiende vía la represión cuando la traducción provocaría un desprendimiento de placer. Y agrega Freud: “como si este placer convocara una perturbación de pensar que no consintiera el trabajo de traducción.”⁴³ En otras palabras, cuando el psiquismo evalúa que la reescritura del material sería dolorosa para el yo, entonces se defiende y resiste la transcripción. E inversamente, el buen camino de la reescritura permite que el yo pueda tomar nuevas vías para la descarga de la moción pulsional.

La represión, dice Freud en esta carta, es la denegación de la traducción, pero la resistencia es la fuerza que se opone a la escritura. Esta máquina de escritura psíquica resiste a la escritura cuando los nuevos trazos provocarían dolor. Todo trazo lleva dolor y toda máquina de escritura debe oponer cierta resistencia incluso para que pueda haber escritura. La resistencia a la escritura es la condición de posibilidad de toda escritura. El soporte, virtual o material, debe resistir a la escritura para que haya trazo. La resistencia debe, además, oponer una fuerza específica y suficiente. En la pizarra mágica, por ejemplo, escribimos sobre un soporte de cera y no, digamos, de aceite. Por eso dice Derrida que el fenómeno de la escritura en psicoanálisis se circunscribe al juego de la *différance*. Se trata

de un trazo que depende de la diferencia entre las fuerzas de la resistencia del soporte y aquella del estímulo, y de una escritura que es, dada su apertura a la transcripción, postergada, retardada o diferida. No hay escritura sin resistencia a sí misma.

La escritura es un problema económico. La posibilidad o no de reescrituración depende de cuánta energía invierta el aparato psíquico en la resistencia a la escritura. También es cierto que el levantamiento de una resistencia puede entenderse como la apertura de un nuevo paso abierto o facilitación o, en términos de reescrituración, de un nuevo trazo, sin que esto quiera decir que la inercia psíquica o compulsión a la repetición permita al psiquismo tomarlo como camino de tramitación energética. La compulsión a la repetición, en este sentido, sería tomar el mismo camino una y otra vez, haya o no nuevos itinerarios.

Tenemos, por lo tanto, dos fenómenos: aquél de la resistencia a la reescrituración y aquel de la resistencia a tomar un nuevo trazo como camino a la moción pulsional.⁴⁴

* * *

⁴³ *Ibíd.*

⁴⁴ En *Análisis terminable e interminable*, Freud habla incluso de un agotamiento de la plasticidad o agotamiento de la capacidad receptiva al que llama “inercia psíquica.” Ver la nota a pie de página #6 de Freud, S. (1915). Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica. En: *AE*, 14. p. 272.

Por otro lado, el análisis de las resistencias desprende un trabajo de pensamiento. A este trabajo de pensamiento Freud lo llama reelaboración. Creo que la reelaboración puede ser interpretada como un momento de reescritura en el que se abre un paso abierto que permite que el psiquismo se decida a tomar aquellos otros nuevos caminos que el levantamiento de la resistencia abrió y que, por la inercia de la compulsión a la repetición, se dejaron abandonados.

En más de un escrito Freud aclara que el nombrar la resistencia no produce su cese inmediato y que es preciso dar al paciente tiempo para enfrascarse en la resistencia consabida por él. Más allá de las resistencias del yo yace una inercia psíquica como impedimento final al trabajo del análisis: la compulsión a la repetición. Para Freud, este obstáculo se puede pensar como la resistencia del inconsciente, y esta resistencia más que cualquier otra exige la necesidad del proceso de reelaboración.⁴⁵

La reelaboración, dice Freud en su escrito técnico *Recordar, repetir y reelaborar* "...es la pieza del trabajo que produce el máximo efecto alterador sobre el paciente y que distingue al tratamiento analítico de todo influjo sugestivo."⁴⁶ La reelaboración, creo yo, puede leerse en este contexto como la retranscripción de un registro.

1.3 La pizarra mágica

La línea que veo entre el *Proyecto de psicología* y *La pizarra mágica* responde a una anotación de Derrida en *Freud y la escena de la escritura*: “Aunque en ningún momento, en el *Proyecto*, se le llame al abrirse-paso escritura, las exigencias contradictorias a las que va a responder el *Bloc mágico* están ya formuladas en términos literalmente idénticos: «retener aun permaneciendo capaz de recibir».^{47*}

Las analogías tecnológicas de las que Freud hacía uso desde el *Proyecto de psicología* para explicar el funcionamiento del aparato psíquico resultaban insuficientes, había siempre limitaciones, pues no había máquina que retuviera y permaneciera receptiva al mismo tiempo. O la máquina almacenaba con límite, y entonces cuando éste era alcanzado ya no había espacio para nueva información o había admisión ilimitada, pero con la condición de no archivar. Dado que el aparato psíquico debe guardar huellas y al mismo tiempo permanecer virgen a

⁴⁵ Ver p.p. 83-4.

⁴⁶ Freud, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar. En: *AE*, 12. p. 157.

⁴⁷ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 281.

* Me referiré al juguete indistintamente como pizarra o bloc mágico, pues en la traducción de Amorrotu dice *pizarra* y en la de Ballesteros *bloc*. El traductor del texto de Derrida al español usa *bloc mágico*.

nuevas percepciones, cuando sale al mercado la pizarra mágica, Freud queda fascinado; por fin una máquina que archiva y recibe infinitamente, una máquina que, como su diseño del aparato psíquico, cumple con dos funciones que se excluyen: percepción y memoria.

Esta es la descripción que da Freud de la pizarra mágica:

La pizarra mágica es una tablilla de cera o resina de color oscuro, colocada en un marco de cartón; hay sobre ella una hoja delgada, transparente, fija en el extremo superior de la tablilla de cera, y libre en el inferior. Esta hoja es la parte más interesante del pequeño aparato. Consta de dos estratos que pueden separarse entre sí, salvo en ambos márgenes transversales. El de arriba es una lámina transparente de celuloide, y el de abajo, un delgado papel encerado, también transparente. Cuando el aparato no se usa, la superficie inferior del papel encerado adhiere levemente a la superficie superior de la tablilla de cera.

Para usar esta pizarra mágica, se trazan los signos sobre la lámina de celuloide de la hoja que recubre a la tablilla de cera. A tal efecto no se requiere lápiz ni tiza, pues la acción de escribir no consiste en aportar material a la superficie receptora. Es una vuelta al modo de escribir de los antiguos sobre tablillas de cera o de arcilla. Un punzón aguzado rasga la superficie, y sus incisiones producen el «escrito». En el caso de la pizarra mágica la acción de rasgar no es directa, sino que se produce por mediación de la hoja que sirve de cubierta. El punzón, en los lugares que toca, hace que la superficie inferior del papel encerado oprima la tablilla de cera, y estos surcos se vuelven visibles, como una escritura de tono oscuro, sobre la superficie clara y lisa del celuloide. Si se quiere destruir el registro, basta con tomar el margen inferior libre de la hoja de cubierta, y separarla de la tablilla de cera mediante un ligero movimiento. De ese modo cesa el íntimo contacto entre papel encerado y tablilla de cera en los lugares rasgados (es justamente lo que hace visible el escrito), y no vuelve a establecerse cuando ambas se tocan de nuevo.

Ahora la pizarra mágica ha quedado libre de toda escritura y preparada para recibir nuevos registros.^{48*}

Un poco más adelante agrega Freud que la desaparición o borradura de lo escrito es tan sólo una ilusión. Si levantamos la lámina de celuloide y el papel encerado podemos ver cómo todo trazo ha quedado grabado en la capa de cera. Pero la capa de cera tiene un perímetro y una materia delimitada, así que cada trazo que hagamos irá llenando el área y escribiendo encima de lo ya trazado. Lo ya trazado hará que los nuevos trazos tomen ciertos caminos, esto es, dirige el nuevo trazo. Si pensamos en cómo se irá escribiendo sobre este artefacto nos percatamos primero, de que la fabricación del texto escrito es desordenada, pues no es que primero se llene de trazos toda el área y después se empiece a trazar por encima de lo ya escrito y, segundo, lo ya escrito gobierna los nuevos trazos al mismo tiempo que el nuevo trazo afecta y modifica la arquitectura del texto previo.

Este es uno de los momentos del legado de Freud que nos permite deslindarnos de una teoría del trauma. No hay nada como *el* evento traumático, el trauma siempre está en condición de *lo por venir* porque hay posibilidad de futura alteración del texto. El trauma ocurre entonces con (y como) retardamiento. Esto es, hay un estímulo que rompe y que traza por su intensidad, pero que está sujeto

⁴⁸ Freud, S. (1925). Nota sobre la pizarra mágica. En: *AE*, 19. p.p. 244-5.

a re-escritura o, en los términos de la *Carta 52*, a retranscripción. Esto es lo que ilustra, por ejemplo, el caso del *Hombre de los lobos*.

Aquí, por un lado, el aparato psíquico queda abierto a lo que Derrida llama lo *porvenir* (o *por-venir*) y que concibe como un radical futuro que no podemos predecir, pero, por otro, se abre también la posibilidad del psicoanálisis como clínica y terapéutica. Pues entre otras muchas cosas, el psicoanálisis, creo yo, da la oportunidad de modificar el destino del sujeto que parecía ya asignado. Quizá, siguiendo la metáfora (el *como si*) de la pizarra mágica y la ficción del *Proyecto de psicología* habría que pensar que con el análisis la memoria comienza a permitir que se elijan pasos-abiertos que habían estado censurados u obstruidos y, también, que el psicoanálisis crea nuevas facilitaciones y re-abre otras viejas vías obstruidas.

* * *

Así como el aparato psíquico se origina en el abrir surcos, así también la *Nota sobre la pizarra mágica* es un texto que abre surcos dentro de la teoría psicoanalítica y su historia, y estos espacios abiertos permiten dar cuenta de cómo

* La *Standard Edition* señala faltas en la descripción de la pizarra. Derrida dice en *Freud y la escena de la escritura* (p. 307) estar tentado a pensar que Freud “deforma además...su descripción técnica por las exigencias de su analogía”.

la teoría se deconstruye a sí misma.⁴⁹ Este ensayo de 1925 presenta cuestiones que no sólo no se dejan comprender dentro de la tradición logofonocéntrica;⁵⁰ sino tampoco desde otros textos o ideas del mismo Freud. Entre otras cosas, Freud describe aquí al aparato psíquico como una máquina de escritura y no se trata de una escritura entendida fonéticamente sino de traza.⁵¹ Como en toda escritura, el trazo en el aparato psíquico está espaciado, esto es, diferido y abierto a futuras alteraciones. Una vez más el retardamiento que, en este punto, cuestiona la idea metafísica de la presencia plena del trauma y su recuerdo. Como lo explica Derrida:

Esto de que el presente en general no sea originario sino reconstituido, que no sea la forma absoluta, plenamente viviente y constituyente de la experiencia, que no haya la pureza del presente viviente: este es el tema, formidable para la historia de la metafísica, que Freud nos invita a pensar a través de una conceptualidad desigual con la cosa misma. Es este pensamiento, sin duda, el único que no se agota en la metafísica o en la ciencia.⁵²

⁴⁹ Aclaremos que para Derrida la deconstrucción adviene en la lengua, esto es, no hay nada como la acción de un sujeto que deconstruye un texto, sino que es el texto mismo que se deconstruye. Como dice Mónica Cragolini: “Entonces, la intervención que hace el deconstruccionismo es seguir el hilo del texto, seguir la textura de lo que ya se está deconstruyendo.” [Mónica Cragolini, curso virtual *Introducción al pensamiento de Jacques Derrida*. www.comunidadrussell.com/cursosvirtuales/derrida]

⁵⁰ Por *logofonocentrismo* Derrida se refiere a la tradición metafísica del pensar occidental que ha privilegiado la *phoné* sobre la escritura y que se ha constituido en torno a un centro –lógos-. La deconstrucción sería una manera de habitar las fisuras, dice Derrida, del edificio de la metafísica y enfrentar esta tradición.

⁵¹ Derrida señala también en *Freud y la escena de la escritura* (p. 288) esta ruptura freudiana en distinguir al sueño como una escritura original “que pone en escena a las palabras sin someterse a ellas; [como] un modelo de escritura irreductible al habla y que comporta, como los jeroglíficos, elementos pictográficos, ideogramáticos y fonéticos.” Esta escritura psíquica sería tan originaria que la “escritura codificada y visible ‘en el mundo’, no sería más que una metáfora de aquélla.”

⁵² Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 292.

Como dije antes y como lo subraya Freud en la descripción de la pizarra, el aparato psíquico se defiende de toda estimulación, esto es, resiste. Hay que recordar que Freud tiene en mente el principio de constancia para explicarse el funcionamiento del aparato. En este sentido, cuando la energía irrumpe en el aparato psíquico, la necesidad de descarga amenaza la vida del mismo, pues si se descarga toda la energía y ésta llega a cero significaría su muerte. Así, el aparato debe descargar algo de energía y al mismo tiempo crear una reserva de cantidad. Lo que hace entonces el aparato psíquico es diferir su muerte y este espaciamento es su vida.⁵³

Lo mismo pasa con el dolor. Freud habla de la hoja protectora y señala ser la más interesante, en efecto, de ella depende el éxito de la organización psíquica. Todo trazo implica violencia y, por lo tanto, dolor, esta hoja economiza y difiere el dolor, si esta hoja falla o falta, la organización psíquica fracasa.

Puede leerse también, tanto en la *Nota sobre la pizarra mágica* como en *Más allá del principio del placer*, la idea derridiana de un “no-origen originario.” Freud describe en estos dos textos cómo el retardamiento es lo que da origen al aparato psíquico; el aparato psíquico debe diferir el dolor y la muerte para poder funcionar, esto es, para poder *ser*. Como bien explica Derrida, no se trata de una vida que ya esté presente y que entonces haya que proteger, es la *différance* que

⁵³ Hablaré del juego de estas fuerzas más adelante.

“constituye la esencia de la vida”.⁵⁴ En otras palabras, el aparato psíquico es desde el “origen” retardamiento, no hay nada como presencia o conciencia plena en esta máquina. Se percibe ya desde del principio un retardo de manera diferida.

En palabras de Derrida:

Todas las diferencias en la producción de marcas inconscientes y en los procesos de inscripción (*Niederschrift*) pueden también ser interpretadas como momentos de la diferencia [*différance*], en el sentido de la puesta en reserva. Según un esquema que no ha cesado de guiar el pensamiento de Freud, el movimiento de la marca se describe como un esfuerzo de la vida que se protege a sí misma difiriendo la inversión peligrosa, constituyendo una reserva (*Vorrat*) y todas las oposiciones de conceptos que surcan el pensamiento freudiano relacionan cada uno de los conceptos a otro como los momentos de un rodeo en la economía de la diferencia [*différance*]. El uno no es más que el otro diferido, el uno diferente del otro. El uno es el otro en diferencia [*différance*], el uno es la diferencia [*différance*] del otro. Así es como toda oposición aparentemente rigurosa e irreductible (por ejemplo, la de lo secundario y lo primario) se ve calificar, en uno u otro momento, de «ficción teórica». Es también así, por ejemplo (pero este ejemplo gobierna todo, comunica con todo), como la diferencia entre el principio del placer y el principio de realidad no es sino la *différance* como rodeo (*Aufschub*). En *Más allá del principio de placer* escribe Freud: «Bajo la influencia del instinto de conservación del yo, el principio del placer se borra y cede el lugar al principio de realidad que hace que, sin renunciar al fin último que constituye el placer, consintamos en diferir la realización, en no aprovechar ciertas posibilidades que se nos ofrecen de apresurarnos en ello, incluso en soportar, a favor del largo rodeo (*Aufschub*) que tomamos para llegar al placer, un momentáneo descontento.»⁵⁵

⁵⁴ *Op.Cit.*, p. 280.

⁵⁵ Derrida, J. (2003). *La différance*. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) Madrid: Cátedra. p. 54.

Para Derrida, Freud va más allá de la tradición metafísica cuando ve el movimiento de la *différance* en el origen del aparato psíquico. Cuando el aparato psíquico es una máquina de escritura de traza y no fonética. Cuando esta escritura nadie la escribe, se traza, esto es, no hay ni sujeto ni ningún soporte de la escritura.

Me parece que cuando se trata de escritura y reescritura en el aparato psíquico toda topología se convierte en un intento fallido por reestablecer una *insoportable* y metafísica falta de soporte. Las explicaciones topológicas en estos niveles de exposición resultan en una falta de dinamismo, las huellas mnémicas se tornan inalterables para convertirse en tan solo transferibles de un lugar a otro.

Como dice Derrida:

La metáfora topológica del aparato psíquico y la figura de la traducción de un sistema a otro como transcripciones resultan en una anulación del movimiento, hacen pensar en un aparato psíquico inmóvil, estático y no dinámico. Freud lo subraya: la escritura psíquica no se presta a una traducción porque es un único sistema energético, por diferenciado que sea, y porque cubre todo el aparato psíquico. A pesar de la diferencia de las instancias, la escritura psíquica en general no es el desplazamiento de las significaciones en la limpidez de un espacio inmóvil, dado previamente, ni la blanca neutralidad de un discurso. De un discurso que podría ser cifrado sin dejar de ser diáfano. Aquí no se deja reducir la energía, y ésta no limita sino que produce el sentido. La distinción entre la fuerza y el sentido es derivada en relación a la archi-huella, depende de la metafísica de la consciencia y de la presencia, o más bien de la presencia en el verbo, en la alucinación de un lenguaje determinado a partir de la palabra, de la representación verbal. Metafísica de la preconsciencia, diría quizás Freud, puesto que el preconsciente es el lugar que le asigna a la

verbalidad. Al margen de eso, ¿qué nos habría enseñado Freud real mente nuevo?⁵⁶

Pero no hay que perder de vista que esta descomposición topológica correspondería a un intento por esclarecer el funcionamiento del aparato psíquico, esto es, Freud insiste en que se trata de una intención didáctica. Freud hace referencia a dos aparatos anímicos, primero, aquél de la fisiología que no le interesa al psicoanálisis y que otras disciplinas pueden estudiar y contrastar usando ciertos aparatos tecnológicos y, segundo, aquél del psicoanálisis como uno de sus objetos de estudio, mismo que no puede *ni verse ni contrastarse con ayuda tecnológica*, pero que, por un lado, sí funciona *como* una máquina y, por otro, utilizándola como metáfora, la tecnología puede asistir en la comprensión de su funcionamiento:

Tales analogías no persiguen otro propósito que servirnos de apoyo en el intento de hacernos comprensible la complejidad de la operación psíquica descomponiéndola y atribuyendo a componentes singulares del aparato cada operación singular. Que yo sepa, nadie ha osado hasta ahora colegir la composición del instrumento anímico por vía de esa descomposición. Me parece inocua. Tenemos derecho, creo, a dar libre curso a nuestras conjeturas con tal que en el empeño mantengamos nuestro juicio frío y no confundamos los andamios con el edificio. Puesto que para una primera aproximación a algo desconocido no necesitamos otra cosa que unas representaciones auxiliares, antepondremos a todo lo demás los supuestos más toscos y aprehensibles.⁵⁷

⁵⁶ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 293.

⁵⁷ Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *AE*, 5. p. 529.

Quizá sí, pero ¿solo didáctica? Derrida discrepa de Freud en la apreciación por su inclinación a buscar modelos tecnológicos que asemejen al aparato psíquico en su mecanismo. Para Derrida, la cuestión central de este gesto freudiano es el problema de la escritura. Entendiendo por escritura, como dije antes, una no fonética sino de traza, de marca, de huella. Según Derrida, esta búsqueda constante y recurrente de Freud por máquinas y, sobretodo, su admiración por su encuentro con la pizarra mágica no responde a un esfuerzo pedagógico sino a una puesta en cuestión, no manifiesta, pues no es el interés freudiano, del sentido clásico de escritura, por un lado, y, por otro lado, incluso, dice Derrida, la cuestión de la metaforicidad:

Pero no es un azar que Freud, en los momentos decisivos de su itinerario, recurra a modelos metafóricos que no están tomados de la lengua hablada, de las formas verbales, ni siquiera de la escritura fonética, sino de una grafía que no está nunca sometida, como exterior y posterior, a la palabra. Freud apela con ella a signos que no vienen de transcribir una palabra viva y plena, presente a sí y dueña de sí. A decir verdad, y este va a ser nuestro problema, en esos casos Freud *no se sirve simplemente* de la metáfora de la escritura no fonética; no considera conveniente manejar metáforas escriturales con fines didácticos. Si esta metáfora es indispensable, es porque aclara, quizás, de rechazo, el sentido de la huella en general, y en consecuencia, articulándose con este, el sentido de la escritura en el sentido corriente. Indudablemente Freud no maneja metáforas si manejar metáforas es hacer alusión con lo conocido a lo desconocido. Mediante la insistencia de su inversión metafórica, vuelve enigmático, por el contrario, aquello que se cree conocer bajo el nombre de escritura. Se produce aquí, quizá, un movimiento desconocido para la filosofía clásica, en alguna parte entre lo implícito y lo explícito. Desde Platón y Aristóteles no se ha dejado de *ilustrar* mediante imágenes gráficas las

relaciones de la razón y la experiencia, de la percepción y la memoria. Pero jamás se ha dejado de reafirmar ahí una confianza en el sentido del término conocido y familiar, a saber, la escritura. El gesto que esboza Freud interrumpe esa seguridad, y abre un tipo de nuevo de cuestión acerca de la metafóricidad, la escritura y el espaciamento en general.⁵⁸

Niega entonces Derrida toda eventualidad en el uso de metáforas escriturales en Freud. Ahora, sería también oportuno preguntarse por la azarocidad del encuentro de Freud con esta máquina de escribir, con este juguete. Quizá sea excepcional un escrito dedicado a un juguete, quizá debería sorprendernos que Freud le haya prestado tanta atención y análisis a un objeto lúdico. Aunque pensándolo mejor, quizá incluso no lo encontró en el mercado sino que era el juguete de alguno de sus nietos. Gesto que no sería nuevo en Freud en ningún sentido, pues ya había descrito el juego de su nieto Ernst⁵⁹ en una obra que comparte preocupaciones con la *Nota...* Recordemos el “molesto hábito” de aventar juguetes que describe Freud de este niño en *Más allá del principio del placer* sin aclarar que se trataba de su nieto primogénito. No tiene mucho de azaroso este descubriendo, Freud gustaba de observar juegos y juguetes; ahora se trataba de un aparato de escritura y para 1925 las referencias escriturales no eran nuevas en Freud. Quizá lo sorprendente sería la materialización de un artefacto que, al menos parece, como nuestra memoria, renovar sus medios de actuación.

⁵⁸ *Op. Cit.*, p.p. 274-5.

⁵⁹ Ernst era el primer nieto de Freud, hijo de Sophie Freud y Max Halberstadt. El nombre completo del niño era Ernst Wolfgang Halberstadt.

Aunque, como dice Freud en este mismo texto, no tendría nada de sorprendente este diseño, pues el ser humano siempre ha inventado artefactos que mejoren o refuercen sus funciones sensoriales.

Hay que anotar que, en el caso de la pizarra mágica y el aparato psíquico, la relación entre el término literal y el figurado también se invierte. No es que lo metaforizado sea sólo el aparato psíquico en relación a la pizarra mágica, el aparato psíquico no es *como* una máquina de escritura sino que *es* una máquina de escritura, por eso la metáfora corre en sentido contrario, lo metaforizado es también la pizarra en relación al psiquismo. Que el psiquismo sea una máquina de escritura es la condición de posibilidad de que este mismo psiquismo diseñe un instrumento de escritura como la pizarra mágica para suplir sus limitaciones. En palabras de Derrida: “...no hay ni máquina ni texto sin origen psíquico, no hay, tampoco, nada psíquico sin texto.”⁶⁰

Así, la pregunta de Derrida no es si la pizarra mágica es una buena metáfora, sino qué aparato hay que crear para representar la esencia psíquica y “¿cómo tiene que ser...la relación entre lo psíquico, la escritura y el espaciamento, para que sea posible ese paso metafórico, no sólo ni primeramente dentro de un discurso teórico, sino en la historia del psiquismo, del texto y de la técnica?”⁶¹

⁶⁰ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 275.

⁶¹ *Ibíd.*

Siguiendo esta pregunta que se hace Derrida, resulta pertinente analizar ese *paso metafórico* de apertura de paso a huella mnémica y pensar, entonces, en la psique freudiana en tanto texto. Dice Derrida en *De la gramatología* que “no hay fuera-del-texto,”⁶² y más tarde aclara que más que pensar en texto pensaba en *contexto*, queriendo decir con esto que no hay nada fuera de un incesante movimiento de “re-contextualización.” En su artículo *Firma, acontecimiento y contexto* de 1971 dice: “Todo signo [...] puede romper con todo contexto dado, engendrar al infinito nuevos contextos, de manera absolutamente no saturable.”⁶³ Esto es, no hay signo fuera de contexto, pero no hay contexto que sature ningún signo. Este es el juego que se despliega en el psiquismo freudiano una vez que la facilitación muda a huella mnémica y el aparato psíquico se convierte en máquina de escritura. Como todo texto, la psique freudiana está siempre abierta a modificación *–alter-ación–*, esta es una de las enseñanzas más radicales que hace Freud en su escrito sobre la pizarra mágica, la huella no es inalterable, dice. Si la huella sufre de *alteraciones* está entonces abierta a la otredad y aquello que Derrida llama lo *porvenir*. Decir que no hay contexto alguno que sature al signo implica que el signo está siempre abierto a nuevos sentidos. El sentido está diseminado, dice Derrida, y siguiendo esta línea de reflexión, la huella y el sentido de la huella también lo están. La psique es un tejido de huellas mnémicas

⁶² Derrida, J. (2005). *De la gramatología*. (Oscar del Barco y Conrado Ceretti, trad.) México: Siglo XXI. p. 202.

abierta siempre a nuevas inscripciones que modifican el tejido y, por lo tanto, al texto. La psique freudiana es un texto que en tanto tal se mueve dentro de la lógica de la *différance*, esto es, se construye o *teje* como entramando de diferencias. Estas diferencias, en el caso de la psique, corresponderían a ese *entre* que se “encuentra” en el medio de la huella inscrita y la huella *por venir*.

1.4 Las máquinas de *La interpretación de los sueños*.

En *La interpretación de los sueños*, escrito al que se le ha dado el lugar del texto inaugural del psicoanálisis, Freud utiliza símiles de aparatos ópticos para dejar en claro que su aparato psíquico no es reducible a ningún componente anatómicamente definido; se trata de un aparato que es ideal, de un diseño imaginario. Así, dice Freud, lo psíquico hay que pensarlo como aquello que acontece en el *entre* de los componentes de algo como un sostén materialmente aprehensible. Es en ese *entre donde* Freud localiza al aparato psíquico, es decir, eso que Freud llama a veces ideal y otras virtual, corresponde a un *entre*. *Entre* quiere decir ideal. Se trata entonces sí de una localidad, pero atópica.⁶⁴

El problema principal de estos aparatos ópticos era que, aunque podían ilustrar lo ficticio del aparato psíquico y resolver un cuestionamiento topológico,

⁶³ Derrida, J. (2003). Firma, acontecimiento, contexto. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) España: Cátedra. p.p. 361-2.

⁶⁴ Ver el apartado *Un lugar atópico: khôra y el aparato psíquico*.

nunca pudieron dar cuenta de su *mecanismo*, pues estos artefactos, al igual que la hoja de papel y la pizarra tradicional de las que hablará Freud 25 años más tarde en la *Nota sobre la pizarra mágica*, o permanecían infinitamente abiertos a nuevos registros o conservaban registros anteriores, pero no podían llevar a cabo estas dos funciones simultáneamente. No es hasta que Freud piensa en el aparato psíquico como una máquina de escritura y en lo psíquico como un texto o un tejido de marcas o huellas, que todas las partes del aparato pueden comenzar a ponerse en marcha y entonces, cierta automaticidad⁶⁵ del psiquismo se descubre.

En *La interpretación de los sueños*, Freud señala que sus teorizaciones, o quizá sería más acertado decir especulaciones, conciernen a localidades ideales y no anatómicas. El aparato que Freud describe es un artilugio ideal. En la sección sobre la regresión en el proceso onírico, Freud apunta que el aparato *anímico* “nos es conocido *también* (subrayado mío) como preparado anatómico”, pero esto es algo que él prefiere dejar de lado y permanecer dice, en el terreno de lo psicológico, y esto psíquico no se localiza en ningún componente aprehensible de aquél aparato anímico. En palabras de Freud:

Queremos dejar por completo de lado que el *aparato anímico* (énfasis mío) de que aquí se trata nos es conocido también como *preparado anatómico* (énfasis mío), y pondremos el mayor cuidado en no caer en la tentación de determinar esa localidad psíquica como si fuera anatómica. *Nos mantenemos*

⁶⁵ Por automaticidad me refiero a que la conciencia o percepción no interviene en todo proceso psíquico y a que el mecanismo del aparato psíquico freudiano muestra cierta repetición involuntaria que, entre otras, es una característica fundamental del proceder de cualquier máquina. Ver el apartado *El aparato psíquico: máquina y repetición*.

en el terreno psicológico (énfasis mío) y sólo proponemos seguir esta sugerencia: *imaginarnos* (énfasis mío) el instrumento de que se valen las operaciones del alma como si fuera un *microscopio* compuesto, un *aparato fotográfico*, o algo semejante. La localidad psíquica corresponde entonces a un lugar en el *interior* (énfasis mío) de un aparato, en el que se produce uno de los estadios previos de la imagen. En el microscopio y el telescopio, como es sabido, estas son en parte unas *localizaciones ideales, unas zonas en las que no se sitúa ningún componente aprehensible del aparato* (énfasis mío). Juzgo superfluo disculparme por los defectos de este símil y todos los del mismo tipo.⁶⁶

Y unas páginas más adelante dice:

...representaciones, pensamientos y, en general, productos psíquicos no pueden ser localizados dentro de elementos orgánicos del sistema nervioso, sino, por así decir, entre ellos, donde resistencias y facilitaciones⁶⁷ constituyen su correlato. Todo lo que puede ser objeto de nuestra percepción interior es *virtual* (énfasis mío), como la imagen dada en el telescopio por la propagación de los rayos de luz. Pero a los sistemas, que a su vez no son nada psíquico y nunca pueden ser asequibles a nuestra percepción psíquica, estamos justificados en *suponerlos* semejantes a las lentes del telescopio, que proyectan la imagen. Prosiguiendo este símil, la censura situada entre dos sistemas correspondería a la refracción de los rayos en el pasaje a un medio nuevo.⁶⁸

Es curioso que Freud utilice un artefacto tal como el microscopio para hacer un símil de su aparato psíquico y que proponga pensar a lo psíquico como el juego entre reflexiones y refracciones de sus lentes, cuando este instrumento permite observar fenómenos o producir imágenes para comprobar científicamente

⁶⁶ Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *AE*, 5. p.p. 529-30. Subrayado mío.

⁶⁷ Freud dice en alemán *Bahnungen*. Ver nota #26.

una hipótesis y, como él mismo lo aclara en este mismo texto, tanto su aparato psíquico como lo que él llama “lo psíquico” jamás podrán verse a través del artefacto que en esta analogía podría simular su actividad, esto es, jamás podrá hacerse un preparado anatómico del aparato freudiano y estudiarlo o analizarlo a través de un artefacto tal como el microscopio. Si lo psíquico es *ideal*, si acontece en el *interior* de un aparato donde no se sitúa ningún componente materialmente aprehensible, esto es, en el *entre* de lo *supuestamente* material, entonces no puede ser parte de los fenómenos comprobables, contrastables, cuantificables, y susceptibles de experimentación científica. Los fenómenos psíquicos no son anatómicamente examinables. Se plantea, entonces, un nuevo saber al que no se llega por la misma vía que la fisiología. ¿Cómo se llega así al conocimiento o estudio del psiquismo? Parece ser que a través de metáforas, analogías y símiles con otros aparatos tecnológicos. Este nuevo saber se enfrenta a una idealidad que para Freud no es reducible a aquella de la historia de la medicina o la fisiología.

Freud habla de dos aparatos, uno que corresponde a un “preparado anatómico” que no le interesa al psicoanálisis y que hay que dejar de lado, y otro supuesto o ideal que es objeto de la teorización o especulación psicoanalítica. No niega Freud la existencia de un aparato anímico anatómicamente aprehensible que sostenga nuestra vida anímica, es sólo que sus elucidaciones son, dice, psicológicas. Por el momento, por aquél momento en el que Freud trabajaba, el

⁶⁸ Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *AE*, 5. p. 599. Subrayado mío.

conocimiento que se tenía de las células del encéfalo, sostén del aparato anímico no daba cuenta de *lo psíquico*:

De lo que llamamos nuestra psique (vida anímica), nos son consabidos dos términos: en primer lugar, el *órgano corporal y escenario de ella* (énfasis mío), el encéfalo (sistema nervioso) y, por otra parte, nuestros *actos de conciencia* (énfasis mío), que son dados inmediatamente y que ninguna descripción nos podría transmitir. *No nos es consabido, en cambio, lo que haya en medio* (énfasis mío); no nos es dada una *referencia directa* entre ambos puntos terminales de nuestro saber. Si ella existiera, a lo sumo brindaría una localización precisa de los procesos de conciencia, sin contribuir en nada a su inteligencia.⁶⁹

Aparece el cuerpo como escenario de la vida psíquica. Pero se trata de un escenario que, como decía al principio de este apartado, altera la vida psíquica y al que la vida psíquica altera. Lo psíquico y el aparato psíquico están en ese *entre*, entre el encéfalo y los actos de conciencia. Los distintos sistemas por los que el aparato psíquico está compuesto, inconciente, preconciente y conciente en su primera tópica y ello, yo y superyó en la segunda, sólo podemos suponerlos como localidades, sin que esto signifique, ni como supuesto, que se trate de partes anatómicas del sistema anímico, nervioso o simplemente del encéfalo, como dice Freud. Pero además, tampoco tendría ningún sentido decir que *por el momento* no se encuentra localidad anatómica a estos sistemas, pero que se podría dejar abierta la posibilidad de este hallazgo al desarrollo progresivo de las ciencias médicas o biológicas; sino que, aunque se diera localidad material, ella no podría dar cuenta

⁶⁹ Freud, S. (1940). Esquema del psicoanálisis. En: *AE*, 23. p. 143. Subrayado mío.

ni de su mecanismo, de su inteligencia, y mucho menos de la trascendencia semántica que descubre Freud en los procesos psíquicos, del hecho de que una cosa puede estar en lugar de otra, del excedente de sentido, etc. Más aún, los distintos sistemas del aparato psíquico están en el *entre*, se trata de relaciones de fuerzas, de cantidades de energía. Incluso en la ficción neurológica que diseña Freud en el *Proyecto de psicología*, las neuronas no están diferenciadas estructuralmente sino por la capacidad de conducción de sus barreras-contacto, se trata de una diferencia de quanta y no de arquitectura.

Pero, a pesar de todas estas reservas y no obstante la explicación topológica resulte malograda cuando la explicación dinámica⁷⁰ de los procesos psíquicos se torne mucho más reveladora para el esclarecimiento del acaecer psíquico, Freud muestra cierta resistencia a abandonar toda topología.

En términos de eficacia de exposición me pregunto qué diferencia habría entre decir material inconsciente y material *del* inconsciente. ¿Será una ficción necesaria para Freud? Sabemos de los procesos psíquicos y, sin embargo, se descubre una necesidad aparentemente insuperable de dar respuesta a la pregunta ¿dónde?, ¿dónde se ubican estos procesos?, ¿dónde acontecen? Pareciera que, aunque la localidad que se describa sea virtual, Freud no puede dejar de dar respuesta a este cuestionamiento. El siguiente pasaje ilustra muy bien este gesto freudiano:

Cuando decimos, pues, que un pensamiento inconciente aspira a traducirse en el preconscious a fin de irrumpir desde allí en la conciencia, no queremos significar que se forme un pensamiento segundo, situado en un lugar nuevo, por así decir una transcripción junto a la cual subsistiría el original; y también respecto del irrumpir en la conciencia queremos aventar toda idea de un cambio de lugar. Cuando decimos que un pensamiento preconscious es reprimido {desalojado} y entonces el inconciente lo recibe, esta imagen, tomada del círculo de representaciones de la lucha por un terreno, podría inducirnos a suponer que realmente cierto ordenamiento es disuelto dentro de una localidad psíquica y sustituido por otro que se sitúa en una localidad diferente. Ahora reemplazamos este símil por lo que parece responder mejor al estado real de cosas, a saber, que una investidura energética es impuesta a un determinado ordenamiento o retirada de él, de suerte que el producto psíquico en cuestión cae bajo el imperio de una instancia o se sustrae de él. De nuevo sustituimos aquí un modo de representación tópico por uno dinámico; no es el producto psíquico el que nos aparece como lo movible, sino su inervación.⁷¹

Pero inmediatamente después Freud insiste y dice considerar, sin ofrecer mayor argumentación, de alguna manera útil el uso de las explicaciones topológicas: “A pesar de ello, juzgo conveniente y justificado seguir utilizando la representación intuitiva de los dos sistemas.”⁷²

El aparato psíquico es hasta aquí algo anatómicamente inaprensible, que sólo se anuncia en lo psíquico; aquello de lo que solo *a posteriori* y de manera indirecta, vía el estudio de los fenómenos psíquicos, podemos tener noticia y hacer especulaciones. Más aún, podrían las ciencias médicas o biológicas dar

⁷⁰ Esta es la explicación energética.

⁷¹ *Op. Cit.*, p. 598.

cuenta de la localización anatómica de los productos de la conciencia, pero no de su inteligencia dice Freud, yo digo de su mecanismo y devenir, de su cómo se integraron, cómo devinieron en ese deseo, ese sueño, esa angustia, etc. Y es esto, entre otros asuntos, de lo que el psicoanálisis trata de dar cuenta. Pero además, el psiquismo en psicoanálisis no puede entenderse más como un fenómeno del tipo causa-efecto en sentido tradicional. A propósito de la lengua, dice Derrida en su texto *La différance*:

Puesto que la lengua, de la que Saussure dice que es una clasificación, no ha caído del cielo, las diferencias se han producido, son efectos producidos, pero efectos que no tienen como causa un sujeto o una sustancia, una cosa en general, un ente presente en alguna parte y que escapa al juego de la diferencia. Si hubiera implicada una tal presencia, de la forma más clásica del mundo, en el concepto de causa en general, sería pues necesario hablar de efecto sin causa, lo que enseguida conduciría a no hablar más de efecto. La salida fuera del cierre de este esquema, he tratado de indicar su objetivo a través de la «marca», que ya no es un efecto que no tiene una causa, sino que no puede bastarse a sí misma, fuera de texto, para operar la transgresión necesaria.⁷³

En este mismo sentido me interesa pensar la psique freudiana pues, ya se trate de huellas mnémicas en el aparato psíquico, marcas en la pizarra mágica o neuronas del *Proyecto*, todas ellas están continuamente expuestas a modificación; no hay hechos en psicoanálisis, hay huellas que, como dice Derrida, pueden alterarse y hasta borrarse, entre otras cosas, una marca es una marca si puede

⁷² *Ibíd.*, p.p. 598-9.

⁷³ Derrida, J. (2003). *La différance*. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) Madrid: Cátedra. p. 47.

desaparecer. Un síntoma no puede de ninguna manera pensarse como *el* efecto de *una* causa; no si entendemos el aparato psíquico como una máquina de escritura y a la memoria como un tejido de huellas mnémicas. En tanto la huella mnémica nunca es marca de algo plenamente presente, no puede ser causa de nada. Las marcas en psicoanálisis anuncian una posibilidad, pero solo una posibilidad y no un hecho; la marca puede re-marcarse y abrir una nueva posibilidad. Es ahí donde el psicoanálisis se abre como clínica: como reescritura de la historia de un sujeto. El trabajo de pensamiento que el psicoanálisis en tanto clínica promueve, altera la arquitectura –por decirlo en términos de la pizarra mágica- de la huella mnémica. El análisis escribe sobre la memoria y la modifica.

Ahora, ¿por qué dice Freud que “nuestros actos de conciencia nos son dados inmediatamente”? Me parece que el punto aquí es precisamente la apariencia de una inmediatez que el análisis de los productos psíquicos devela como falsa. Hay algo *entre* el *órgano corporal* y los *actos de conciencia*; ese entre es el aparato psíquico que trabaja antes de que una imagen o sensación pueda ser dada a la conciencia. Es a eso a lo que Freud se refiere en *La interpretación de los sueños* cuando dice que el acaecer psíquico es un estadio *previo* a la imagen. Para el psicoanálisis, la inmediatez de la conciencia no es más que una ilusión. En la *Nota sobre la pizarra mágica*, por ejemplo, los trazos se vuelven visibles una vez que se ha establecido contacto entre el papel encerado y la capa de cera, esto es, primero se inscribió el trazo y sólo después aparece en la

conciencia la imagen de aquello ya escrito o trazado. La aparición de la imagen es secundaria y, en este sentido, posterior en relación a la escritura.

Así, se entiende que el origen de la memoria no está en una percepción concebida como un proceso pasivo, esto es, no corre en la dirección percepción y posteriormente registro y archivación de lo percibido. ¿Cómo entonces? En *Más allá del principio del placer* Freud explica:

Para el organismo vivo, la tarea de protegerse contra los estímulos es casi más importante que la de recibirlos; está dotado de una reserva energética propia, y en su interior se despliegan formas particulares de transformación de la energía: su principal afán tiene que ser, pues, preservarlas del influjo nivelador, y por tanto destructivo, de las energías hipergrandes que laboran fuera. La recepción de estímulos sirve sobretodo al propósito de averiguar la orientación y la índole de los estímulos exteriores, y para ello debe bastar con tomar pequeñas muestras del mundo externo, probarlo en cantidades pequeñas. En el caso de los organismos superiores, hace ya tiempo que el estrato cortical receptor de estímulos de la antigua vesícula se internó en lo profundo del cuerpo, pero partes de él se dejaron atrás, en la superficie, inmediatamente debajo de la protección general antiestímulo. Nos referimos a los órganos sensoriales, que en lo esencial contienen dispositivos destinados a recibir acciones estimuladoras específicas, pero, además, particulares mecanismos preventivos para la ulterior protección contra volúmenes hipergrandes de estímulos y el apartamiento de variedades inadecuadas de estos. Es característico de tales órganos el procesar sólo cantidades muy pequeñas del estímulo externo: toman sólo pizquitas del mundo exterior; quizá se los podría comparar con unas antenas que tantean el mundo exterior y se retiraran de él cada vez.⁷⁴

⁷⁴ Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En: *AE*, 18. p.p. 27-8.

También en su texto *La negación* dice algo parecido: “En efecto, de acuerdo con nuestro supuesto la percepción no es un proceso puramente pasivo, sino que el yo envía de manera periódica al sistema percepción pequeños volúmenes de investidura por medio de los cuales toma muestras de los estímulos externos, para volver a retirarse tras cada uno de estos avances tentaleantes.”⁷⁵ Por último, en *La pizarra mágica* dice:

He supuesto que inervaciones de investidura son enviadas y vueltas a recoger en golpes periódicos rápidos desde el interior hasta el sistema *P-Cc*, que es completamente permeable. Mientras el sistema permanece investido de este modo, recibe las percepciones acompañadas de conciencia y trasmite la excitación hacia los sistemas mnémicos inconcientes; tan pronto la investidura es retirada, se extingue la conciencia, y la operación del sistema se suspende. Sería como si el inconciente, por medio del sistema *P-Cc*, extendiera al encuentro del mundo exterior unas antenas que retirara rápidamente después que estas tomaran muestras de sus excitaciones. Por tanto, hago que las interrupciones, que en la pizarra mágica sobrevienen desde afuera, se produzcan por la discontinuidad de la corriente de inervación; y la inexcitabilidad del sistema percepción, de ocurrencia periódica, reemplaza en mi hipótesis a la cancelación efectiva del contacto.⁷⁶

Así, la percepción es un proceso psíquico posterior y, en este sentido, secundario a la memoria. La percepción pende de la memoria, es decir, la conciencia es, desde la concepción psicoanalítica, una cualidad que *prescribe* “la inconciencia”.

⁷⁵ Freud, S. (1925). *La negación*. En: *AE*, 19. p. 256.

* * *

Pero más allá de todos estos intentos por explicar el funcionamiento de su aparato psíquico y diseñar una cierta topología a través de símiles con máquinas ópticas, algo más pasa en *La interpretación de los sueños*, y es que el sueño aparece como una escritura pictográfica, dice Freud:

Pensamientos del sueño y contenido del sueño se nos presentan como dos figuraciones del mismo contenido en dos lenguajes diferentes; mejor dicho, el contenido del sueño se nos aparece como una trasferencia de los pensamientos del sueño a otro modo de expresión, cuyos signos y leyes de articulación debemos aprender a discernir por vía de comparación entre el original y su traducción. Los pensamientos del sueño nos resultan comprensibles sin más tan pronto como llegamos a conocerlos. El contenido del sueño nos es dado, por así decir, en una *pictografía*, cada uno de cuyos signos ha de transferirse al lenguaje de los pensamientos del sueño. Equivocaríamos manifiestamente el camino si quisiésemos leer estos signos según su valor figural en lugar de hacerlo según su referencia signante.⁷⁷

Para Derrida, la ruptura freudiana está en ver al sueño como una escritura original “que pone en escena a las palabras sin someterse a ellas”, “un modelo de escritura irreductible al habla y que comporta, como los jeroglíficos, elementos pictográficos, ideogramáticos y fonéticos.”⁷⁸ Esta escritura psíquica sería tan

⁷⁶ Freud, S. (1925). Nota sobre la pizarra mágica. En: *AE*, 19. p. 247.

⁷⁷ Freud, S. (1900). *La interpretación de los sueños*. En: *AE*, 4. p. 285. Subrayado mío.

⁷⁸ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 288.

originaria que la “escritura codificada y visible ‘en el mundo’, no sería más que una metáfora de aquella.”⁷⁹

Ahora, a pesar de que Freud habla aquí de traducción de, digámoslo así, un texto a otro, esto es, de pensamientos del sueño a contenido del sueño, es necesario tomar ciertas precauciones, pues bien sabemos que desde una explicación dinámica del proceder del aparato psíquico la idea de dos textos psíquicos no cabe. A pesar de que en la interpretación psicoanalítica muchas veces haya sustitución de un signo por otro, no por esto hay que pensar que el psiquismo freudiano trata de varios textos presentes a la vez. La psique freudiana es un solo texto abierto, como ya dije antes, a modificaciones, esto es, el texto psíquico está abierto a la reescritura.

Como dice Derrida, a partir de *La interpretación de los sueños* “...la metáfora de la escritura se va a apoderar a la vez del problema del aparato psíquico en su estructura y del problema del texto psíquico en su estructura y del problema del texto psíquico en su tejido”.⁸⁰

* * *

El psicoanálisis trata de supuestos (*Carta 52*), especulaciones (*Más allá del principio del placer*), mitologías (*Carta a Einstein ¿Por qué la guerra?*),

⁷⁹ *Ibíd.*

novela histórica (*Moisés y la religión monoteísta*); y quizá, para hablar de estos fenómenos virtuales sólo nos queda la metáfora, el *como si*, la especulación y los supuestos. Los fenómenos psíquicos no acontecen *en persona*, no se presentan *en persona*, su acontecer es espectral: lo psíquico se anuncia sin presentarse nunca, se deja sentir, pero jamás se deja ver.

El aparato psíquico que Freud describe es un supuesto, un “juguete teórico.” Acaso sin darse cuenta, Freud traiciona aquí todo compromiso con las ciencias positivas.

Dice Freud, en su escrito sobre la pizarra mágica, que los aparatos auxiliares para nuestras funciones sensoriales están contruidos como el órgano sensorial al que suplen, sin embargo, aquellos para la memoria habían resultado deficientes hasta el invento de la pizarra mágica. Los aparatos auxiliares que el ser humano había diseñado para la memoria podían asegurar la no pérdida de un archivo y, más específicamente, podían proteger un archivo de las desfiguraciones que nuestra memoria siempre experimenta. De hecho, este era el mayor problema de estos diseños, pues en efecto, su proceder no corresponde y mucho menos suple aquel de la memoria. La archivación de la memoria no es una acumulación de presencias plenas inalterables. La pizarra mágica no puede guardar un archivo sin alteraciones y es precisamente por eso que la metáfora con el aparato psíquico freudiano resulta tan extraordinaria. Los instrumentos auxiliares que se han

⁸⁰ *Ibid.*, p. 285.

diseñado para la memoria, como por ejemplo una cámara fotográfica o una cámara de video, juegan con la ilusión de poder guardar memorias inmutables, función que nuestra memoria es incapaz de operar. Por lo tanto, estos instrumentos no han sido contruidos como el órgano sensorial al que suplen, sino para cumplir con una función que justamente nuestro órgano sensorial no comete. Aunque también habría que cuestionar aquí si estas máquinas archivadoras de huellas inmodificables realmente nos proporcionan una memoria sin alteraciones. ¿Cuántas veces no nos sorprendemos de, por ejemplo, no recordar absolutamente nada de un archivo que es testimonio de un acto propio, o de haber firmado o escrito algo en un papel? ¿Cuántas veces no podemos reconocernos en una foto o un video? ¿Cuántas veces no olvidamos por qué escribimos algo, incluso una nota de recordatorio?

De hecho, el planteamiento freudiano del *retardamiento* que implica la posibilidad de reordenamiento de los sucesos vividos o fantaseados y la constitución a posteriori de toda historia son elementos fundamentales para la clínica psicoanalítica. La posibilidad de alteración de la huella mnémica es lo que abre al ser humano a *lo porvenir*, y esto no es ni para bien ni para mal. Pero, el psicoanálisis acentúa una confiada espera, pues se presenta como una posibilidad de reescrituración de la huella mnémica guiada hacia una ganancia de espacio cada vez mayor por parte de Eros, esto con todas sus consecuencias e imposibilidad de disociación de Tánatos. Incluso podría decir que, dado que estas

dos fuerzas no se pueden aislar y que la problemática no es otra más que *la vida la muerte*, como la llama Derrida, el proceso analítico tan sólo puede aspirar a invitar a la pulsión de muerte a un desplazamiento.⁸¹ Pensemos también en este contexto la violencia inherente al propio análisis. La figura de la abertura de paso, esto es, la facilitación supone, por un lado, una cierta violencia por parte de la estimulación y una cierta resistencia por parte del aparato psíquico; si el psicoanálisis es un proceder que vía la procuración de un trabajo de pensamiento abre nuevos pasos abiertos, entonces tenemos que pensar en la inevitable violencia del análisis y en el fenómeno de la resistencia al tratamiento. El paciente resiste al análisis, resiste a una nueva reescritura, se defiende, pero, al mismo tiempo, es el análisis de estas resistencias lo único que puede hacer que el tratamiento psicoanalítico evolucione.

⁸¹ Freud a Einstein en su carta que titula *¿Por qué la guerra?* dice: “Las alteraciones psíquicas sobrevenidas con el proceso cultural son llamativas e indubitables. Consisten en un progresivo desplazamiento de las metas pulsionales y en una limitación de las mociones pulsionales.” (p. 197) Y termina con una sorprendente fórmula: “todo lo que promueva el desarrollo de la cultura también trabaja contra la guerra”. Me parece que el proceso analítico y el trabajo intelectual que éste promueve, pueden leerse como una especie de *proceso cultural*. [Freud, S. (1933). *¿Por qué la guerra?* En: *AE*, 22. p. 198]

II. PULSIONES DE VIDA Y MUERTE: UNA LECTURA DESDE LA INSCRIPCIONALIDAD

En este apartado quiero exponer cómo la tensión que analiza Freud en su texto *Más allá del principio del placer* entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, puede leerse también como una forma más de lo que he llamado, siguiendo a Derrida, procesos de inscripcionalidad. Así, me interesa analizar cómo esta tensión muestra, en primer lugar, la resistencia del aparato psíquico a la muerte o descarga de energía por *cortocircuito*, como dice el mismo Freud, y, por otro lado, cómo esta resistencia se inserta dentro de la lógica de la escritura o inscripcionalidad. No hay que olvidar que para Freud el problema de la tensión entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte no se supera nunca. Esto es, la existencia humana se juega siempre *entre* estas dos tensiones y, para verdaderamente aprehender aquello que Freud describe en *Más allá del principio del placer*, es necesario no perder de vista que estas dos tendencias trabajan y se expresan siempre juntas. En este sentido, Freud apunta que: "...el proceso vital

del individuo lleva por razones internas a la nivelación de tensiones químicas, esto es a la muerte, mientras que la unión con una sustancia viva que conforme un individuo diferente aumenta estas tensiones, introduce nuevas diferencias vitales, por así decir, que después tienen que ser de-vividas”⁸². Y un poco más adelante agrega: “Entonces, si no queremos abandonar la hipótesis de las pulsiones de muerte, hay que asociarlas desde el comienzo mismo con unas pulsiones de vida”⁸³.

Todo esto se verá más adelante, pero me parece importante recordar que Freud, en su *Presentación autobiográfica* (1924), aclara que la pulsión de muerte, es silenciosa, “trabaja sin ruido”, va siempre de la mano de una pulsión erótica:

En los trabajos de mis últimos años (*Más allá del principio del placer* [1920], *Psicología de las masas y análisis del yo* [1921], *El yo y el ello* [1923]) he dado libre curso a la tendencia a la especulación, por largo tiempo sofrenada, y por cierto consideré una nueva solución para el problema de las pulsiones. Reuní la conservación de sí mismo y la de la especie bajo el concepto de *Eros*, y le contrapuse la *pulsión de destrucción o de muerte*, que trabaja sin ruido. La pulsión es aprehendida, en los términos más universales, como una suerte de elasticidad de lo vivo, como un esfuerzo por repetir una situación que había existido una vez y fue cancelada por una perturbación externa. Esta naturaleza de las pulsiones, conservadora en su esencia, es ilustrada por los fenómenos de la *compulsión de repetición*. *La acción conjugada y contraria de Eros y pulsión de muerte nos da, a nuestro juicio, el cuadro de la vida.*⁸⁴

⁸² Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En: *AE.*, 18. p. 54.

⁸³ *Ibíd.*, p. 55.

⁸⁴ Freud, S. (1924). *Presentación autobiográfica*. En: *AE.*, 20. p. 53. Subrayado mío.

En este sentido, se puede decir que las pulsiones de muerte nunca se *presentan*, no se hacen notar, actúan siempre a través de un *representante*. Como dice Derrida, no podemos “hablar nunca de pulsión de muerte en persona.”⁸⁵

En esta misma dirección, la compulsión de repetición, que en este texto Freud propone como una pulsión y que como tal es una tendencia a la restauración de un estado anterior –aquel de lo inanimado o la muerte-, se juega, de una manera igualmente *tirante*, esto es, en tensión, siempre junto con lo que él llama pulsiones parciales que, dice, están “destinadas a asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo y a alejar otras posibilidades de regreso a lo inorgánico que no sean las inmanentes”⁸⁶.

En términos de cómo se juega cierta inscripcionalidad en este conflicto pulsional, a modo de anuncio de lo que trataré más adelante en este capítulo, quiero recordar que ya desde 1895, en su *Proyecto de psicología*, Freud advierte esta disposición a la repetición pensándola a partir de lo que llamó, dentro de su modelo neuronal, proceso de *facilitación*, que no era otra cosa que la apertura de una brecha o un camino de descarga de energía. En este sentido, me parece que Derrida no se equivoca cuando lee, en esta idea freudiana de *facilitación*, el *trazo* en el aparato psíquico de una huella mnémica que, como ya dije antes, no será hasta la *Nota sobre la pizarra mágica* (1925) cuando esta *apertura de paso* se

⁸⁵ Derrida, J. (1986). Especular sobre Freud. En: *La tarjeta postal*. (Tomás Segovia, trad.) México: Siglo XXI. p. 282.

⁸⁶ Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En: *AE.*, 18. p. 39.

torne, de manera expresa, en escritura. Ahora, la pregunta obvia es cómo esta apertura de paso puede leerse como un antecedente teórico de la tendencia a la repetición, pues bien, en el *Proyecto...*, Freud describe cómo una vez que se ha abierto un camino de descarga de energía, el aparato psíquico, en la medida de lo posible, tomará este trayecto para nuevas descargas. Esto es, recorrerá el mismo itinerario y, cada repetición re-anima, por decirlo de alguna manera, el material mnémico de esa facilitación.

Pero además, como expongo más adelante, cada repetición, esto es, cada vez que se recorre nuevamente una apertura de paso, se debilita la barrera contacto, y la resistencia que se le opone a la descarga de energía se torna cada vez menor. Mientras menos resistencia se oponga a la descarga de energía, el proceso de alivio de tensión es cada vez más cercano a la descarga inmediata o de cortocircuito. En otras palabras, desde el *Proyecto...* de 1895 la repetición tiende hacia la muerte.⁸⁷

Quiero, entonces, seguir muy de cerca también la lectura que Derrida hace de *Más allá del principio de placer* en su texto *Especular sobre Freud* con el propósito de poder acentuar cómo, la compulsión de repetición y lo que he llamado tensión entre pulsiones de vida y de muerte –que ya para 1920 es una tendencia del aparato psíquico en mucho independiente de lo que antes Freud

⁸⁷ Ver p. 77.

había pensado como el quehacer imperante del aparato psíquico, esto es, el *principio del placer*- se juegan como una cierta escritura en el aparato psíquico.⁸⁸

* * *

Describí en la introducción las características que la tradición le atribuyó al signo escrito y cómo Derrida muestra que no le son exclusivas a la escritura (entendida en el sentido tradicional), sino que se trata de propiedades que le pertenecen a cualquier marca, sea o no escrita. Es en este sentido que Derrida piensa que todo signo es un signo escrito, esto es, en la medida en que todo signo comparte las características que la tradición había guardado para la escritura fonética. En primer lugar, es aquella ausencia que construye la marca la que, como dice Derrida, nos obliga a pensar en un cierto diferimiento de la presencia. Esto es, una marca sólo es una marca si sigue funcionando a pesar de la ausencia radical –o no- tanto del emisor como del receptor. Permítaseme repetir las palabras de Derrida que había ya citado en la introducción con la promesa de no volver a hacerlo: “Toda escritura debe, pues, para ser lo que es, poder funcionar en la ausencia radical de todo destinatario empíricamente determinado en general. Y esta ausencia no es una modificación continua de la presencia, es una ruptura de presencia, la <<muerte>> o la posibilidad de la <<muerte>> del destinatario

⁸⁸ Esto por un lado, pero también, por otro, se trata de procesos psíquicos donde *se juega aquello que se juega* en los procesos de escritura, esto es, los juegos de la *fantología* que trabajaré en el apartado *El psiquismo freudiano y el juego de la fantología*.

inscrita en la estructura de la marca.”⁸⁹ Y más adelante aclara: “Lo que vale para el destinatario vale también por las mismas razones para el emisor o el productor. Escribir es producir una marca que constituirá una especie de máquina productora a la vez, que mi futura desaparición no impedirá que siga funcionando y dando, dándose a leer y a reescribir.”⁹⁰

Pensar en el aparato psíquico como una máquina de producción de marcas o huellas mnémica acarrea estas mismas consecuencias. El aparato psíquico recorre, para la descarga de energía, caminos previamente trazados, y esta repetición que pretende el reestablecimiento de un estado anterior, de una manera verdaderamente paradójica, no permite, al mismo tiempo, que la descarga sea radicalmente innovadora, pues el recorrido reanima viejos pasos abiertos. Lo que resulta paradójico es cómo el conservadurismo de esta pulsión de repetición trabaja al mismo tiempo a favor de, por decirlo de alguna manera, la protección de nuestra reserva, energética por supuesto, podríamos igualmente llamarla “tensional”, pero también –y se trata de la misma reserva- de material mnémico pensado en términos de representaciones. La compulsión de repetición es una resistencia, dice Freud en *Inhibición, síntoma y angustia*, y, en términos psicoanalíticos, sólo podemos pensar en resistencia a una descarga. Se trata entonces, como dije, de una tendencia a la restauración de un estado anterior que,

⁸⁹ Derrida, J. (2003). Firma, acontecimiento, contexto. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) España: Cátedra. p. 357.

⁹⁰ *Ibíd.*

siguiendo a Freud, es en última instancia la muerte del organismo, pero que al mismo tiempo la resiste. Para el psicoanálisis, hay vida en tanto hay una reserva de energía y, en este mismo sentido, la muerte no significa otra cosa que una total descarga. Ahora, es claro que la existencia humana se juega entre estas dos tendencias.

Tenemos entonces que la compulsión de repetición, como toda pulsión, es conservadora y tiende, por lo tanto, hacia la restauración de un estado anterior. El estado que la compulsión de repetición pretende reconquistar, dice Freud, es aquel de lo inorgánico, esto es, de lo inanimado o sin vida. Decía también que lo interesante en este punto, es que esta tendencia se juega siempre junto con otra fuerza muy poderosa: un cierto apremio a la vida. Me parece que ahora cabe la pregunta sobre el resultado de este juego entre la “restauración de la muerte”, si se me permite una expresión así de discordante, y el apremio a la vida. Esto es, la pregunta por el por qué resistir a una descarga total o de cortocircuito. Se trata de la búsqueda de lo que Derrida llama una *auto-telía*, es decir, la búsqueda de una muerte o un fin que le sea propia a cada organismo. Freud lo dice así:

El estatuto de las pulsiones de autoconservación que suponemos en todo ser vivo presenta notable oposición con el presupuesto de que la vida pulsional en su conjunto sirve a la provocación de la muerte. Bajo esta luz, la importancia teórica de las pulsiones de autoconservación, de poder y de ser reconocido, cae por tierra; son pulsiones parciales destinadas a asegurar el camino hacia la muerte peculiar del organismo y a alejar otras posibilidades de regreso a lo inorgánico que no sean las inmanentes. Así se volatiliza ese enigmático afán del organismo,

imposible de insertar en un orden de coherencia, por afirmarse a despecho del mundo entero. He aquí lo que resta: el organismo sólo quiere morir a su manera, también estos guardianes de la vida fueron originariamente alabarderos de la muerte. Así se engendra la paradoja de que el organismo vivo lucha con la máxima energía contra influencias (peligros) que podrían ayudarlo a alcanzar su meta vital por el camino más corto (por cortocircuito, digámoslo así); pero esta conducta es justamente lo característico de un bregar puramente pulsional, a diferencia de un bregar inteligente.⁹¹

Esta *auto-telía* de la que hablan Freud y Derrida no es más que un *retardamiento o diferimiento* de la muerte. Hay que dejar la muerte para más tarde, para aquél momento en el que mi muerte sea *mi propia muerte*. Tenemos entonces que, dentro de lo que se podría llamar la lógica de la compulsión de repetición, se juega, como en todo proceso de inscripcionalidad o de escritura, una cierta *espera* o expectativa. Pensar en una tendencia del aparato psíquico a la repetición es pensar en un proceso que, por un lado, jala hacia, como decía antes, la restauración de un estado anterior, pero donde esta restitución debe necesariamente *esperar* un momento específico, aquél de una cierta “propiedad de la muerte”. Mi muerte debe ser aquella que me sea propia o, como dice Freud, cada organismo busca morir “a su manera”.

En términos de una explicación un tanto más topológica que económica, como las denomina Freud, la compulsión de repetición se instaura también como una especie de protección ante situaciones que el aparato psíquico interpreta como

⁹¹ Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En: *AE.*, 18. p. 39.

peligrosas. Decía que para Freud, la tarea principal del aparato psíquico es la de buscar placer y evitar el displacer a cualquier costo. Esto es lo que Freud llama el *principio del placer*.⁹² Con respecto a la realidad objetiva, explica Freud, cuando el aparato psíquico se enfrenta ante situaciones displacenteras que provienen del exterior, su reacción es la de sacrificar esa percepción. Sin embargo, el yo no puede escapar del peligro interno, es decir, de las exigencias de los instintos o pulsiones. Es aquí donde los mecanismos de defensa intervienen falseando la percepción interna y se fijan como modos regulares de reacción. Así, el aparato psíquico reacciona al presente como si se ocupara del pasado amenazador. Lo que es más, para justificar la fijación a esos modos regulares de reacción, el yo adulto incluso busca situaciones en la realidad objetiva que se puedan utilizar como substitutos del peligro original.

Es así como el yo adulto *repite* modos de reacción que provienen del pasado, pero esta repetición es un proceso inconsciente, es decir, no se reconoce este curso de acción. No existe recuerdo de lo que ha sido bloqueado, como resultado, el sujeto lo actúa.⁹³ Podemos decir que la compulsión a la repetición

⁹² Aunque ya dije que esta idea se ve radicalmente cuestionada en *Más allá del principio del placer*, por decirlo rápido, la autoridad o supremacía del principio del placer en este texto se ve tan sólo desplazada. Como lo explica Derrida en *Especular sobre Freud*, el principio del placer, después de 1920 será una tendencia al servicio de una función más general y más incondicionada, aquella de restaurar un estado anterior y mantener una excitación cero o constante, esto es, al servicio de la compulsión de repetición. Dice Derrida: “El placer se encontraría en camino, lugar de paso y momento del anillo. Se encontraría en camino y sería un servicio para volver a encontrar la vía de lo inanimado.” [Derrida, J. (1986). *Especular sobre Freud*. En: *La tarjeta postal*. (Tomás Segovia, trad.) México: Siglo XXI. p. 374]

⁹³ Ver el trabajo de Freud *Recordar, repetir y reelaborar* (1914).

substituye al impulso a recordar. En este sentido, mientras más fuerte sea la resistencia mayor es la sustitución del recuerdo por la acción.

Explica Freud que, en la experiencia clínica, los mecanismos de defensa que reaccionaron en el pasado contra situaciones hostiles *regresan* dentro del tratamiento como resistencias a la cura. El paciente se siente amenazado por la exigencia del tratamiento de renunciar a sus mecanismos arcaicos de defensa. Enfrentado a esta demanda, el paciente se percibe a sí mismo como vulnerable o desprotegido y la curación se experimenta como un nuevo peligro.

Dije antes que Freud reconoce el principio del placer como la función más importante del aparato psíquico. Sin embargo, en *Más allá del Principio del Placer*, observaciones de neurosis traumáticas y el incansable juego de su nieto de lanzar un carrito de madera atado a una cuerda y hacerlo regresar,⁹⁴ entre otras reflexiones, cuestionaron esta idea. El núcleo de estos dos fenómenos era la repetición de una experiencia dolorosa. En estas neurosis, los pacientes repetían el incidente traumático una y otra vez en sus sueños; y en el caso del juego del niño, la ausencia de la madre que él vivía como abandono. Estas formas del *regreso de lo reprimido* no hicieron ya posible seguir sosteniendo la idea de una obediencia absoluta al principio del placer. Parecía haber algo anterior al principio del placer, una tendencia más primaria. Así, encuentra Freud la compulsión a la repetición

⁹⁴ Este es el famoso juego de su nieto del *Fort-Da*.

relacionada a una característica más original o fundamental de los instintos: su conservadurismo. Dice Freud:

Aquí no puede menos que imponérsenos la idea de que estamos sobre la pista de un carácter universal de las pulsiones (no reconocido con claridad hasta ahora, o al menos no destacado expresamente) y quizá de toda vida orgánica en general. *Una pulsión sería entonces un esfuerzo, inherente a lo orgánico vivo, de reproducción de un estado anterior* que lo vivo debió resignar bajo el influjo de fuerzas perturbadoras externas; sería una suerte de elasticidad orgánica o, si se quiere, la exteriorización de la inercia en la vida orgánica.⁹⁵

En este sentido, la compulsión de repetición, como resistencia del ello, es una especie de magnetismo psíquico, esto es, aunque el trabajo de análisis haya abierto nuevos caminos para la descarga de los instintos, estos caminos no se emprenden de manera inmediata.

No hay sentido oculto y, de hecho, no hay sentido alguno en el restablecimiento de un estado primitivo; tan sólo se trata de una tendencia inherente al funcionamiento del aparato psíquico. Por lo tanto, dice Derrida, no hay nada que analizar, la compulsión hermenéutica del psicoanálisis llega a su fin. No obstante, Freud ha expresado que cada resistencia tiene un sentido, así como aquello reprimido que mantiene oculto. Tenemos entonces una paradoja: la compulsión a la repetición como una resistencia que no tiene sentido. Como señala Derrida, la compulsión a la repetición es una resistencia al análisis que

⁹⁵ Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En: *AE.*, 18. p. 36. El énfasis es de Freud.

tiene la estructura de una no-resistencia. La tendencia hacia un estado primitivo apunta hacia la pulsión de muerte, hacia la destrucción, la disociación, hacia el *análisis* entendido como la disolución de un vínculo.⁹⁶ Así, la compulsión a la repetición no *resiste* al análisis porque ella misma es *análisis*. En palabras de Derrida:

Ésta combina los dos motivos esenciales de todo *análisis*: el movimiento regresivo o arqueotrópico, y el movimiento de disolución que empuja a la destrucción, que gusta de destruir disociando -y por ello lo denominé... *filolítico*-. Doble razón para que la compulsión de repetición no dé su sentido a las otras cuatro resistencias: no tiene sentido (pulsión de muerte) y resiste al análisis bajo la forma de la no-resistencia, por la primera razón de que es *en sí misma de estructura o vocación analítica*.^{97*}

Así, la compulsión a la repetición *no tiene sentido*. Como señala Derrida, la compulsión a la repetición *resiste* inanalizable, escapa al análisis psicoanalítico

⁹⁶ Como señala Derrida en *Resistencias del psicoanálisis*: “Es sabido que la palabra griega *analuein* significa ‘desligar’, y por lo tanto también ‘disolver el vínculo’”. (p. 16.)

⁹⁷ Derrida, J. (1997). *Resistencias del psicoanálisis*. (Jorge Piatigorsky, trad.) Argentina: Paidós. p. 42. Énfasis en el original.

* Cabe aclarar que en la parte final de *Inhibición, síntoma y angustia* (1926), Freud explica que existen cinco diversas clases de resistencia. No obstante, solamente tres pertenecen al yo: la resistencia de transferencia, la resistencia de represión y la ganancia de la enfermedad. La cuarta y la quinta resistencias pertenecen al ello y al superyó. La compulsión a la repetición por parte del ello y la conciencia de culpa o necesidad de castigo por el superyó deben considerarse, ambas, como fenómenos de resistencia. Sin embargo, como Derrida precisa en *Resistencias del psicoanálisis*, debemos considerar dos precauciones metodológicas. Primero, dice Derrida: “Todas estas resistencias organizadas pueden ser distinguidas por un análisis lógico, conceptual, metódico, pero en realidad se enmarañan y sobredeterminan.” (p. 40) Y en segundo lugar, es la compulsión a la repetición la que encontraremos como última resistencia y como el concepto “que sirve de tutor semántico o de referencia paradigmática a las cinco resistencias.” (p. 41). Es decir, la compulsión a la repetición es el fenómeno que al final abarcará toda la problemática de resistencia como resistencia al análisis. [Derrida, J. (1997). *Resistencias del psicoanálisis*. (Jorge Piatigorsky, trad.) Argentina: Paidós]

pero, al mismo tiempo, la compulsión a la repetición y la pulsión de muerte reactivan el análisis *de manera interminable*.

Por otro lado, la compulsión de repetición pone también en cuestión al psicoanálisis en tanto clínica. Esto es, después del descubrimiento, llamémoslo así, de este fenómeno psíquico, el psicoanálisis no puede pensarse más como una terapéutica que únicamente persiga un trabajo de levantamiento de resistencias para evocar recuerdos obstruidos. La compulsión de repetición, más allá de las resistencias del yo, yace como un impedimento final al trabajo del análisis. Como dije antes, este obstáculo es la resistencia del inconsciente, y es esta resistencia la que exige más que cualquier otra la necesidad del proceso que Freud llama de reelaboración:

Ya tenemos en claro desde antes que la resistencia, que debemos superar en el análisis, es operada por el yo, que se afirma en sus contrainvestiduras. Es difícil para el yo dirigir su atención a percepciones y representaciones de cuya evitación había hecho hasta entonces un precepto, o reconocer como suyas unas mociones que constituyen lo más totalmente opuesto a lo que le es familiar como propio. Nuestro combate contra las resistencias en el análisis se basa en esa concepción de ellas. Hacemos conciente la resistencia toda vez que, como es tan frecuente que ocurra, ella misma es inconciente a raíz de su nexa con lo reprimido; si ha devenido conciente, o después que lo ha hecho, le contraponemos argumentos lógicos, y prometemos al yo ventajas y premios si abandona la resistencia. En cuanto a la resistencia del yo, entonces, no hay nada que poner en duda o rectificar. En cambio, es cuestionable que ella sola recubra el estado de cosas que nos sale al paso en el análisis. Hacemos la experiencia de que el yo sigue hallando dificultades para deshacer las represiones aun después que se formó el designio de resignar sus

resistencias, y llamamos «reelaboración» {«*Durcharbeiten*»} a la fase de trabajoso empeño que sigue a ese loable designio. Ahora parece indicado reconocer el factor dinámico que vuelve necesaria y comprensible esa reelaboración. Difícilmente sea otro que este: tras cancelar la resistencia yoica, es preciso superar todavía el poder de la compulsión de repetición, la atracción de los arquetipos inconcientes sobre el proceso pulsional reprimido; y nada habría que objetar si se quisiese designar ese factor como *resistencia de lo inconciente*.⁹⁸

Como se lee en esta cita a *Inhibición, síntoma y angustia*, la experiencia clínica reveló a Freud que, después que una resistencia había sido superada, se presentaba un período durante el cual el paciente parecía haberse olvidado de ese logro terapéutico. Freud relaciona este fenómeno con la compulsión a la repetición y con el conservadurismo de las pulsiones. Para Freud, la reelaboración se dirige hacia las resistencias, hacia el trabajo contra tales fuerzas. Durante ese período, el analista procura que el paciente asocie esa resistencia con la compulsión a la repetición. *Se trata de una re-elaboración de la resistencia para la superación de resistencias*. Este procedimiento, dice Freud, lleva *tiempo y repetición*. Se trata de algo así como *una repetición contra la repetición*.

Pero la pregunta ahora es si, por un lado, el trabajo reelaborativo permite la superación de todas las resistencias o, en todo caso, si este sería un objetivo pertinente y productivo para un trabajo analítico. O, si se quiere llevar esta

⁹⁸ Freud, S. (1926). *Inhibición, Síntoma y Angustia*. *AE*, 20. p. 149.

problemática un poco más lejos, podemos recordar la pregunta misma de Freud: ¿es el psicoanálisis terminable o interminable?

Primero, el psicoanálisis como proceso terapéutico debe pensarse, siguiendo a Freud, como un campo de batalla entre distintas fuerzas en disputa: “De nuevo nos sale al paso aquí la significatividad del factor cuantitativo, de nuevo somos advertidos de que el análisis puede costear sólo unos volúmenes determinados y limitados de energías, que han de medirse con las fuerzas hostiles. Y es como si efectivamente el triunfo fuera, las más de las veces, para los batallones más fuertes.”⁹⁹

En segundo lugar, para Freud, el psicoanálisis no puede pensarse como una “vacuna psicológica” contra futuras neurosis. En *Análisis terminable e interminable*, Freud precisa que la etiología de la neurosis es mixta. Dos factores determinan la manifestación de la neurosis: el constitucional y el accidental. Las pulsiones hiperintensas que el yo no puede domeñar integran el factor constitucional, y los traumas tempranos que el yo inmaduro no pudo manejar forman el factor accidental. Según Freud, el pronóstico del proceso terapéutico es mejor si el factor accidental es el que predomina en el desorden neurótico. En este caso, el psicoanálisis puede fortalecer al yo y sustituir la negociación incorrecta que se hizo en la niñez por una correcta. Sin embargo, agrega Freud, “si el paciente así restablecido nunca vuelve a producir una perturbación que le hiciere

necesitar del análisis, uno en verdad no sabe cuánto de esta inmunidad se debe al favor del destino, que quizá le ha ahorrado unas pruebas demasiado severas.”¹⁰⁰

Más aún, el objetivo de “resolver todas las represiones sobrevenidas y llenar todas las lagunas del recuerdo,”¹⁰¹ como dice Freud en *Análisis terminable e interminable*, no se sostiene ni en la experiencia¹⁰² ni en la teoría psicoanalíticas. En este sentido, y recordando las metáforas tecnológicas, podríamos pensar en un fin del análisis si el aparato psíquico no fuera, precisamente, una máquina de escritura y sí una máquina fotográfica, por ejemplo. Esto es, por un lado, si se tratara de una máquina fotográfica, las represiones que Freud llama originarias tendrían que ser *inamovibles*. El proceso analítico tendría que ser entonces un proceso no de rectificación de las represiones, como lo explica Freud, sino de mera traducción. Esto es, si pensáramos el aparato psíquico como cámara fotográfica, entonces el material reprimido no sería modificado por el proceso analítico sino tan sólo trasladado del sistema inconciente a la conciencia. Tendríamos que pensar en un texto, por decirlo así, original reprimido y colocado en el sistema inconciente, que después del análisis logra pasar a la conciencia sin modificación alguna. Pero esto no es lo que Freud está pensando. Freud habla de corrección del proceso represivo y no nada más de levantamiento de la resistencia. Dice Freud: “La rectificación, con

⁹⁹ Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. En: *AE*, 23. p.p. 241-2.

¹⁰⁰ *Ibíd.*, p. 223.

¹⁰¹ *Ibíd.*

posterioridad {*nachträglich*}, del proceso represivo originario, la cual pone término al hiperpoder del factor cuantitativo¹⁰³, sería entonces la operación genuina de la terapia analítica.”¹⁰⁴ Se trata entonces sí de un debilitamiento de la resistencia que permite el recuerdo, pero donde el recuerdo no es la recuperación de una fotografía sino de algo más parecido a lo que la arqueología llama palimpsesto, esto es, un yacimiento que presenta mezcla de estratos y que por lo tanto impide que los arqueólogos puedan diferenciar cuál es el superior y cuál el inferior.¹⁰⁵ El mismo proceso analítico modifica el recuerdo, se trata de una especie de *re-escritura* sobre el discurso del paciente.

Pero además, en términos metapsicológicos, la alterabilidad de la huella revela la interminabilidad del análisis. La apertura de paso o facilitación abre un camino de descarga que no puede pensarse como memoria a no ser que la vía sea nuevamente elegida. Pero, como ya dije antes, cada *recorrido* modifica la arquitectura de la facilitación. La memoria muta y mientras se abra ese espacio el análisis no puede tener fin.

¹⁰² Freud hace larga referencia a este hecho también en *Análisis terminable e interminable*.

¹⁰³ Por “hiperpoder del factor cuantitativo” Freud se refiere a la intensidad pulsional de cada organismo.

¹⁰⁴ Freud, S. (1937). *Análisis terminable e interminable*. En: *AE.*, 23. p. 230.

¹⁰⁵ Pienso en palimpsesto en términos arqueológicos y no como método de escritura porque, como tal, el texto nuevo no modifica la arquitectura del texto anterior. El palimpsesto como manuscrito conserva huellas de otra escritura anterior que ha sido borrada para dar lugar a una nueva, a diferencia de lo que sucede en la pizarra mágica donde el texto previo no se borra para dar cabida al nuevo, solo que, al estar estratificada, permite que el texto anterior, cuando se traza el nuevo, se conserve, aunque no sin sufrir modificaciones. Además, no hay que olvidar que es también el texto anterior el que de alguna manera modifica el nuevo trazo.

En el caso de la pulsión de muerte, en el *Proyecto...*, la facilitación o abertura de paso entre neuronas no es *un* hecho, sino que se trata más bien de un proceso abierto donde cada nueva descarga va alterando la fuerza de resistencia de cada barrera-contacto. De hecho, según este modelo freudiano, cada descarga debilita la barrera-contacto y hace que las neuronas no pasaderas tiendan a ser pasaderas. En palabras de Freud: “[Las neuronas ?] son alteradas duraderamente por el decurso excitatorio. Introduciendo la teoría de las barreras-contacto: sus barreras-contacto caen en un estado de alteración permanente. Y como la experiencia psicológica muestra que existe un aprender-sobre con base en la memoria, esta alteración tiene que consistir en que las barreras-contacto se vuelvan más susceptibles de conducción, menos impasaderas, y por ende más semejantes a las del sistema f.”¹⁰⁶ Esto es, de hecho, el grado de facilitación. Es así como la construcción de una reserva o memoria finalmente responde a cumplir con la función primaria –aquella que tiende a la completa descarga o muerte del aparato psíquico- pues el sistema de neuronas se ahorra el llenado con Qn estableciendo facilitaciones.

Desde el *Proyecto...*, Freud insiste en que el aparato psíquico tiende a la descarga total de toda estimulación, esto es, hacia su propia muerte, sin embargo, se trata siempre de una tendencia y no de una descarga de cortocircuito, como dice en *Más allá del principio del placer*. A esta otra fuerza que resiste la descarga

¹⁰⁶ Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En: *AE*, 1. p. 344.

de cortocircuito Freud la llama *apremio a la vida*, y la identifica también como aquella búsqueda por una muerte que a cada organismo le sea propia. Me parece que esa fuerza que Freud llama apremio a la vida bien corresponde a aquello que para Derrida expresa una cierta *auto-telía*, esto es, hay que pensar ese agarre a la vida como la búsqueda de un fin que no sea otro que el propio.

* * *

Había ya descrito cómo la memoria se constituye como una especie de protección contra la muerte. Decía que en el *Proyecto* Freud explica cómo el aparato psíquico debe *reservar* cierta cantidad de excitación como defensa a una descarga autoexterminadora. Esta reserva del aparato psíquico es, para Derrida, un archivo.¹⁰⁷ En este sentido, la pulsión de muerte es quien, simultáneamente, produce aquello mismo que intenta destruir. No hay archivo sin pulsión de muerte. La repetición que poco a poco va promoviendo el archivo tiende, al mismo tiempo, a formar absolutas facilitaciones que dan cuenta del proceso de percepción y no de memoria. El archivo se hace posible por la pulsión de muerte, por esa finitud originaria. Es esta tendencia a la destrucción del archivo la que paradójicamente provoca un deseo de memoria o archivación.

¹⁰⁷ Ver Derrida, J. (1997). *Mal de archivo*. (Paco Vidarte, trad.) Madrid: Trotta.

Para conservar la vida, el aparato psíquico crea una reserva, una memoria o un archivo. En el caso del *Proyecto...* se trata de neuronas impermeables que conservan la huella. En la *Nota sobre la pizarra mágica* es una capa de cera donde se conservan los trazos, esto es, las huellas mnémicas. Pero en ambos trabajos Freud habla de inscripciones. El archivo o memoria es *escritura*. El proceso de facilitación que da cuenta de la memoria como proceso psíquico es una escritura de traza. La facilitación como apertura de paso es un surcar. Esta apertura de paso, que además se altera en cada repetición y se vuelve cada vez más pasadera,¹⁰⁸ sirve también, en última instancia a la función primaria, pues está diseñada para ahorrarse la sobrecarga de cantidad (Qn) o para reducirla en lo posible. Para Derrida, la pulsión de muerte es una fuerza *archivolítica*, no deja huella, borra su propio archivo antes incluso de haberlo hecho. Es una pulsión muda que, además, no deja nunca un archivo que le sea propio. La pulsión de muerte no sólo empuja al olvido sino también a la “borradura radical” del archivo. Dice Derrida: “*Por una parte* el archivo se hace posible por la pulsión de muerte, de agresión y de destrucción, es decir, tanto por la finitud como por la expropiación originarias. Pero, más allá de la finitud como límite, hay...ese movimiento propiamente *in-finito* de destrucción radical sin el cual no surgiría

¹⁰⁸ Ver p. 33 donde lo explico con mayor detenimiento.

ningún deseo o mal de archivo.”¹⁰⁹ Es un doble juego de escritura y tachadura. Se escribe a dos manos, dice Freud para cerrar su *Nota sobre la pizarra mágica*:

Si se imagina que mientras una mano escribe sobre la superficie de la pizarra mágica, la otra separa periódicamente su hoja de cubierta de la tablilla de cera, se tendría una imagen sensible del modo en que yo intentaría representarme la función de nuestro aparato anímico de la percepción.¹¹⁰

Y Derrida dice en *Freud y la escena de la escritura*:

Así pues, las huellas sólo producen el espacio de su inscripción dándose a sí mismas el período de su desaparición. Desde el origen, en el «presente» de su primera impresión, aquéllas se constituyen por medio de la doble fuerza de repetición y de desaparición, de legibilidad y de ilegibilidad. Una máquina para dos manos, una multiplicidad de instancias o de orígenes, ¿no es eso la relación con lo otro y la temporalidad originarias de la escritura, su complicación «primaria»: espaciamiento, diferancia y desaparición originarias del origen simple, polémica desde el umbral de lo que se sigue llamando obstinadamente la percepción?¹¹¹

Para dar lugar a nuevas escrituras y a toda escritura en general, es preciso que algo se desvanezca. Y ese desvanecimiento responde a la protección de la vida; es la creación de la reserva o del archivo que nos guarda de una muerte impropia y que, así, nos mantiene “con vida”. Pero este desvanecimiento como

¹⁰⁹ Derrida, J. (1997). *Mal de archivo*. (Paco Vidarte, trad.) Madrid: Trotta. p. 101.

Por “mal de archivo” Derrida se refiere aquí a aquello inherente a todo proceso o técnica de la archivación que guarda parecido con una enfermedad autoinmune pues dice “...la destrucción anarquivante pertenece al proceso mismo de la archivación y produce aquello mismo que reduce...” (p. 101).

¹¹⁰ Freud, S. (1925). Nota sobre la pizarra mágica. En: *AE*, 19. p. 247.

¹¹¹ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 310.

tachadura deja siempre entrever algo: aquello escrito con anterioridad. Este es también el doble juego de la escritura. Se escribe siempre después de alguien o de algo y ese alguien/algo ha dejado *ya desde siempre* una huella. Es esta una doble *alteración*, pues la nueva escritura también modifica la escritura previa. La escritura está radicalmente abierta a la otredad. Es la alterabilidad, creo yo, la característica fundamental de toda huella y, en este sentido, de toda escritura.

Pero la tachadura puede ser radical, esa es una de sus posibilidades y es de hecho aquella posibilidad que inaugura la vida: “la muerte no sorprende a la vida, la funda.”¹¹² También en la ficción neurológica de Freud la reserva es finita: “Toda adquisición psíquica consistiría entonces en la articulación del sistema ? por una cancelación parcial, y tópicamente definida, de la resistencia en las barreras-contacto, que distingue f y ?. Con el progreso de esa articulación, la frescura receptiva del sistema de neuronas se toparía de hecho con una barrera.”¹¹³ Esto es el límite del aparato psíquico; su muerte. Es entonces la memoria quien despliega el juego de fuerzas entre la vida y la muerte, quien evidencia que es la diferencia entre estas dos fuerzas la que da cuenta de la vida como el rodeo de un camino directo hacia la muerte.

He insistido en que la memoria en tanto escritura no es inalterable. En el *Proyecto...*, las neuronas no pasaderas dejan pasar cierta cantidad de energía y, al mismo tiempo, imponen resistencia, pero cada excitación *altera*, a diferencia de

las pasaderas, el grado de permeabilidad de estas neuronas. Es así, explica Freud, como se constituye la memoria. Ahora, este proceder está también atravesado por la experiencia del *retardamiento*. Es también en esta ficción neurológica que Freud analiza la fuerza de la repetición. Por un lado, el proceso de facilitación no depende únicamente del paso de energía que vence la resistencia de la barrera-contacto, depende también, explica Freud de la frecuencia con que se repita esa impresión. Esto es, la facilitación puede sustituir a *Qn*: “La facilitación depende de la *Qn* que dentro del proceso excitatorio corre a través de la neurona, y del número de repeticiones del proceso. En esto se muestra, pues, *Qn* como el factor eficaz, la *cantidad*; y la *facilitación*, como un resultado de *Qn*, y al mismo tiempo como aquello que puede sustituir a *Qn*.”¹¹⁴ En otras palabras, toda facilitación, como la apertura de un camino para la descarga de energía, queda abierta para futuras descargas; y se sabe ya que, dentro de este modelo, el aparato psíquico tiende más buscar aquellos pasos que ya han sido abiertos que a formar nuevas facilitaciones. De hecho, la memoria radica en este proceder. Así, toda facilitación queda abierta a *re-animaciones por venir*. *Esto es la experiencia del retardamiento y en retardamiento*.

¹¹² *Ibíd.*, p. 313.

¹¹³ Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En: *AE*, 1. p. 346.

¹¹⁴ *Ibíd.*, p. 345.

Hay que decir que, en este sentido, la memoria está *por venir*, el archivo personal, por llamarlo de alguna manera, no se cierra hasta que la muerte lo alcanza. Mientras la muerte está por venir, la memoria también.

Tanto el archivo como la memoria tienen una estructura espectral.¹¹⁵ El archivo, siguiendo a Derrida, y la memoria pensada desde Freud, tienen esta estructura pues se juegan siempre entre la presencia y la ausencia, se trata de la “huella que remite siempre a otro con cuya mirada no podríamos cruzar la nuestra...”¹¹⁶ Pero el espectro es también aquello que asecha con su próxima o futura *aparición*. El espectro es aquello que tememos se aparezca; el espectro está *por venir*. El archivo está *a la espera* primero, de aquello que está por archivarse, pero también de aquello que será destruido o censurado:

...la cuestión del archivo no es...una cuestión del pasado. No es la cuestión de un concepto del que dispusiéramos o no dispusiéramos *ya* en lo que concierne al *pasado*, un *concepto archivable del archivo*. Es una cuestión de porvenir, la cuestión del porvenir mismo, la cuestión de una respuesta, de una promesa y de una responsabilidad para mañana. Si queremos saber lo que el archivo habrá querido decir, no lo sabremos mas que en el tiempo por venir. Quizá. No mañana sino en el tiempo por venir, pronto o quizá nunca.¹¹⁷

La memoria y el archivo se proyectan; registramos y reservamos para un tiempo que aún no ha sido y que está por venir, ya sea para recordar o, como en el caso de la represión o supresión, para no recordar en el futuro. La memoria y el

¹¹⁵ Ver el apartado *Espectralidad en el aparato psíquico freudiano*.

¹¹⁶ Derrida, J. (1997). *Mal de archivo*. (Paco Vidarte, trad.) Madrid: Trotta. p. 92.

archivo llevan entonces en el núcleo de su proyecto la amenaza del olvido; la memoria y el archivo cargan la violencia de la posibilidad de su propia destrucción. La pulsión de muerte, el archivo y la memoria quedan así inscritos en la lógica del *por-venir*. La reserva es siempre para un después jamás seguro. La memoria y el archivo están a la espera...Y en retardamiento.

Así, resta la apertura de la memoria y el archivo a aquello que está por venir y al porvenir mismo. El aparato psíquico en cuanto archivo y en tanto técnica de archivación y escritura está siempre abierto a la eventualidad de una posible *alteración*. Y habría que subrayar *posible*, pues como dice Derrida en *Mal de archivo*, una técnica de archivo jamás desborda la singularidad del acontecimiento.¹¹⁸

Tal como señala Derrida en *Mal de archivo*, el archivo es "hipomnémico", se ubica en el lugar opuesto de la anámnesis, ahí donde se guarda el registro de aquello que ya pasó. Pero también, el archivo está, desde siempre, expuesto a la destrucción y al olvido. El archivo es entonces aquello que posibilita la memoria¹¹⁹ y reproducción de lo archivado, pero también, aquello que está –y al mismo tiempo- amenazado por su posible cancelación. Es de hecho esta amenaza original al olvido y la destrucción la que pone en juego una necesidad de archivar, registrar, guardar o construir una reserva. Dice Derrida: "...en aquello mismo que

¹¹⁷ *Ibíd.*, p. 44.

¹¹⁸ Cf. *Ibíd.*, p. 70

¹¹⁹ Aquí memoria como *recuerdo*.

permite y condiciona la archivación, nunca encontraremos nada más que lo que expone a la destrucción, y en verdad amenaza con la destrucción, introduciendo *a priori* el olvido y lo archivológico en el corazón del monumento. En el corazón mismo del <<de memoria>>. El archivo trabaja siempre y *a priori* contra sí mismo.”¹²⁰

Ahí se juega el archivo, entre una *pulsión de archivo* y un *mal de archivo*: “Ciertamente no habría deseo de archivo sin la finitud radical, sin la posibilidad de un olvido que no se limita a la represión.”¹²¹ Esta es, señala Derrida, la paradoja que el mecanismo de la pizarra mágica salva incorporando las funciones de percepción y memoria, esto es, aquella de mantener una superficie siempre virgen donde no quede huella del trazo y aquella otra donde se guarda el registro de toda inscripción.

El archivo, dice Derrida, acontece cuando la memoria muere. Construimos un archivo ahí donde la espontaneidad de la memoria no alcanza:

...el archivo, si esta palabra o esta figura se estabilizan en alguna significación, no será jamás la memoria ni la anámnese en su experiencia espontánea, viva e interior. Bien al contrario: el archivo tiene lugar en (el) lugar del desfallecimiento originario y estructural de dicha memoria.¹²²

Pero, también, como en el caso de la represión, hay archivo de aquello que, al menos por el momento, no queremos recordar: “[Se puede] recordar y

¹²⁰ Derrida, J. (1997). *Mal de archivo*. (Paco Vidarte, trad.) Madrid: Trotta. p.p. 19-20.

¹²¹ *Ibíd.*, p. 27.

archivar lo mismo que se reprime, archivarlo reprimiéndolo (ya que la represión es una archivación), es decir, archivar de *otro modo*, por supuesto, y éste es todo el problema, distinto de los modos de archivación corriente, consciente, patente; *de otro modo*, es decir según las vías que han apelado al desciframiento psicoanalítico, en verdad, al psicoanálisis mismo...¹²³ Esto es, hay archivos *inconscientes* y, de manera más general, dice Derrida, *virtuales*.

Y el aparato psíquico es, entonces, un sistema a la vez mnémico e hipomnémico. Desde Freud, la memoria no es sólo reminiscencia, pues el aparato psíquico, como en el caso de la represión, guarda registro de acontecimientos a los que su sistema perceptual no tiene acceso, al menos no de manera inmediata o voluntaria:

Por una parte, en efecto, por la sola pero decisiva concepción de una tópica del aparato psíquico (y, por tanto, de la represión o de la supresión, según los lugares de inscripción, tanto dentro como fuera, Freud ha hecho posible el pensamiento de un archivo propiamente dicho, de un archivo hipomnémico o técnico, del soporte subyectil (material o virtual) que, en lo que ya es un espaciamento psíquico, no se reduce a la memoria: ni a la memoria como reserva conciente, ni a la memoria como rememoración, como acto de recordar. El archivo psíquico no corresponde ni a la mnéme ni a la anámnesis.¹²⁴

El aparato psíquico se juega, como el archivo y como toda *técnica* de archivación, entre la espera de lo que está por archivarse por un lado y, por otro,

¹²² *Ibíd.*, p. 19.

¹²³ *Ibíd.*, p. 72.

¹²⁴ *Ibíd.*, p. 99.

está también sujeto a la herencia de aquello que ya ha sido archivado. Por supuesto que estar *entre* la herencia y la espera –aquello que para Freud es *en retardamiento*- no es un *entre* por demás armónico, ni, como diría Derrida, calculable. En este *entre* habita la amenaza de la destrucción y el olvido. En cualquier caso, archivo público o privado, no se sabe *a priori* qué será destruido, que será archivado, ni cómo aquello que está por archivarse modificará lo ya archivado.

Para Derrida, el archivo tiene tres particularidades. Primero, todo archivo tiene un “lugar de consignación”, esto es, un *topos* donde la reserva se *guarda*. Segundo, todo archivo responde a una “técnica de repetición”. El archivo se funda o se instituye como la promesa de una repetición, en otras palabras, es la repetición aquello que vincula lo archivado o *guardado* con lo que Derrida llama el porvenir. Más trivialmente: toda técnica de archivo responde al deseo de que aquello que archivamos pueda recuperarse en un tiempo por venir. Y por último, todo archivo supone cierta exterioridad. El archivo es una reserva que está siempre fuera de lo Uno, por decirlo de alguna manera, pero esto no quiere decir que no produzca efectos sobre esto Uno o que no lo afecte. En términos de la teoría psicoanalítica, el diseño que Freud propone del aparato psíquico responde a cada uno de los tres gestos que Derrida le concede al archivo. Para Derrida, aquello inconsciente reprimido y censurado juega como técnica de archivo. Lo reprimido se funda como una especie de reserva a la que también las demás

fuerzas del aparato psíquico deben mantener “fuera” del psiquismo. Ciertamente es que lo reprimido, al igual que toda censura, produce efectos y juega siempre un papel importante dentro de la organización psíquica. También, lo reprimido tiene un *lugar* en el aparato psíquico, “está” en lo inconsciente, dice Freud, y si se “ubica” en esta instancia del aparato psíquico, la resistencia a la que debe responder es la compulsión de repetición, pues es esta la resistencia por excelencia de lo inconsciente. Así, se pone también en marcha esta técnica de repetición que Derrida le confiere a todo archivo. Y “la teoría del psicoanálisis se transforma entonces en una teoría del archivo y no solamente en una teoría de la memoria.”¹²⁵

* * *

El diseño estratificado y el mecanismo de la pizarra mágica ilustran, por un lado, la necesidad de esta cierta exterioridad dentro del aparato psíquico que Derrida llama *prótesis del adentro*:

Teniendo en cuenta la multiplicidad de lugares *en* el aparato psíquico, [el «*Bloc mágico*»] integra asimismo, dentro de la propia *psyché*, la necesidad de un cierto afuera, de ciertas fronteras entre el adentro y el afuera. Y con este *afuera doméstico*, es decir, con la hipótesis de un soporte, de una superficie o de un espacio *internos* sin los que no hay consignación, registro o impresión, ni supresión, censura o represión, acoge la idea de un archivo psíquico

¹²⁵ *Ibid.*, p.p. 26-7.

distinto de la memoria espontánea, de una *hypómnesis* distinta de la *mnéme* y de la *anámnesis*: la institución en suma, de una *prótesis del adentro*.¹²⁶

Ahora, por otro lado, la pizarra mágica, como toda máquina, responde a la necesidad del ser humano de diseñar accesorios que suplan o exageren su posible accionar o maniobrar en el mundo. En este caso particular, como instrumento de escritura, la pizarra mágica muestra la finitud de la memoria. Como dice Derrida, la máquina es la muerte y la finitud *en* lo psíquico.¹²⁷

Pero decir que la máquina es la muerte y la finitud *en* lo psíquico, puede querer decir también que es la relación con la muerte aquello que pone a funcionar a toda máquina. En el caso particular del aparato psíquico, como lo expone Freud en, por ejemplo, *Más allá del principio del placer*, es la amenaza de la muerte la que lo pone en marcha. Yo diría también que es esta amenaza la que hace que el psiquismo funcione *como* una máquina. En *Más allá del principio del placer* dice Freud: “En la teoría psicoanalítica adoptamos sin reservas* el supuesto de que el curso de los procesos anímicos es regulado automáticamente por el principio de placer. Vale decir: creemos que en todos los casos lo pone en marcha una tensión displacentera, y después adopta tal orientación que su resultado final coincide con una disminución de aquella, esto es, con una

¹²⁶ *Ibíd.*, p. 26.

¹²⁷ *Ibíd.*, p. 22.

* Este “sin reservas” es por supuesto aquello que todo *Más allá del principio del placer* cuestionará.

evitación de displacer o una producción de placer.”¹²⁸ Como a una máquina, *algo* pone en marcha al aparato psíquico y después su proceder es automático.¹²⁹ Este principio del placer que regula al aparato psíquico trabaja de la mano de la pulsión de muerte, es esta una de las conclusiones a las que llega Freud en su *Más allá...* Así, por un lado, la tendencia más importante del aparato psíquico es aquella de mantener la tensión en el nivel más bajo o, al menos, mantenerla en un nivel constante y, por otro, sabemos que el interés de la pulsión de muerte es la descarga total y de “cortocircuito” de esta tensión; hasta aquí, el principio de placer y la pulsión de muerte coinciden en su proceder, y no es hasta que entra en escena lo que he llamado “apremio a la vida” –como búsqueda de aquella muerte que al organismo le sea propia- que se despliega la vida. En este sentido, la vida es la reserva de cierta cantidad de energía.

El psicoanálisis, como teoría de la archivación, soporta la implosión de todas las tensiones y contradicciones que se lían en el proceder del psiquismo humano. Se podría decir que en tanto técnica de archivación, el aparato psíquico despliega el juego entre, por un lado, un pensamiento del olvido, lo reprimido o censurado y, por otro, de la espera de aquello que está por venir. Se despliega el juego *entre* la herencia y la promesa. Y hay que aclarar que en este *entre*, ni la herencia ni la promesa pueden pensarse la una sin la otra.

¹²⁸ Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En: *AE*, 18. p. 7.

III. EL PSIQUISMO FREUDIANO Y EL JUEGO DE LA FANTOLOGÍA

Todo lo que puede ser objeto de nuestra percepción interior es virtual, como la imagen dada en el telescopio por la propagación de los rayos de luz.
Freud, La interpretación de los sueños

3.1 Un lugar atópico: *khôra* y el aparato psíquico

Una forma de ambigüedad distinta se desprende cuando el aparato psíquico, pensado como máquina de escritura, entra en el juego de la lógica de la inscripcionalidad. Ya no se trata, en términos de la metapsicología, de topologías carentes de dinamismo, ni tampoco, para fines clínicos, de la búsqueda de *un* sentido último y originario del discurso del paciente. Leer el aparato psíquico como una máquina de escritura, como una pizarra mágica, coloca al sujeto¹³⁰ frente a un abismo; el abismo de lo inacabado, imperfecto, improvisado y un

¹²⁹ Ver *El aparato psíquico: máquina y repetición*.

¹³⁰ Entiendo aquí por sujeto aquél que tiene la experiencia de su aparato psíquico. Podría también decir que, en este contexto, es aquél que sufre los efectos de su aparato psíquico. Ver también la cita #132.

amplio etcétera que podría condensarse en el precipicio de la imposibilidad de toda plenitud.¹³¹

Pero ¿qué es lo que se juega en el juego de la inscripcionalidad? ¿Qué pasa en el juego? En el juego hay riesgo, peligro, inseguridad, conflicto, *lance*. El “juego libre” *se va construyendo* sobre la marcha, es *siempre* gerundio. El “juego estructurado”, aunque con reglas predeterminadas, admite *siempre*, por un lado, el riesgo de ganar o perder y, por otro, la posibilidad de cambiar las reglas en cualquier momento. El juego es acontecimiento, ocurre una sola vez. Aunque se repita, esta repetición es siempre en diferencia. El juego es acontecimiento porque se inscribe dentro de la misma lógica de aquello que Derrida refiere por *iterabilidad*. En este sentido, la inscripcionalidad pone en juego la veracidad de la máquina, pero sobretodo, la posibilidad de pensar en una verdad última y originaria que el trabajo de análisis o analítico pudiera recuperar.

El sujeto se torna, entonces, proceso,¹³² un interminable proceso; la conciencia se plasma como un efecto, un *a posteriori*, ya desde siempre en

¹³¹ Pero, hay que aclarar, que esta imposibilidad devela toda posibilidad, esto es, pensamos en posibilidades porque nuestra existencia es finita. En otras palabras, no podríamos pensar en posibilidad alguna si nuestra existencia no estuviera atravesada por la imposibilidad radical: la muerte. Es por esta muerte como imposibilidad radical que hay deseo y necesidad de actuar en el mundo.

¹³² En su artículo “El sujeto en proceso”, Julia Kristeva desarrolla una interesante crítica a lo que ella llama *el sujeto unario* que, desde el psicoanálisis lacaniano, sería una “unidad estratificada, nacida y determinada por la carencia (el vacío, la nada, el cero, según la doctrina de la referencia), buscando insaciablemente un imposible que figura el deseo metonímico...” Sin embargo, plantea Kristeva, la constitución de este sujeto nunca se instala según una ley universal y refiere a “...la existencia de prácticas significantes que parecen testimoniar *otra economía*.” Explica también que habría prácticas tales “que el sujeto unario, para ser polo indispensable que asegura la

retardamiento –y en espera.¹³³ Este desplazamiento de la conciencia, este lanzamiento, la despoja de toda posibilidad de efecto pleno y puro. Se trata de la conciencia retardada y abierta a lo porvenir, pero *marcadamente* abierta a la posibilidad. La posibilidad la atraviesa, y se trata de una radical posibilidad, siempre posibilidad, incluso si se trata de la posibilidad de la muerte.

Más aún, la pregunta no es solamente acerca de lo que se juega en el juego de la escritura, sino también qué se pone en juego cuando entramos en la lógica de la inscripcionalidad. Se pone en juego una ontología de lo indecible, una *fantología*. Esta ontología asediada por fantasmas –del pasado y del futuro-, que pone en tela de juicio toda lógica binaria y se abre a una particular ambigüedad, cuestiona también, y esto es muy importante para la concepción freudiana del aparato psíquico, la noción de espacio, de lugar, de *topos*.

verbalización (la puesta en la lengua), tiene que ser llevado al abismo, licuado, excedido por lo que llamamos *proceso de la significancia*, o sea, las pulsiones y operaciones semióticas preverbales (lógica, sino cronológicamente, anteriores al fenómeno del lenguaje). En este proceso el sujeto unario descubierto por el psicoanálisis no es más que un momento, un alto en el camino, llamémosle un *éxtasis*, excedido por el movimiento y amenazado por él. El proceso del que se trata no es únicamente una ‘topologización’, o una dinámica espacial siempre subañadible a lo Uno. Tiende a rechazar hasta la división Inconsciente/Consciente, Significado/Significante, o sea, incluso la propia censura en la que se instituye el orden social y el sujeto”. [Kristeva, J. (1977). El sujeto en proceso. En: A.A.V.V. *Artaud*. Valencia: Pre-textos. p.p. 35-6]

También Derrida en la entrevista que le hizo Jean Luc Nancy y que titularon *Hay que comer bien o el cálculo del sujeto*, dice que de hablar de sujeto o de subjetividad habría que pensar más bien en un “efecto de subjetividad”, pues una vez inscrito el sostén dentro de la lógica de la huella o de la *différance*, el sujeto es algo que viene *siempre* después. Pero lo más interesante de esta entrevista es, creo yo, que “este efecto de subjetividad” viene después de un *cálculo* y el sujeto, para Derrida, es un “principio de *calculabilidad*” que atraviesa necesariamente la experiencia de lo incalculable y de lo indecible. Esto es, una vez que pensamos no en sujeto sino en un sujeto que está atravesado por el cálculo, despojamos al sujeto de toda certeza y de toda inmutabilidad. [Nancy, J. (1991). *Who comes after the subject?* EEUU: Routledge]

¹³³ Ver p.p. 63-5.

El aparato psíquico como máquina de escritura se convierte entonces en una especie de *khôra*, en un lugar a-tópico *donde*, sin embargo, se inscribe. *Khôra* es aquella figura de la ontología del *Timeo* que Platón hace intervenir como un espacio a-tópico y lógicamente anterior al mundo divisible en sensible e inteligible, pero que, al mismo tiempo, hace posible esta distinción. El estudio de Platón sobre la génesis del universo concluye que hay un estado anterior a la creación del mismo. Los principios fuego, agua, aire y tierra, dice, lo son sólo metafóricamente pues son causados. Antes de la introducción de *khôra*, *Timeo* había ya propuesto dos causas distintas, una que daba origen a lo inteligible y otra a lo sensible. Pero todo esto debía tener un estado anterior, este es el del caos y la indistinción y que *khôra* cobija. Propone entonces una tercera *difícil y vaga especie de causa del universo*. Dice el *Timeo*: “¿Qué características y qué naturaleza debemos suponer que posee? Sobre todas, la siguiente: la de ser un receptáculo de toda la generación, como si fuera su nodriza.”¹³⁴ Y continúa más adelante:

Debemos decir que es siempre idéntica a sí misma, pues no cambia para nada sus propiedades. En efecto, recibe siempre todo sin adoptar en lo más mínimo ninguna forma semejante a nada de lo que entra en ella, dado que por naturaleza subyace a todo como una masa que, por ser cambiada y conformada por lo que entra, parece diversa en diversas ocasiones; y tanto lo que ingresa como lo que sale son siempre imitaciones de los seres, impresos a partir de ellos de una manera difícil de concebir y admirable...¹³⁵

¹³⁴ Platón, *Timeo*. (Mercedes López, trad.) España: Gredos. p. 199. §49a.

¹³⁵ *Ibíd.*, p. 202. §50c.

En este sentido, se puede pensar en *khôra* como una crítica a sólo ubicar en términos espaciotemporales, que para los fines de mi exposición resulta pertinente si pensamos en el aparato psíquico como algo que excede la anatomía del sistema nervioso.

Khôra es algo donde se inscribe, pero que la inscripción excede. Hablamos entonces de una inscripcionalidad que es anterior –aquí también por economía del discurso y no cronológicamente- a toda lógica binaria y que pone en tela de juicio el patrimonio de la metafísica. La enigmática y paradójica naturaleza de *khôra* cuestiona la primacía del principio de no contradicción y del tercero excluso. *Khôra* no se somete a una lógica de la participación y exclusión. Para Derrida se trata de una oscilación, de un habitar en la oscilación, pero no de un movimiento que vaya de polo a polo sino de una oscilación “entre dos géneros de oscilación: la doble exclusión (*ni/ni*) y la participación (*a la vez...y, esto y aquello*).”¹³⁶ Unas veces *khôra* no es ni esto ni aquello y otras veces es esto y aquello.

El aparato psíquico, como *khôra*, no es ni un espacio ni un contenedor. Dice Freud, por un lado, que se trata de un aparato virtual y, por otro, que funciona *como* una máquina de escritura, esto es, un aparato virtual “donde” se inscribe una huella mnémica. Sin embargo, la inscripción de la huella en la pizarra mágica no

es un hecho consumado, sino más bien, un proceso, radicalmente proceso, siempre proceso, la huella mnémica como inscripción, como aquello que se inscribe en la *khôra* de Platón, escapa y excede ese *topos*. La *alter*-abilidad de la huella mnémica no significa otra cosa que su posibilidad de ser modificada por “la otredad”, por lo otro o el otro. Ser alterable es estar abierto a la intervención de lo otro, pero se trata de una intervención que produce transformaciones, esto es, *alteraciones*.

Dice Derrida en *Freud y la escena de la escritura* que “la huella como memoria no es un abrirse-paso puro que siempre podría recuperarse como presencia simple, es la diferencia *incapturable* e *invisible* entre los actos de abrirse-paso”¹³⁷. El lugar de la inscripción es un lugar que no es lugar. El *espacio* en el que se inscribe la huella en la pizarra mágica es un lugar a-tópico *donde* confluyen, la fuerza de resistencia de la capa de cera y la fuerza de aquello que ejerce presión sobre la misma. Es un lugar “incapturable e invisible”. Se trata de un lugar sin domicilio. No podemos saber dónde se ubica ese lugar, y no por una dificultad o incluso imposibilidad epistemológica, sino porque no está, no se encuentra, no podemos decir “dónde” porque no podemos verlo, aprehenderlo, medirlo, definir su perímetro. Ese a-tópico lugar de la inscripción es *algo* para inscribir que no es *algo*, que no es un ente sino *algo* abierto a la inscripción y a

¹³⁶ Derrida, J. (1995). *Khôra*. (Diego Tatián, trad.) Argentina: Alción Editora. p. 19.

¹³⁷ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 277. Subrayado mío.

ser inscrito. ¿Podremos seguir hablando de lugar? Se trata de un acontecimiento paradójico, como aquello que dice Diego Tatián sobre *khôra*, en su nota preliminar al texto que Derrida dedica a ese enigmático pasaje del *Timeo*:

Ni ser ni vacío, ni inteligible ni sensible, ni paradigma ni copia, *khôra* sucede de manera extraña, aporética, ‘dando lugar’ sin dar en realidad nada; dejando que todas las cosas se inscriban en ella, sin ser no obstante fundamento de nada.¹³⁸

Y el mismo Platón dice: “Si afirmamos, contrariamente, que es una cierta especie invisible, amorfa, que admite todo y que participa de manera más *paradójica* y difícil de comprender de lo inteligible, no nos equivocaremos.”¹³⁹

Ni *khôra* ni el aparato psíquico son fundamento porque no son cosa o ente, de hecho, ni *khôra* ni el aparato psíquico son. No son tampoco sujeto, sostén o sustrato de nada. El aparato psíquico no es el sujeto del psicoanálisis. En todo caso, de ser algo, el aparato psíquico sería aquello que posibilita al sujeto, previo al sujeto, anterior al sujeto; si no cronológicamente, al menos en términos de una lógica del discurso. El aparato psíquico no “sostiene” impresiones; cuando el aparato psíquico freudiano se convierte en una máquina de escritura, las huellas mnémicas que se imprimen tan sólo podemos decir que “le visitan”, y esa visita es sólo anunciada, pues nunca es visita de una presencia plena. El aparato psíquico no es sujeto pues las huellas mnémicas no le pertenecen, no le pertenecen a *nadie*, a *nada*, ni siquiera a un lugar o *topos* del aparato psíquico.

¹³⁸ Ver nota preliminar de Diego Tatián en: Derrida, J. (1995). *Khôra*. (Diego Tatián, trad.) Argentina: Alción Editora. p. 7.

Cabe subrayar que a pesar de que Freud identifica lo inconsciente con la memoria y, en particular, dice en su *Nota...* que la capa de cera de la pizarra mágica es el lugar donde se guarda el archivo de las impresiones y que, por lo tanto, es esta parte del artefacto la que puede equipararse con lo inconsciente, no su puede afirmar que las huellas mnémicas le “pertenecen” a aquello inconsciente del aparato. Una afirmación de este tipo supondría una simple sustitución del sujeto de la modernidad por un “sujeto del inconsciente” comprometido con las mismas consecuencias de hipostatización.

Desde una lógica de la inscripcionalidad, esto es, desde una fantología u ontología de lo indecible, la pregunta *quién* sostiene las huellas mnémicas no tiene ya cabida, no se puede seguir con las preguntas: ¿a qué lugar del aparato psíquico pertenecen los registros de la memoria? o ¿de qué *república* son oriundas estas o aquellas representaciones? A propósito de *khôra* dice Derrida:

Porque, por una parte, la polisemia ordenada de la palabra comporta siempre el sentido del lugar político o, más generalmente, del lugar *investido*, por oposición al espacio abstracto. *Khôra* “quiere decir”: sitio ocupado por alguien, país, lugar habitado, sede designada, rango, puesto, posición asignada, territorio o región. Y de hecho *khôra* estará siempre ya ocupada, investida, incluso como lugar general, a la vez que se distingue de todo lo que toma sitio en ella. Por eso la dificultad de tratarla como espacio vacío o geométrico...¹⁴⁰

¹³⁹ Platón, *Timeo*. (Mercedes López, trad.) España: Gredos. p. 203. §51b. Subrayado mío.

¹⁴⁰ Derrida, J. (1995). *Khôra*. (Diego Tatián, trad.) Argentina: Alción Editora. p. 47.

Platón insiste en que *khôra* es un receptáculo, un lugar de alojamiento y recepción. Es en este sentido que *khôra* no puede ser un espacio vacío donde tan sólo se imprima, *khôra* sólo es, o mejor dicho, sólo hay *khôra* en tanto algo se alberga en ella, *khôra* sólo es en tanto algo la ocupa, la inviste; el aparato psíquico es también –cabe aquí también corregir el *es* por *hay* aparato psíquico- sólo en tanto ocupado, investido, impreso, marcado. No hay aparato psíquico previo o anterior a lo que podríamos llamar psiquismo. Hay aparato psíquico, algo *como* un aparato psíquico porque hay psiquismo; hay psiquismo que funciona *como* aparato, *como* máquina.

Por otro lado, la lectura que Derrida hace de este pasaje del *Timeo* no pretende proponer una palabra que le haga verdadera justicia a *khôra*; Derrida asume lo ineludible de toda geografía o topología, sin embargo, su intención sí es mostrar cómo la estructura de *khôra* vuelve inevitable todo accidente, debilidad o momento provisorio.¹⁴¹ El aparato psíquico y *khôra* son espacios donde no hay ni regularidades, ni esencias; no hay presencias plenas, hay sólo *différance*.¹⁴² Recordemos aquí cómo, en el caso del aparato psíquico freudiano, el *Proyecto de psicología* muestra al psiquismo como la *diferencia* entre los pasos-abiertos, en la

¹⁴¹ Cf. p. 23.

¹⁴² Dice Derrida en su texto *La différance*: “Lo que se escribe como <<diferancia>> será así el movimiento de juego que <<produce>>, por lo que no es simplemente una actividad, estas diferencias, estos efectos de diferencia. Esto no quiere decir que la diferencia que produce las diferencias esté antes que ellas en un presente simple y en sí mismo inmodificado, in-diferente. La diferencia es el <<origen>> no-pleno, no-simple, el origen estructurado y diferente (de diferir) de las diferencias. El nombre de <<origen>>, pues, ya no le conviene.” [Derrida, J. (2003). *La différance*. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) Madrid: Cátedra. p. 47]

pizarra mágica como la *diferencia* entre la fuerza de la impresión y la resistencia de la capa de cera, y esta diferencia es también, como dice Derrida, un juego espaciotemporal, un indecible hacerse espacio en el tiempo y/o tiempo en el espacio. Y es que más que ser espacios a-tópicos, como ya he dicho, el aparato psíquico y *khôra* son *espaciamientos*.

Por supuesto que esta lectura de Freud es una del tipo *a pesar de Freud con Freud*, pues no hay que olvidar que al mismo tiempo que no descansa en aclarar la virtualidad y la necesidad del estudio del dinamismo del aparato psíquico, también afirma, en varios pasajes de su obra, que toda pulsión es la representación psíquica de una excitación endosomática, esto es, toda represión involucra la representación ideacional de un instinto. Esto quiere decir que para Freud hay representación al nivel del inconsciente.¹⁴³ El inconsciente es ahora el sujeto de la representación, el “dueño” de las representaciones del aparato psíquico. Si el sujeto está ahora “en casa” en el inconsciente, seguimos comprometidos con una herencia Cartesiana. Como concluye Descartes en sus *Meditaciones metafísicas*, para que algo pueda ser representado, tiene que haber el “quién” de la representación, tiene que haber un *agente* que *albergue* estas

¹⁴³ De hecho, no podría ubicarse representación en otro lugar del aparato psíquico pues, para Freud, la conciencia es pura percepción. Es cierto que en el preconscious se ubicaría toda representación-palabra pero, aclarado incluso por el mismo Freud, el preconscious no es más que una parte del inconsciente. Siguiendo con mi línea de exposición, estas aclaraciones a las que constantemente tiene que recurrir Freud constatan la fragilidad con la que se puede sostener una topología del aparato psíquico, la que sea, inconsciente, preconscious y consciente o ello, yo y superyó.

representaciones, un *lugar* donde se encuentren, alguien que responda por esas representaciones, un domicilio. En este sentido, Freud parece haber tan sólo transferido el sujeto de la consciencia al inconsciente.

Sin embargo, las huellas mnémicas están siempre en un juego entre ausencia y presencia, están siempre en un *entre*, esto es, no están ni aquí, ni allá, no están en ningún lado. La huella inscrita en este juego entre presencia y ausencia coloca toda presentación como re-presentación, no hay ya presencia plena, toda presencia está *contaminada*, asechada por espectros –del pasado y del futuro.

Al igual que el aparato psíquico que carece de referente material, *khôra* “no tiene los caracteres de un ente, entendamos por esto un ente admisible en lo ontológico, a saber un ente inteligible o sensible. Hay *khôra*, pero la *khôra* no existe.”¹⁴⁴ Dice Derrida que es más “situante” que situada.

La memoria en Freud, cuando está atravesada por esta lógica de la inscripcionalidad como en su *Proyecto de psicología*, se “alberga” en un espacio tan enigmático y paradójico como *khôra*. Recordemos cómo las barreras-contacto de las neuronas ? no están “igualmente facilitadas” o “no ofrecen igual resistencia” y que es además esta diferencia entre las facilitaciones la que da origen a toda memoria; la memoria no es si no la diferencia entre las facilitaciones. Recordemos también que estas neuronas ? son aquellas capaces de

quedar permanentemente alteradas, las que conservan la huella mnémica, esto es, las de la memoria, por lo tanto, dice Freud, son el origen del aparato psíquico y de todo proceso psíquico. Entonces, el origen del aparato psíquico es un origen no-origen, un origen con tachadura: ~~origen~~. Podemos entonces colocar tanto a *khôra* como al aparato psíquico como momentos de la *différance*, como *différance*. La huella mnémica en el *Proyecto* es aquella de la alteración de la barrera-contacto y es esta diferencia en el grado de alteración o facilitación que hace que se prefiera una vía sobre otra para la descarga de la energía. Cuando Freud dice que la memoria está representada por la diferencia entre las facilitaciones, ubica a la memoria en un espacio incapturable e invisible. Como dice Derrida, “la vida psíquica no es ni la transparencia del sentido ni la opacidad de la fuerza, sino la diferencia en el trabajo de las fuerzas”¹⁴⁵, y la diferencia no está en ningún lado.

3. 2 Espectralidad en el aparato psíquico

Así, la virtualidad del aparato psíquico habla también de su carácter de espectro, de su espectralidad. Como espectro, el aparato psíquico produce efectos, hace cosas, altera cosas, pero sin presentarse. Son los efectos del espectro quienes anuncian que *hay* espectro, pues no podemos decir que un espectro es o existe. El

¹⁴⁴ Derrida, J. (1995). *Khôra*. (Diego Tatián, trad.) Argentina: Alción Editora. p. 28.

¹⁴⁵ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos. p. 277.

aparato psíquico comparte esta estructura, esto es, el aparato psíquico freudiano es un aparato sin referente real, no tiene aparato, no hay aparato ni órganos psíquicos, se trata de un aparato sin aparato, el aparato psíquico no tiene presencia, no se presenta, se anuncia en sus productos o efectos psíquicos, léase sueños, dolor, síntomas neuróticos, placer, etc. En este sentido, podemos decir que más que un aparato psíquico hay *psiquismo*. Se trata de una espectralidad que sobrelleva una economía de fuerzas que, por ejemplo, crea o produce sentido:

[La energía] no limita sino que produce el sentido. La distinción entre la fuerza y el sentido es derivada en relación a la archi-huella, depende de la metafísica de la conciencia y de la presencia, o más bien de la presencia en el verbo, en la alucinación de un lenguaje determinado a partir de la palabra, de la representación verbal. Metafísica de la preconsciencia diría Freud, puesto que el preconsciente es el lugar que le asigna a la verbalidad. Al margen de eso, ¿qué nos habría enseñado Freud realmente nuevo?

La fuerza produce el sentido (y el espacio) mediante el mero poder de <<repetición>> que habita en ella originariamente como su muerte. Este poder, es decir, este imponer que abre y limita el trabajo de la fuerza inaugura la intraducibilidad, hace posible lo que se llama <<el lenguaje>>, transforma el idioma absoluto en límite desde siempre ya transgredido: un idioma puro no es un lenguaje, sólo llega a serlo repitiéndose: la repetición desdobra ya desde siempre la punta de la primera vez.¹⁴⁶

Es a través de la repetición de la impresión que la fuerza produce el significado, en el mismo sentido en el que el signo sólo es signo si podemos repetirlo. Esto es lo que Derrida llama *iterabilidad*, lo “repetible en diferencia”.

¹⁴⁶ *Ibíd.*, p.p. 293-4.

El aparato psíquico como espectro sería aquello que no se ve, pero que permite y da la posibilidad de ver: “El espectro, como su nombre lo indica, es la *frecuencia* de cierta visibilidad. Pero la visibilidad de lo invisible. Y la visibilidad, por esencia, no se ve, por eso permanece *epekeina tes ousías*, más allá del fenómeno o del ente. El espectro también es, entre otras cosas, aquello que uno imagina, aquello, aquello que uno cree ver y que proyecta: es una pantalla imaginaria, allí donde no hay nada que ver. Ni siquiera la pantalla, a veces; y una pantalla siempre tiene, en el fondo, en el fondo que es ella, una estructura de aparición desapareciente.”¹⁴⁷

Para Cragolini, “...la ‘fantología’, en tanto relacionada con los fantasmas del pasado y con los del porvenir, alude a un doble juego de memoria y espera, que se hace visible en la relación con el otro, y que no es, en manera alguna, dialectizable.”¹⁴⁸ Es en esta lógica en la que quiero inscribir al aparato psíquico freudiano pensado como máquina de escritura. Recordemos el proceso de inscripción de la huella (mnémica) en la pizarra mágica: por un lado, la huella que va a inscribirse sufrirá modificaciones no sólo por la resistencia que la capa de cera le opone, sino también por la arquitectura de este estrato y, por otro, la impresión de esta huella alterará todo este texto previo, es decir, el nuevo trazo

¹⁴⁷ Derrida, J. (1995). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. (José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti, trad.) Madrid: Trotta. p. 117.

¹⁴⁸ Cragolini, M., “Una ontología asediada por fantasmas: el juego de la memoria y la espera en Derrida”, en: *Escritos de filosofía*. No. 41-42, Buenos Aires, 2002. p.p. 235-41.

hará que el diseño de los trazos anteriores se transforme.¹⁴⁹ La impresión en la capa de cera es siempre sobre-impresión. Además esta sobre-impresión “tiene lugar” sobre una capa de cera que tiene la particular de no tener fondo, esto es, se trata de una profundidad sin fondo, la impresión se torna infinita y la impresión siempre nueva pues es renovadora de lo anteriormente impreso. Me parece que en el funcionamiento de la pizarra mágica y, por supuesto, en el del aparato psíquico, se juega esta *lógica de la espectralidad* donde pasado y futuro se lían desapaciblemente.

En este sentido, el aparato psíquico está atravesado por la experiencia del acontecimiento, esto es, por la irrupción de aquello que es imprevisible. Lo que se devela entonces es una apertura: el aparato queda abierto a la re-escritura y la experiencia psíquica se muestra siempre desplazada, en retardamiento (*Nachträglichkeit*), pero se trata de un retardamiento que es siempre espera, radical espera.

Ahora bien, decía yo en otro momento de este trabajo que el aparato psíquico que le interesa al psicoanálisis es aquel que se “encuentra” *entre* el “preparado anatómico” y los actos de conciencia.¹⁵⁰ ¿Qué quiere decir estar en el *entre*? Quiere decir, creo yo, no estar o mejor dicho, estar y no estar a la vez, como un fantasma o un espectro. Estar en el *entre* es *estar no estando*, en otras

¹⁴⁹ Ver p. 44.

¹⁵⁰ Ver el apartado que titulé *Las máquinas de la interpretación de los sueños*.

palabras, es nunca presentarse y sólo anunciarse. O, también, nunca presentarse, pero producir efectos –así como *khôra*.

El inconciente está también bajo la lógica del fantasma, es un espectro que sólo se anuncia, nunca se presenta en persona, *ya desde siempre* asecha advirtiendo su futura aparición. Esto es lo que dice Freud, por ejemplo, de la compulsión a la repetición que considera la resistencia de lo inconsciente por excelencia.¹⁵¹

Pensemos ahora en la pizarra mágica. La capa de cera de este artefacto que describe Freud en su *Nota sobre la pizarra mágica*, es el estrato donde se inscriben huellas que tienen la característica de no ser inalterables. Esta alterabilidad trae como consecuencia que el aparato psíquico se coloque en el medio de un juego entre presencia y ausencia y memoria y espera.¹⁵²

Se juega también en este artilugio de escritura la lógica del espectro que describe Derrida en, por ejemplo, *Espectros de Marx*. La huella inscrita en la capa de cera es huella de la herencia, pero también de lo porvenir, su carácter de mutable la abre a la posibilidad de la re-escritura. No hay en la pizarra mágica posibilidad de hecho consumado, como espectro, el registro en la pizarra está siempre por venir y por (re)aparecer. La pizarra mágica es una máquina de la

¹⁵¹ La repetición en la “compulsión a la repetición” es siempre una repetición en diferencia, siempre iterabilidad. No se puede pensar en una repetición absoluta. Lo que aterra de lo ominoso, por ejemplo, es de hecho la presentación o, más bien, re-presentación, de algo del pasado que justo debía permanecer en el pasado, pero no re-presentarse.

fantología¹⁵³, de una ontología asediada por fantasmas y no de la ontología de la presencia. No se trata de una cámara fotográfica que registre un presente vivo, pleno e idéntico a sí mismo, sino de una máquina que está siempre en el “entre”, entre la vida y la muerte, entre el principio de placer y el principio de realidad, entre el proceso primario y el proceso secundario. La huella está siempre *entre* la herencia y lo porvenir. La huella es huella de la escritura, huella de la huella dice Derrida, *archihuella*. Y este *entre* es insuperable: “La fantología, como filosofía de umbrales, se mueve ‘entre’: entre los vivos y los muertos, entre el pasado y la espera. Pero este ‘entre’ no supone un espacio de dialectización posible, sino un ámbito de incertidumbre que no puede ser saldado por ninguna dialéctica, por ninguna síntesis. Este ‘entre’ supone una disyunción del presente que dificulta las filosofías de la presencia y, con ellas, las lógicas identificatorias de lo mismo”.¹⁵⁴

La alteridad como acontecimiento, esto es, como aquello que no se puede predecir, se patentiza en el aparato psíquico en el proceder de lo inconsciente y su relación con las otras instancias psíquicas; lo inconsciente irrumpe en la conciencia y no se puede prever su infiltración. El inconsciente como acontecimiento, es, como dice Derrida, *la alteridad en la mismidad del aparato psíquico*. Alteridad

¹⁵² Encuentra así Derrida en el pensamiento freudiano elementos que coinciden con su crítica a la metafísica de la presencia.

¹⁵³ Para la traducción de la palabra *hantologie* de Derrida por fantología, véase la nota de los traductores de *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. (José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti, trad.) Madrid: Trotta. p. 24.

¹⁵⁴ Cragolini, M., “Una ontología asediada por fantasmas: el juego de la memoria y la espera en Derrida”, en: *Escritos de filosofía*. No. 41-42, Buenos Aires, 2002. p. p. 235-241.

porque no podemos dominarlo; es esa capa de cera sobre la que se imprime, pero la que resiste también a la nueva escritura e interviene en la formación de la “nueva” huella. Está ahí *ya desde siempre* contaminando, pero también contaminado. Hay que anotar aquí cómo, si radicalizamos la noción de huella en el pensamiento freudiano, petición que hace Derrida al final de *Freud y la escena de la escritura*,¹⁵⁵ aquella idea de lo inconsciente como el lugar donde “a nada puede ponerse fin, nada es pasado ni está olvidado”¹⁵⁶ se torna insostenible o, al menos, incompatible con lo inconsciente como cera imprimible, como receptáculo de huellas alterables, como *khôra*. Cuando lo psíquico se convierte en texto y el aparato psíquico en un artilugio de escritura, se torna imposible seguir pensando en aquellos oscuros lugares de lo inconsciente donde la huella no era huella sino una imagen, una fotografía de un presente pasado.

¿Cómo pensar, por ejemplo, a la luz del pensamiento de la huella, aquello que Freud llamaba “el ombligo del sueño” en *La interpretación de los sueños*? Decía Freud: “Aun en los sueños mejor interpretados es preciso a menudo dejar un lugar en sombras, porque en la interpretación se observa que de ahí arranca una madeja de pensamientos oníricos que no se dejan desenredar, pero que

¹⁵⁵ Dice Derrida: “En consecuencia, hay que radicalizar el concepto freudiano de huella y extraerlo de la metafísica de la presencia que lo sigue reteniendo (en particular en los conceptos de conciencia, inconsciente, percepción, memoria, realidad, es decir, también de algunos otros).” [Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos. p. 315]

¹⁵⁶ Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *AE*, 5. p. 569.

tampoco han hecho otras contribuciones al contenido del sueño.”¹⁵⁷ Esto es lo que Freud llama el “ombligo” del sueño, y lo considera como el punto donde el sueño alcanza lo desconocido. En otras palabras, el ombligo del sueño es algo que “resiste” al análisis, pero no se sabe si resiste como sentido oculto o como un resto sin sentido, como resto de fuerza. Es aquí donde Derrida hace un llamado de atención hacia la “premonición” y “confesión” de Freud de que el análisis tiene un límite, de que existe lo inanalizable. Como señala Derrida, cuando nos enfrentamos a fenómenos como el de la compulsión de repetición y el ombligo del sueño sabemos que: “...la aceptación intelectual, teórica, filosófica, ideal o ideica de la interpretación analítica no basta para levantar la represión, es decir, según Freud, la fuente última de la resistencia.”¹⁵⁸

Se ven dos posibilidades: o bien no podemos saber nada sobre el ombligo del sueño porque resistimos conocer su significado; o no podemos saber nada sobre el ombligo del sueño porque no tiene sentido alguno. La primera posibilidad estaría comprometida con la idea de un inconsciente –o, por lo menos, una parte del inconsciente- pleno y puro, un inconsciente comprometido con la metafísica de la presencia y fuera del pensamiento de la huella. Aquí, el inconsciente no sería un texto por escribirse sino ya escrito. La segunda posibilidad puede hablarnos de una imposibilidad de articulación por un resto de fuerza sin sentido, pero

¹⁵⁷ *Ibíd.*, p. 519.

¹⁵⁸ Derrida, J. (1997). *Resistencias del psicoanálisis*. (Jorge Piatigorsky, trad.) Argentina: Paidós. p. 40.

posibilidad de todo sentido e interpretación. La interpretación en psicoanálisis tendría un límite. Habría algo anterior al sentido. La restauración o recuperación del sentido en psicoanálisis sería una tarea limitada. Quedaría siempre un resto, un remanente que debe tratarse de, como sostiene Derrida, pura diferencia entre distintas fuerzas. En este sentido, si se piensa en el ombligo del sueño como algo que permanece desconocido y, aún más, como algo que está desde su mismo origen más allá de cualquier posibilidad de articulación, entonces, se enfrenta uno a una parte del inconsciente que no tiene sujeto, no hay “nadie” que sostenga esta energía, fuerza o excitación. Hay algo más allá del sujeto, como algo más allá de la representación y la articulación. Pero este *locus* más allá de la subjetividad, representación y articulación puede, al mismo tiempo, ser exactamente la posibilidad de todos estos. Este *topos* es un lugar como *khôra*.

En *La interpretación de los sueños*, Freud dice: “Los pensamientos oníricos con que nos topamos a raíz de la interpretación tienen que permanecer sin clausura alguna y desbordar en todas las direcciones dentro de la enmarañada red de nuestro mundo de pensamientos. Y desde un lugar más espeso de ese tejido se eleva luego el deseo del sueño como el hongo de su micelio.”¹⁵⁹ Esta idea es la inmediata posterior a la revelación sobre el ombligo del sueño. Por lo tanto, para Freud es en un lugar in-interpretable donde toda posibilidad de sentido e interpretación nace. El deseo del sueño nace de una red que es inanalizable, in-

interpretable o imposible de desenredar. En palabras de Derrida: “El lugar de origen de ese deseo sería entonces el lugar mismo donde el análisis debe detenerse, el lugar que debe dejarse en la oscuridad...Y este lugar sería un nudo o un tejido enmarañado: en pocas palabras, una síntesis inanalizable.”¹⁶⁰

Quizá podríamos decir que un cuerpo humano no está habitado y bajo los órdenes de un sujeto moderno, sino “poseído” por un aparato psíquico que funciona bajo la lógica del fantasma y somete al ser humano a una existencia que se debate en el entre de todas las oposiciones del psicoanálisis: principio del placer/principio de realidad, pulsión de vida/pulsión de muerte, principio primario/principio secundario y las triadas de las dos topologías freudianas, ello, yo y superyó e inconciente, preconsciente y conciente.¹⁶¹ Se trata de un sujeto que está, con toda su herencia, siempre en la espera, en una radical e insuperable espera. La consecuencia no es sólo que el aparato psíquico funcione en esta lógica de una huella siempre abierta al porvenir, sino que es también el ser humano como existencia que queda inscrito en esta lógica del asedio de los fantasmas de su pasado y de su futuro, para bien o para mal, para una mejor o peor vida.

¹⁵⁹ Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *AE*, 5. p. 519.

¹⁶⁰ *Op. Cit.* p. 31.

¹⁶¹ Desde esta lectura del aparato psíquico freudiano se deben poner en cuestión las topologías, primera y segunda, que hablarían de supuestos lugares y organizaciones que anulan el movimiento. Como dije en la página 48, creo que cuando se trata de escritura y reescritura en el aparato psíquico toda topología se convierte en un intento fallido por reestablecer una *insoportable* y metafísica falta de soporte. Las explicaciones topológicas en estos niveles de exposición resultan

IV. EL APARATO PSÍQUICO: MÁQUINA Y REPETICIÓN

Pareció que todo se armaba, los engranajes empalmaron, se tuvo la impresión de que ahora la cosa era efectivamente una máquina y echaría andar por sí sola enseguida.
Freud, Carta 32, Viena 20/10/1895

En Freud, el recurrente uso de metáforas tecnológicas para explicar el funcionamiento del aparato psíquico apunta también, creo yo, hacia la necesidad de ilustrar una cierta “automaticidad” del psiquismo. Cuando Freud saca al psiquismo del problema de la conciencia y lo introduce dentro de una lógica del inconsciente, queda también inserto dentro de aquello que está más allá de lo volitivo. El psiquismo “hace cosas” o “produce cosas” (actos, lapsus, sueños, síntomas somáticos) cuya etiología es desconocida por la conciencia o percepción. La conciencia no interviene en todo proceso psíquico y, después del psicoanálisis, esta es una afirmación que resulta prácticamente incuestionable.

Desde esta perspectiva, resulta muy interesante preguntar por la elección que hace Freud de una figura tal como la de un *aparato* para explicar el psiquismo, pues, como ya expuse en el primer capítulo de este trabajo, el aparato psíquico, a diferencia de los otros aparatos del organismo humano (digestivo, circulatorio, respiratorio) está compuesto por sistemas que no corresponden a

en una falta de dinamismo, las huellas mnémicas se tornan inalterables y se muestran tan solo transferibles de un lugar a otro. Ver p.p.48-9.

ninguna localización orgánica. Pero, lo que el aparato psíquico sí comparte con los otros aparatos de nuestra anatomía es un proceder involuntario, esto es, este aparato, como los demás, posee un *mecanismo* que es, en su mayor parte, *automático*.

En primera instancia, me parece que la fórmula “aparato psíquico” responde a un compromiso con las ciencias biológicas que sabemos Freud tenía. Tan solo hay que recordar su texto pre-psicoanalítico sobre las afacias de 1891 donde, al mismo tiempo que propone la idea de un “aparato del lenguaje”, hace un análisis crítico de la teoría de la localización como “la restricción de las funciones nerviosas a áreas anatómicamente definibles.”¹⁶² Esto es, al mismo tiempo que Freud critica la idea de la localización que dominaba el campo de la neurología y, en este caso específico, la teoría sobre las afacias, propone un sistema que lleva el nombre de aparato, clara herencia de las ciencias médicas y biológicas. Como dice E. Stengel en la introducción de la edición que cito: “El ‘aparato del lenguaje’ es el hermano mayor del ‘aparato psíquico’, a cuya elaboración está dedicada la mayor parte de las posteriores investigaciones de Freud. Ambos términos tienen obviamente origen en los escritos de Meynert. Demuestran la perdurable adhesión de Freud a los conceptos fisiológicos.”¹⁶³ Creo que decir aparato psíquico y no, por ejemplo, máquina psíquica, respeta y sigue el uso que la anatomía había hecho de la palabra aparato para referirse a los distintos

conjuntos de órganos que juntos desempeñan una misma función. En este caso, el aparato psíquico dividido en sistemas o instancias daría cuenta de la función psíquica.

Además de la acepción médica o biológica, el *Diccionario del uso del español* de María Moliner dice de aparato: “Utensilio de menos tamaño que los llamados <<máquinas>>, formado por diversas piezas ajustadas unas con otras, *con o sin mecanismo*; como un *microscopio*...”¹⁶⁴ Así, aparato se refiere a un cierto artefacto que no sólo es de menor tamaño que una máquina –lo que también hace pensar en un instrumento con un funcionamiento más sencillo y que su producto o la acción que produce serían de menor complejidad- sino que también puede o no tener mecanismo. Esta posibilidad de no tener mecanismo resulta interesante si recordamos aquel pasaje de la *Nota sobre la pizarra mágica* donde Freud dice: “El hecho de que en la pizarra no se saque partido de las huellas duraderas de los registros recibidos no necesita perturbarnos; baste con que estén presentes. Es evidente que la analogía entre un aparato auxiliar de esta clase y el órgano modelo tiene que terminar en alguna parte. En efecto, la pizarra mágica no puede <<reproducir>> desde adentro el escrito, una vez borrado; *sería realmente una pizarra mágica* si, a la manera de nuestra memoria, pudiera consumir esto.”¹⁶⁵ Pero, habría que ir más lejos, un artefacto de escritura que pudiera “por sí mismo”

¹⁶² Freud, S. (2004). *La afasia*. Buenos Aires: Nueva Visión. p. p. 17-8.

¹⁶³ *Ibid.*, p. 12.

¹⁶⁴ El subrayado es mío.

o, por decirlo de alguna manera, “automáticamente” reproducir las huellas impresas, no sólo sería verdaderamente mágico, sino que *sería una máquina*, tendría un mecanismo propio, independiente de cualquier sujeto o voluntad. Esto es, una máquina, una vez puesta en marcha, trabaja por sí misma, sigue de manera automática el curso de su programación. El problema de la caída de la analogía no es la necesidad de un otro que ponga en marcha la pizarra o que recupere las huellas impresas, pues al aparato psíquico, al igual que a cualquier otra máquina, también lo pone en marcha un otro, la madre dice Freud, o aquel con quien se vive la “vivencia de satisfacción”¹⁶⁶, y una vez que esto sucede, el psiquismo sigue su itinerario incluso, y en su mayor alcance, independientemente del “dueño de la casa.”¹⁶⁷ La analogía se cae en este punto porque la pizarra mágica no es una máquina sino un artefacto, un instrumento y, de hecho, un juguete infantil de principios del siglo XX. Esto es, me parece, lo más interesante de la caída de la analogía, la falta de espontaneidad de la pizarra mágica que el aparato psíquico tiene, incluso más allá de la voluntad de aquél que sufre su accionar.

Freud se refiere a la pizarra mágica, dada su incapacidad por reproducir por sí misma las huellas en ella impresas, como un mero *aparato auxiliar*. Como dije antes, un aparato puede o no contar con “mecanismo”, lo que representa un

¹⁶⁵ Freud, S. (1925). Nota sobre la pizarra mágica. En: *AE*, 19. p. 246. El subrayado es mío.

¹⁶⁶ Ver p.p. 136-7 sobre “vivencia de satisfacción.”

¹⁶⁷ En referencia a esta analogía ver Freud, S. (1917). Una dificultad del psicoanálisis. En: *AE*, 17. p. 135.

gran problema para pensar el psiquismo desde esta asimilación del acaecer psíquico, pues, para el psicoanálisis, la involuntariedad de la mayor parte de los procesos y productos psíquicos es una idea central. Para el psicoanálisis, hay psiquismo independientemente de que haya o no una instancia psíquica que perciba el proceder o que de manera voluntaria pretenda producir un efecto.

Ahora bien, según el *Diccionario de la Real Academia Española* se entiende por máquina un “artificio para aprovechar, dirigir o regular la acción de una fuerza”. Una segunda acepción dice que una máquina es un “conjunto de aparatos combinados para recibir cierta forma de energía y transformarla en otra más adecuada, o para producir un efecto determinado”. En estos dos sentidos, máquina remite de manera inmediata a la idea de un mecanismo y, por lo tanto, de cierto automatismo e involuntariedad que para la concepción freudiana del psiquismo resulta fundamental. La máquina no tiene voluntad, una vez que se enciende y se pone en marcha no puede parar su funcionamiento, a menos, por supuesto, que esté diseñada para tal acción. El aparato psíquico en tanto máquina no necesita, por decirlo de alguna manera, que el sujeto sepa ni de su proceder ni de su efectividad. De hecho, que el sujeto sepa de él no tiene implicación alguna. Para Freud, la consciencia no es más que una cualidad, en su texto *Las resistencias contra el psicoanálisis* señala: “...lo anímico es, más bien, en sí inconsciente, y la condición de consciente no es más que una cualidad que puede agregarse o no al acto anímico singular, y eventualmente, cuando falta, no altera

nada más en este.”¹⁶⁸ Y dice también, en *Una dificultad del psicoanálisis*, que lo anímico no coincide con lo conciente;¹⁶⁹ y de coincidir, este saber en nada impide que la máquina psíquica siga funcionando.

En este sentido, la máquina es *trabajo* y no sujeto. Y así, el psiquismo es máquina, pues no lo sostiene sujeto alguno. De hecho, Freud pensó siempre en el funcionamiento del psiquismo en términos de *trabajo* (trabajo de pensamiento, trabajo del sueño, trabajo del duelo y trabajo elaborativo.)¹⁷⁰ En otras palabras, para Freud, los *productos* psíquicos son *producto* de un trabajo. Lo interesante de esta concepción es precisamente que un trabajo puede o no ser el resultado de un agente. Un trabajo es una acción que puede llevar a cabo un sujeto, una máquina e incluso un animal. Aquél o aquello que hace un trabajo puede o no estar conciente de lo que hace; este es el caso del aparato psíquico. Dentro de este contexto, lo central, me parece, es que un trabajo implica siempre una transformación y un gasto de energía.

El trabajo del sueño es, por ejemplo, una transformación de los pensamientos oníricos en el contenido manifiesto del sueño. Se podría decir que se trata de un cierto trabajo de traducción. Esta transformación es la esencia del

¹⁶⁸ Freud, S. (1925). Las resistencias contra el psicoanálisis. En: *AE*, 19, p. 230.

¹⁶⁹ Freud, S. (1917). Una dificultad del psicoanálisis. En: *AE*, 17, p.p. 134-5.

¹⁷⁰ “Trabajo elaborativo” se refiere a lo que la traducción de las *Obras completas de Freud* de James Strachey nombra como *reelaboración*. Como dicen Laplanche y Pontalis en su *Diccionario de psicoanálisis*, el término alemán *Durcharbeiten* refiere a un trabajo de pensamiento que la palabra reelaboración no guarda. Este vocablo alemán ha sido traducido en inglés por *working-through*, y coincido con estos autores en que esta traducción ha sido mucho más afortunada. [Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor]

sueño, esto es, el sueño no es ni el contenido manifiesto ni los pensamientos latentes, el sueño es este trabajo de traducción o transformación. En relación con el proceso de reelaboración, Laplanche y Pontalis señalan en su *Diccionario de psicoanálisis* que Freud veía, por su “carácter resolutivo,” en el trabajo elaborativo en psicoanálisis como un equivalente a la abreacción que la hipnosis promovía. La diferencia entre estos dos procesos reside precisamente en que la abreacción no solicitaba trabajo alguno de pensamiento. Vía la hipnosis, lo que se buscaba era una reminiscencia *inmediata*, justo sin la mediación de un ejercicio intelectual. Es esa mediación o rodeo del trabajo de pensamiento lo que hizo la diferencia entre la abreacción y la asociación libre que, hay que insistir, es un trabajo de pensamiento. Y como todo trabajo, la transformación requiere de una mediación.

El aparato psíquico es una máquina en tanto toda producción psíquica está mediada por un trabajo de pensamiento. El que este trabajo esté o no acompañado de conciencia no altera en nada, dice Freud, el producto psíquico.

* * *

Ahora, a diferencia de otras máquinas que tienen como finalidad manufacturar algo fuera de sí mismas, el aparato psíquico es una máquina que se produce a sí misma. Así, este aparato no es ni espacio aprehensible, ni principio

rector, ni principio de unidad, es *puro principio de producción* de sí mismo. Pero se trata de una producción que es en realidad siempre transformación, de hecho, pensando en la analogía de la pizarra mágica y en el aparato psíquico como una máquina de escritura, la alterabilidad de la huella mnémica como trazo o inscripción es, como lo he venido analizando a lo largo de este escrito, donde radica lo esencial del proceso de escritura en general y, en particular, la disposición de toda huella.

Entonces, el ejercicio del aparato resulta en un trabajo de producción de sí mismo. Esta máquina, si bien es cierto que como cualquier otra “recibe cierta forma de energía y la transforma en otra más adecuada”, tiene la particular característica de que al transformar la energía se transforma a sí misma. ¿Por qué? Pues porque la máquina que Freud tiene en mente no es otra cosa sino energía, flujos de energía cuyas diferencias producen huellas, impresiones o trazos. Quizá es de esta forma como podemos hacer coincidir las metáforas del *Proyecto de psicología* y la *Nota sobre la pizarra mágica*. Si los canales de descarga de energía se modifican como describía Freud en su *Proyecto de psicología*, se modifica toda la arquitectura del aparato psíquico. El psiquismo, dice Freud, por diferenciado que sea es un único sistema energético. Esto si pensamos en los términos del *Proyecto...*, pero esta idea está también en el modelo de escritura de la *Nota sobre la pizarra mágica*, en este caso, cada nueva impresión modifica la arquitectura de la capa de cera y, por lo tanto, se altera el itinerario de la vida

ánimica. Como dice Derrida en *Freud y la escena de la escritura*, la fuerza no limita el sentido sino que lo produce.¹⁷¹

Pero ¿qué sostiene aquello que Freud llama lo psíquico? Lo sostiene la repetición y el trabajo de pensamiento como proceso de repetición. Al aparato psíquico no lo sostiene nada como un sujeto plenamente presente. Mientras *la repetición se repita* el aparato psíquico se sostiene. La memoria es, de hecho, una repetición *por venir*. Pero no hay que olvidar que, en última instancia, lo que radicalmente se repetirá será el estado de inanimado: la muerte. Recordemos cómo la huella mnémica –como apertura de paso– se va borrando con cada repetición hasta convertirse en un total paso abierto que no da más cuenta del proceso de memoria, sino de la posibilidad de que toda estimulación se descargue de manera inmediata.¹⁷² El aparato psíquico tiende entonces a volver a su estado primitivo, aquel del aparato reflejo.¹⁷³

Una máquina es también un artefacto de transformación de energía. Lo interesante aquí es que el aparato psíquico guarda siempre una reserva, y esto no sólo quiere decir que no haya una plena y armónica descarga o transformación de la energía, sino que también, toda alteración o transmutación en el acontecer psíquico mantiene siempre cierta relación con el estado anterior. Dentro del pensamiento freudiano, esta idea de reserva tiene muchísimas e interesantísimas

¹⁷¹ Ver p. 49 del apartado *De la apertura de paso a la inscripción de la huella*.

¹⁷² Ver p. 33.

¹⁷³ Ver más adelante en las páginas 136-7 la cita a Freud del capítulo VII de

consecuencias que ya he abordado a lo largo de este trabajo pero que mencionaré rápidamente:

1. Pensando en el modelo de la pizarra mágica y la idea de facilitación del *Proyecto de psicología* queda claro que la alterabilidad de la huella es modificación de su arquitectura y no plena transformación. Es decir, la huella guarda siempre algo de su herencia, misma que modifica la inscripción por venir.

2. La memoria, como desarrollé en el apartado que titulé *Pulsiones de vida y muerte: una lectura desde la inscripcionalidad*, es de hecho una reserva que el aparato psíquico construye para protegerse de *una muerte que no le sea la propia*. A propósito de la experiencia de satisfacción, dice Freud que son las necesidades básicas corporales -el hambre como ejemplo paradigmático- aquellas que modifican la tendencia primera del aparato psíquico a librarse de toda estimulación (siguiendo el modelo del arco-reflejo). Esta modificación consiste, precisamente, en la creación de una reserva que mantenga al organismo vivo, para poder así buscar una alteración interna a través de una acción específica que termine en la satisfacción de esa necesidad corporal. Lo importante aquí es que la reserva no es otra cosa que una huella mnémica. En el ejemplo de la satisfacción del hambre, el bebé crea una huella de la imagen de aquella persona que *repetidamente* lo ha alimentado, y que será a la que “llamará” cada vez que esa necesidad vuelva a asaltarle.

La interpretación de los sueños donde menciona este esquema del aparato reflejo.

3. En términos de la clínica, si el aparato psíquico es una máquina que guarda siempre una reserva de energía que no es inmutable, el psicoanálisis tendría entonces que dirigirse hacia la procuración de un trabajo de pensamiento, obviamente analítico, pero no hacia la búsqueda de *un* sentido último y originario en el discurso del paciente.

Es también cierto que algunas máquinas están diseñadas como un conjunto de partes que conforman un todo para un fin común. Ahora, por un lado, sabemos que para Freud las distintas partes o sistemas del aparato psíquico no siempre y mejor dicho, casi nunca persiguen una misma meta; recordemos, por ejemplo, que el cumplimiento de un deseo puede significar satisfacción para una instancia y dolor para otra. El psiquismo es más bien una negociación entre las distintas instancias y no la armónica realización de un fin común, y es cierto que las más de las veces esta negociación no llega a buen término. Hay siempre una instancia que de alguna manera “sacrifica” sus intereses y esto termina, desde la perspectiva psicoanalítica, en algún tipo de agitación psíquica.

Por otro lado, creo que –y aquí entraría la crítica a las topologías freudianas que ha estado asechando todo este trabajo¹⁷⁴- es siempre riesgoso

¹⁷⁴ No profundizo en este punto pues sería tema de otra tesis, pero sí quiero aclarar que aunque esta crítica me parece muy pertinente, no hay que dejar de lado dos cosas: primero, que en relación con sus explicaciones topológicas Freud siempre tomó sus propias precauciones y, segundo, que considero, más allá de ciertas objeciones, que con esas reservas es verdad que las topologías ilustran cierto proceder del psiquismo humano.

pensar en el aparato psíquico como un conjunto de partes coordinadas, pues como dije anteriormente citando a Freud, pensar en un único sistema energético y sí, diferenciado y en conflicto, resulta mucho más productivo. Sin embargo, pensar en partes o instancias psíquicas lleva siempre a la pérdida de cierto movimiento, dinamismo y economía del psiquismo. Ya he analizado esta problemática a profundidad en el apartado *De la apertura de paso a la inscripción de la huella*, pero quiero insistir aquí en que la división topológica, además de romper con el dinamismo del aparato psíquico, hace pensar en distintos textos psíquicos que viajan de una instancia psíquica a otra. Esto trae como consecuencia que la huella mnémica pierda la característica de *alterable* que Freud le confirió en su *Nota sobre la pizarra mágica*. La huella mnémica alterable se convierte entonces en una huella que no cambia su arquitectura y que se limita tan sólo a pasar de una instancia psíquica a otra. Siguiendo este itinerario, la apertura de la existencia humana a lo que, siguiendo a Derrida, he referido como *lo porvenir* queda, al menos, limitada. Pero la imagen de una existencia humana bajo esas condiciones queda entonces cerrada también a lo que Derrida llama la radicalidad del acontecimiento. El acontecimiento como aquello que irrumpe, pero que, al mismo tiempo, no es *puro* comienzo, trata de un acaecer suscrito dentro de la lógica de la *iterabilidad*, esto es, de la *repetición en diferencia*. Esta es también la lógica de la inscripcionalidad en la pizarra mágica. La huella mnémica a inscribirse se

imprimirá en un texto previo al que por supuesto modificará, pero que también modificará su impronta.

Ahora bien, también, en términos del contenido psíquico, las tópicos hacen pensar en traslado de huellas de un lado a otro, por ejemplo, de inconsciente a consciente, en traducción y no en modificación y alteración del contenido psíquico. Pensemos, por ejemplo, en aquello que decía Freud en *El yo y el ello*: “El psicoanálisis es un instrumento destinado a posibilitar al yo la conquista progresiva del ello.”¹⁷⁵ Especular sobre la conquista de una instancia psíquica es pensar en su ocupación o invasión, misma que resultaría en cierta cancelación y, de manera ineludible, en cierta cancelación de todo psiquismo, pues no podemos pensar en psiquismo, al menos desde el psicoanálisis –y sin importar a partir de cuál de las dos topologías- sin una de las tres instancias psíquicas. Esta pretendida conquista de una instancia por otra termina por aniquilar toda posibilidad de algo como el psiquismo que el mismo Freud propone. Esta es, me parece, la paradoja de las topologías del aparato psíquico freudiano. Una economía energética, esto es, una administración y ahorro de energía psíquica es la esencia, por decirlo de alguna manera, de algo como el psiquismo pensado desde Freud. Algo debe resistir, y debe hacerlo radicalmente. Y esto implica que, para que haya psiquismo, algo debe resistir a la amenaza de su cancelación, algo debe resistir al psicoanálisis. Freud habla de esta resistencia también. Habla de una fuerza de

repetición como la resistencia de lo inconsciente por excelencia: la compulsión de repetición. Creo que esta fuerza, entre otras cosas, es aquello que no permite la cancelación del psiquismo. Es la fuerza que resiste, en última instancia y de manera muy poderosa, al tratamiento psicoanalítico. Pero es también, la fuerza que lo hace posible y que lo proyecta en su interminabilidad.¹⁷⁶

* * *

Quiero ahora regresar a ese mito del origen del aparato psíquico al que Freud llama “vivencia de satisfacción” y que pretende dar cuenta del momento en el que el aparato psíquico *se pone en marcha*. En el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, Freud dice:

No tenemos dudas de que este aparato ha alcanzado su perfección actual sólo por el camino de un largo desarrollo. Intentemos trasladarnos retrospectivamente a una etapa más temprana de su capacidad de operación. Supuestos que han de fundamentarse de alguna otra manera nos dicen que el aparato obedeció primero al afán de mantenerse en lo posible exento de estímulos, y por eso en su primera construcción adoptó el esquema del aparato reflejo que le permitía descargar enseguida, por vías motrices, una excitación sensible que le llegaba desde fuera. Pero el apremio de la vida perturba esta simple función; a él debe el aparato también el envión para su constitución ulterior. El apremio de la vida lo asedia primero en la forma de las grandes necesidades corporales. La excitación impuesta {*setzen*} por la necesidad interior buscará un drenaje

¹⁷⁵ Freud, S. (1923). El yo y el ello. En: *AE*, 19, p. 56.

¹⁷⁶ Ver Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. En: *AE*, 23.

en la motilidad que puede designarse «alteración interna» o «expresión emocional». El niño hambriento llorará o pateará inerte. Pero la situación se mantendrá inmutable, pues la excitación que parte de la necesidad interna no corresponde a una fuerza que golpea de manera momentánea, sino a una que actúa continuamente. Sólo puede sobrevenir un cambio cuando, por algún camino (en el caso del niño, por el cuidado ajeno), se hace la experiencia de la *vivencia de satisfacción* que cancela el estímulo interno. Un componente esencial de esta vivencia es la aparición de una cierta percepción (la nutrición, en nuestro ejemplo) cuya imagen mnémica queda, de ahí en adelante, asociada a la huella que dejó en la memoria la excitación producida por la necesidad. La próxima vez que esta última sobrevenga, merced al enlace así establecido se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción. Nada nos impide suponer un estado primitivo del aparato psíquico en que ese camino se transitaba realmente de esa manera, y por tanto el desear terminaba en un alucinar. Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una *identidad perceptiva*, o sea, a repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad.

Y continúa:

Una amarga experiencia vital tiene que haber modificado esta primitiva actividad de pensamiento en otra, secundaria, más acorde al fin {más adecuada}. Es que el establecimiento de la identidad perceptiva por la corta vía regrediente en el interior del aparato no tiene, en otro lugar, la misma consecuencia que se asocia con la investidura de esa percepción desde afuera. La satisfacción no sobreviene, la necesidad perdura. Para que la investidura interior tuviera el mismo valor que la exterior, debería ser mantenida permanentemente, como en la realidad sucede en las psicosis alucinatorias y en las fantasías de hambre, cuya operación psíquica se agota en la *retención* del objeto

deseado. Para conseguir un empleo de la fuerza psíquica más acorde a fines, se hace necesario detener la regresión completa de suerte que no vaya más allá de la imagen mnémica y desde esta pueda buscar otro camino que lleve, en definitiva, a establecer desde el mundo exterior la identidad [perceptiva] deseada. Esta inhibición [de la regresión], así como el desvío de la excitación que es su consecuencia, pasan a ser el cometido de un segundo sistema que gobierna la motilidad voluntaria, vale decir, que tiene a su exclusivo cargo el empleo de la motilidad para fines recordados de antemano. Ahora bien, toda la compleja actividad de pensamiento que se urde desde la imagen mnémica hasta el establecimiento de la identidad perceptiva por obra del mundo exterior no es otra cosa que *un rodeo para el cumplimiento de deseo*, rodeo que la experiencia ha hecho necesario...¹⁷⁷

Detengámonos en este pasaje, para Freud, la tendencia primera a la que el aparato obedeció fue aquella de mantenerse *en lo posible exento de estímulos*. Pero la pregunta que yo haría aquí es ¿qué aparato? No puede ser el aparato psíquico. Me parece que antes de ese momento inaugural no se puede hablar de psiquismo, no, al menos, en los términos en los que el psicoanálisis lo ha descrito. Recordemos lo que dice Freud desde 1895 en las primeras página de su *Proyecto de psicología*: “Cualquier teoría psicológica atendible tiene que brindar una explicación de la <<memoria>>.”¹⁷⁸ El psiquismo del psicoanálisis tiene su núcleo en la memoria, en la huella mnémica. La vivencia de satisfacción lo que describe es, digámoslo así, el mítico trazo de la primera huella, y sólo podemos pensar en el aparato psíquico freudiano en tanto aparato de archivación. Un

¹⁷⁷ Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *AE*, 5, p.p. 557-8.

aparato que responde al esquema del arco-reflejo, esto es, que descargue de manera *inmediata* toda estimulación que le venga de fuera, es un aparato que no guarda reserva o, en otras palabras, que no hace archivo. Un aparato así, es un artefacto que no tiene memoria.

Algo rompe con la tendencia a una total descarga; se trata de un cierto apremio a la vida, que se presenta, en un primer momento, como las grandes necesidades corporales. A esta fuerza, agrega Freud, el aparato *debe* “el envío para su constitución ulterior.” Pero esta fuerza de ninguna manera anula aquella otra disposición. No hay sustitución de una tendencia por otra. Lo que se instaura es una tensión entre esas dos tendencias y es esa lucha, digámoslo así, lo que da cuenta del psiquismo y, por lo tanto, de la memoria.

Cuando analizaba la tensión entre pulsión de vida y pulsión de muerte describí este apremio a la vida como la fuerza que obliga al aparato psíquico a construir una reserva de energía que le mantenga vivo y a que esa descarga total se modifique en una descarga diferida. Es esta tensión entre pulsión de vida y pulsión de muerte la que *pone en marcha* el mecanismo del aparato psíquico. Es la que enciende la máquina o, se podría decir también, la que hace del aparato una máquina de mecanismo más complejo que aquel otro de estímulo-descarga.

Ahora, ¿en qué consiste la sofisticación de este aparato? Se trata de una mediación o un diferimiento de la descarga, un rodeo dice Freud. Es ese rodeo

¹⁷⁸ Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En: *AE*, 1. p. 343.

que el aparato psíquico debe hacer para conseguir el alivio de la tensión aquel que, para decirlo rápido, daría cuenta del proceder de este artefacto de memoria al que Freud llama aparato psíquico. Y es este rodeo el que hace del aparato psíquico una máquina. Bien dice Derrida que es justamente la relación con la muerte el origen de toda máquina.¹⁷⁹ Así, hay que pensar esta mediación, que no es otra cosa que un rodeo a una muerte inmediata o de cortocircuito,¹⁸⁰ como la creación de un archivo o una memoria.

Pero hay que ir más lejos. Para que el mecanismo se instaure la experiencia de satisfacción debe *repetirse*. Esto es, para que la huella mnémica se registre o inscriba como tal, es necesario que el trazo o camino se recorra más de una vez. Una vez que se ha experimentado la satisfacción y se ha establecido una asociación entre la necesidad corporal, el hambre, en este ejemplo paradigmático, y la anulación de la excitación, la próxima vez que esta necesidad asalte al bebé, dice Freud, “se suscitará una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, *restablecer* la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la *reaparición* de la percepción

¹⁷⁹ Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos. p. 311.

¹⁸⁰ No hay que olvidar que Freud piensa en la muerte en términos energéticos y sería entonces tensión cero o descarga total de la energía.

es el cumplimiento de deseo.”¹⁸¹ Para que el bebé pueda volver a la imagen no sólo de ser alimentado sino de aquél que lo alimenta, este evento tiene que repetirse un sinnúmero de veces. Esto es, el bebé sólo puede apegarse a tal imagen y buscar luego esa percepción fuera, si y sólo si esta vivencia se ha repetido. Es la repetición, por tanto, aquello que instaura la vivencia de satisfacción, y es esta experiencia la que *pone en marcha* al aparato psíquico de manera que abandone un funcionar de aparato reflejo y realice funciones más complejas y sofisticadas.

Este rodeo que el aparato psíquico lleva a cabo para el cumplimiento del deseo no es otra cosa sino un trabajo de pensamiento. Dice Freud: “El pensar no es sino el sustituto del deseo alucinatorio...”¹⁸² En efecto, el pensamiento es el rodeo que el aparato psíquico debe realizar para mantener vivo al organismo. Ninguna alucinación ha alimenta jamás a ningún bebé. El aparato debe renunciar a este proceso psíquico que Freud llama regresivo y que va de “la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción” y voltear entonces hacia el “exterior.” Esta vuelta es, para Freud, un trabajo psíquico de pensamiento.

Regresemos al diseño de la pizarra mágica. Lo que verdaderamente le sorprende a Freud de este juguete infantil es cómo, al igual que su aparato psíquico, puede llevar acabo dos funciones que en principio se contrapondrían

¹⁸¹ Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *AE*, 5, p.p. 557-8. Subrayado mío.

¹⁸² *Ibid.*, p. 558.

para cumplirse en un mismo sistema, esto es, la posibilidad de mantener “capacidad ilimitada de recepción,” así como “conservar huellas duraderas.”¹⁸³ Me parece que lo que está detrás de este diseño es justamente la posibilidad de que ambas funciones puedan *repetirse*. La particular relación entre las tres capas de la pizarra mágica –lámina transparente de celuloide, papel encerado y capa de cera- permite una escritura infinita y abre el espacio para la recepción ilimitada de nuevas percepciones. En otras palabras, la arquitectura de la pizarra mágica facilita la repetición, que se repita la escritura y que se *recupere* lo ya escrito. Eso es lo que a Freud le atrapa de este artefacto, pues es eso mismo lo que su aparato psíquico resuelve. Es la repetición el origen (no-originario, como diría Derrida¹⁸⁴) del aparato psíquico. Y es también la repetición lo que nos permite pensar en el psiquismo como aparato y máquina. Sin repetición no hay máquina, pues ciertamente lo esencial de todo mecanismo es que pueda repetirse de manera automática.

Pero hay que recordar también que la analogía entre estos dos artefactos cae porque la pizarra mágica, a diferencia del aparato psíquico, no puede *reproducir* por sí sola, dice Freud, las huellas en ella impresas. Había dicho antes, en este mismo aparatado, que de contar con esta “automaticidad” la pizarra

¹⁸³ Freud, S. (1925). Nota sobre la pizarra mágica. En: *AE*, 19. p. 243.

¹⁸⁴ En este punto resulta muy interesante no perder de vista lo que Derrida plantea cuando piensa en la *différance* como *un origen no originario*. Pues la repetición como origen del aparato psíquico habría que conceptualizarla en los mismos términos, ya que por principio la repetición no

mágica sería entonces una *máquina* con mecanismo propio. La analogía cae porque la pizarra es un artefacto de diseño ingenioso pero simple, mientras que el núcleo del funcionamiento del aparato psíquico freudiano está en esa particular automaticidad y mecánica¹⁸⁵ que lo transforman en una máquina *–de escritura*.

puede pensarse como una presencia plena. En este mismo sentido, quedaría como enigma esa “primera vez”.

¹⁸⁵ Además de *Más allá del principio del placer* (1920), Freud escribe en 1919 uno de sus artículos más ilustrativos sobre los fenómenos de la repetición, lo reprimido y lo angustioso. Este trabajo lleva, de una manera muy sugestiva, el título de *Lo ominoso*. Lo ominoso, expone Freud, es aquella clase de lo angustioso que tiene su origen en lo reprimido pero que *retorna*, y es de hecho ese *retornar* lo que despierta ese sentimiento. Son varios factores los que vuelven ominoso lo angustiante, pero hay dos que en lo particular me interesan por su relación con la cuestión de lo maquinal, lo autónomo e involuntario. Primero, el sentimiento ominoso que ciertos muñecos con mecanismo despiertan cuando por momentos no podemos distinguir si se trata de un ser vivo o de una máquina. Freud no analiza esta clase de lo ominoso a profundidad y, de hecho, de alguna manera la echa a un lado, pues la interpreta desde la incertidumbre intelectual o perplejidad en el juicio y, para Freud, este no es el factor decisivo para la animación del sentimiento ominoso. Para él, lo que hay que subrayar de este fenómeno es el origen infantil y reprimido de aquello que, cuando se reanima, provoca esa angustia particular que identifica como terrorífica. Y segundo, eso que Freud llama “repetición no deliberada” y que describe acontecimientos sorprendidos y chocantes tales como perderse en un lugar desconocido y, al tratar de encontrar el camino correcto, volver repetida e involuntariamente al mismo lugar, o toparse con la misma persona en un mismo día en lugares completamente inexplicables. Dice Freud: “...es sólo el factor de la repetición no deliberada el que vuelve ominoso algo en sí mismo inofensivo y nos impone la idea de lo fatal, inevitable, donde de ordinario, sólo habríamos hablado de <<casualidad>>” (p. 237). Pero más allá de lo chocante y curioso de estos dos fenómenos, a mí me resulta ciertamente llamativo pensar cómo dos características sustanciales del proceder del aparato psíquico, cuando se manifiestan en la realidad objetiva despiertan este sentimiento ominoso. Lo que a partir del texto de lo ominoso se vuelve sugestivo es que la repetición que yo veo como condición de posibilidad y de alguna manera *origen* del aparato psíquico provoca un sentimiento ominoso cuando refiere a cierta automaticidad y lo que Freud llama “repetición no deliberada”. Puestas estas ideas juntas resulta interesante que el núcleo del proceder del aparato psíquico, esto es, un funcionamiento compulsivamente repetitivo y en mucho automático, se torna ominoso a los ojos de la percepción humana. Pareciera entonces que al ser humano le resulta ominoso el proceder de su propio psiquismo. Así, dice Freud, justamente se siente como ominoso aquello capaz de

CONCLUSIONES

Vuelvo a preguntarme ¿por qué leer a Freud a través de (o con) Derrida? Una de las respuestas posibles es la que desarrollé a lo largo de todo este trabajo, pero hay algo más, y es *ese más* el que me parece debe cerrar este trabajo y abrir otros, precisamente porque trata de *una* (entre muchas otras posibles) *apertura*.

Pensar el aparato psíquico atravesado por una lógica de la inscripcionalidad abre al psiquismo y, por lo tanto, a la existencia humana, a la *posibilidad*. El aparato psíquico en tanto máquina de escritura y el psiquismo en tanto texto o tejido de huellas mnémicas develan cierta *alterabilidad* como posibilidad de modificación, de *reescrituración*. En este sentido, la psique humana habita en un *entre*: entre la herencia y lo porvenir.

Ahora, ese *entre* es un “lugar” conflictivo y jamás armónico. Recordemos lo que decía Freud sobre la neurosis y el análisis clínico como su tratamiento cuando imaginaba esta relación como batallones que se enfrentan en una lucha donde siempre gana el más fuerte.¹⁸⁶ Así imagino también yo ese “espacio” entre herencia y porvenir. Esto es, habitar en este *entre* implica que a veces el sujeto vive *como si* no hubiera más que la herencia que le ha sido otorgada, esto es, *como si* sólo hubiera *un* destino, *un* camino y, otras veces, el sujeto es capaz de tomar en sus manos una existencia más abierta a posibilidades inéditas. Esa

recordar a esa compulsión interior de repetición (p. 238). [Freud, S. (1919). Lo ominoso. En: *AE*, 17]

¹⁸⁶ Ver p. 85.

apertura al porvenir es, en otras palabras, la apertura a lo que Derrida llama el *acontecimiento*.¹⁸⁷

A lo largo de la tesis dije que esta característica de *no inalterable* que Freud le otorga a la huella mnémica en su *Nota sobre la pizarra mágica*, abre al psiquismo a la posible irrupción inadvertida del acontecimiento; lo que aquí digo no contradice esta concepción, pero lo que ahora me interesa subrayar es cómo vive el sujeto esta apertura, esto es, dejar por el momento de lado las cuestiones de la metapsicología freudiana y pensar en términos de cómo entonces este diseño del aparato psíquico se “mueve” en el “mundo.”

Es desde ahí que creo el psicoanálisis plantea una posición ética. Aquel que se analiza está afirmando, de alguna manera, esa posibilidad de cambiar su rumbo, su “destino,” es aquel que quiere responder –responsabilizarse- por sus deseos inconscientes como los principales herederos de la historia de un sujeto. Responder por esos deseos significa que –en la medida de lo posible, aunque sí cada vez con mayor fuerza- *ya no hablen por uno sino que uno hable*. Dice Derrida en *Estados de ánimo del psicoanálisis* que “aquel que dice ‘eso no funciona bien’ anuncia ya una preocupación reparadora, terapéutica, restauradora o redentora.”¹⁸⁸

¹⁸⁷ Ver p. 95, p. 103 y p. 134.

¹⁸⁸ Derrida, J. (2001). *Estados de ánimo del psicoanálisis*. (Virginia Gallo, trad.). Argentina: Paidós. p. 18.

El análisis es un trabajo de pensamiento que pone en cuestión aquello que aparece en el discurso del analizando como lo incuestionable, lo fehaciente o, por decirlo de alguna manera, lo insuperable en relación con su historia y, específicamente, su herencia. Esta puesta en cuestión devela lo ilusorio de una existencia con *un* único destino: aquel que por herencia le había sido asignado. El análisis lleva a una muy particular emancipación del analizando que, creo yo, consiste en develar otras posibilidades, otros destinos. Este trabajo de pensamiento que el encuadre analítico promueve, muestra que la historia no ha sido escrita, y que está por escribirse.

* * *

Esa es la apertura o, para decirlo mejor, una de las aperturas que la lógica de la inscripcionalidad devela del psiquismo, pero hay otra cuestión que considero queda en suspenso y, por lo tanto, abierta en la teoría psicoanalítica. Se trata de la relación entre el aparato psíquico y el sistema nervioso. En el primer capítulo trabajé el tema de la virtualidad del aparato y de cómo Freud, en el capítulo VII de *La interpretación de los sueños*, propone su diseño como un producto de la imaginación y al que hay que ubicar en el interior, en el *entre* de los componentes de un artefacto; pero igualmente asume que el aparato anímico del que él trata se conoce también como “preparado anatómico,” esto es, aunque Freud sostiene que

su aparato psíquico es irreductible a cualquier órgano anatómico materialmente aprehensible, nuestra vida anímica no.

En estos pasajes del capítulo VII de *La interpretación de los sueños*,¹⁸⁹ pareciera por momentos que el cuerpo es algo que a Freud le estorba, no sabe qué hacer con él y entonces *lo deja de lado*. El aparato psíquico está ahí, es un efecto, pero no está ahí como célula, no como parte aprehensible del sistema nervioso.

Freud quiere que el lector deje de lado al cuerpo, pero al mismo tiempo nunca abandona por completo el lenguaje de la medicina o de las ciencias positivas en general. Se deja también ver, a lo largo de toda su obra, su resistencia a romper con el gremio médico. Pero con la medicina no puede demostrar que el inconsciente está ahí. El inconsciente excede al cuerpo, no hay vía morfológica, fisiológica, anatómica o bioquímica que sirva para abordar el estudio ni del inconsciente ni de sus efectos. Esto es la excedencia del psiquismo; y es en esta excedencia desde donde se puede hablar de algo como un aparato psíquico, y no antes.

Aunque a lo largo de su carrera y de su obra Freud va alejándose de los términos médicos e introduce modelos explicativos que describen el funcionamiento de su aparato psíquico a través de analogías o símiles con instrumentos tecnológicos, esos modelos no abandonan del todo el vocabulario de la medicina. Aparecen neuronas en el *Proyecto de psicología*, portadores

neuronales en la *Carta 52* y preparados anatómicos en *La interpretación de los sueños*, y no es hasta la *Nota sobre la pizarra mágica* que ese vocabulario se diluye.

Pero una diferencia oposicional entre cuerpo y psique es una oposición falsa que hay que poner en cuestión. Dentro del contexto de este trabajo, no se puede pensar en escritura sin un *cuerpo*, sin “algo” que se resiste a ser escrito y que, por esa precisa resistencia, posibilita la escritura. Lo que se escribe se escribe sobre algo porque “algo” resiste a ser escrito...

En ese primer apartado cité a Freud¹⁹⁰ cuando dice que sabemos, por un lado, del encéfalo como escenario de nuestra psique o vida anímica y, por otro, de nuestros actos de conciencia, pero que no sabemos nada de lo que pasa *en medio* de esos dos polos. En ese espacio, dice Freud, se ubican el aparato psíquico que él describe y todas sus elucidaciones. La pregunta aquí me parece obvia: ¿qué pasaría con el diseño del aparato psíquico freudiano y con el psicoanálisis en general, si las ciencias médicas o biológicas dijeran algo sobre ese *en medio* del encéfalo y los actos de conciencia que contradijera el discurso freudiano? Creo que las posibilidades son muchas y muy diversas. Mi interés aquí no es imaginar escenarios y hacer un análisis de cada uno de ellos, lo que quiero enfatizar es que la teoría psicoanalítica del psiquismo en tanto ficción queda abierta, por principio,

¹⁸⁹ Ver el apartado *Las máquinas de La interpretación de los sueños*.

¹⁹⁰ Ver p.p. 58-9.

a nuevas explicaciones, interpretaciones e, incluso, a nuevos diseños del aparato psíquico...mecánicos o no.

El aparato psíquico como supuesto, como diseño de la imaginación, abre el discurso freudiano a lo por-venir. Hay un “por el momento” que no cierra el esquema explicativo. La teoría psicoanalítica, en tanto trata de supuestos, especulaciones, diseños ideales y mitologías, está radicalmente abierta a lo que Derrida llama la *diseminación* del sentido.

Pero el mismo Freud afirma esta apertura, como en aquella ocasión en la que le dice a Jung: “Usted será aquel que, como Josué, si yo soy Moisés, tomará posesión de la tierra prometida de la psiquiatría, a la que yo sólo puedo percibir de lejos.”¹⁹¹ En esta comunicación queda claro que Freud está pensando en el psicoanálisis como una promesa, como algo que no ha llegado a su destino. Piensa que llegará a ocupar el lugar de la psiquiatría y lo único que uno puede pensar es ¡qué equivocado estaba Freud! Al menos, *por el momento*, y hay que subrayar este “por el momento.” Por ahora el psicoanálisis está muy lejos de la psiquiatría. Si Freud pensaba que la psiquiatría se alejaría de la farmacología y la neurología, al menos, *por el momento*, por lo que toca a este siglo que ha pasado desde su revolución de 1900, está muy equivocado. Pero, la historia sigue abierta, radicalmente abierta... Hay que recordar las palabras de Derrida cuando

¹⁹¹ Derrida, J. (2001). *Estados de ánimo del psicoanálisis*. (Virginia Gallo, trad.). Argentina: Paidós. p. 40.

dramáticamente apunta: “El psicoanálisis es imborrable, su revolución es irreversible –y sin embargo, en tanto civilización, mortal-.”¹⁹²

En septiembre del 2001, en el marco de un seminario sobre la pena de muerte en *The New School University*, en la Ciudad de Nueva York, tuve la oportunidad de preguntarle a Derrida por el estatus del psicoanálisis a raíz de que él sostenía la interminabilidad e imposibilidad de todo análisis y, en este mismo sentido, de toda deconstrucción, y tuvo a bien responderme una de esas frases que a uno, de una manera determinante e irreversible, le *abren un camino*. Dijo, palabras más palabras menos: “la imposibilidad de una tarea no implica la cancelación de su carácter o condición de tarea, aunque sea imposible hay que hacerla.” Más allá del psicoanálisis y del porvenir del psicoanálisis, esta me parece una postura ética radical que vale para todas aquellas batallas que la humanidad libra.

Así, toda batalla, aunque de antemano perdida, hay que pelearla. El psicoanálisis, como bien lo dijo también Freud es interminable y, por esta misma razón, imposible y, sin embargo, *hay* que analizar. Y es en este sentido que el psicoanálisis está, siempre y radicalmente, *por venir...*

¹⁹² *Ibid.*, p. 49.

BIBLIOGRAFÍA

Cragolini, M., “Una ontología asediada por fantasmas: el juego de la memoria y la espera en Derrida”, en: *Escritos de filosofía*. No. 41-42, Buenos Aires, 2002.

Derrida, J. (1986). Especular sobre Freud. En: *La tarjeta postal*. (Tomás Segovia, trad.) México: Siglo XXI.

Derrida, J. (1989). Freud y la escena de la escritura. En: *La escritura y la diferencia*. (Patricio Peñalver, trad.) Barcelona: Anthropos.

Derrida, J. (1995). *Espectros de Marx. El estado de la deuda, el trabajo del duelo y la nueva Internacional*. (José Miguel Alarcón y Cristina de Peretti, trad.) Madrid: Trotta.

Derrida, J. (1995). *Khôra*. (Diego Tatián, trad.) Argentina: Alción Editora.

Derrida, J. (1997). *Mal de archivo*. (Paco Vidarte, trad.) Madrid: Trotta.

Derrida, J. (1997). *Resistencias del psicoanálisis*. (Jorge Piatigorsky, trad.) Argentina: Paidós.

Derrida, J. (2001). *Estados de ánimo del psicoanálisis*. (Virginia Gallo, trad.) Argentina: Paidós.

Derrida, J. (2003). Firma, acontecimiento, contexto. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) España: Cátedra.

Derrida, J. (2003). La différance. En: *Márgenes de la filosofía*. (Carmen González Marín, trad.) Madrid: Cátedra.

Derrida, J. (2005). *De la gramatología*. (Oscar del Barco y Conrado Ceretti, trad.) México: Siglo XXI. p. 202.

Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En: *AE*, 1.

Freud, S. (1896). Carta 52. En: *AE*, 1.

Freud, S. (1900). La interpretación de los sueños. En: *AE*, 5.

Freud, S. (1914). Recordar, repetir y reelaborar. En: *AE*, 12.

Freud, S. (1915). Pulsiones y destinos de pulsión. En: *AE*, 14.

Freud, S. (1915). Un caso de paranoia que contradice la teoría psicoanalítica. En: *AE*, 14.

Freud, S. (1917). Una dificultad del psicoanálisis. En: *AE*, 17.

Freud, S. (1919). Lo ominoso. En: *AE*, 17.

Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En: *AE*, 18.

Freud, S. (1923). El yo y el ello. En: *AE*, 19.

Freud, S. (1924). Presentación autobiográfica. En: *AE*, 20.

- Freud, S. (1925). La negación. En: *AE*, 19.
- Freud, S. (1925). Las resistencias contra el psicoanálisis. En: *AE*, 19.
- Freud, S. (1925). Nota sobre la pizarra mágica. En: *AE*, 19.
- Freud, S. (1926). Inhibición, Síntoma y Angustia. En: *AE*, 20.
- Freud, S. (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? En: *AE*, 20.
- Freud, S. (1933). ¿Por qué la guerra? En: *AE*, 22.
- Freud, S. (1937). Análisis terminable e interminable. En: *AE*, 23.
- Freud, S. (1940). Esquema del psicoanálisis. En: *AE*, 23.
- Freud, S. (2004). *La afasia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Gay, P. (1990). *Freud. Una vida de nuestro tiempo*. España: Paidós.
- Hanns, L. (2001). *Diccionario de términos alemanes de Freud*. Buenos Aires: Grupo Editorial Lumen.
- Kristeva, J. (1977). El sujeto en proceso. En: A.A.V.V. *Artaud*. Valencia: Pretextos.
- Laplanche, J. y Pontalis, J.-B. (1983). *Diccionario de Psicoanálisis*. Barcelona: Labor.

Nancy, J. (1991). *Who comes after the subject?* EEUU: Routledge.

Platón, *Timeo*. (Mercedes López, trad.). España: Gredos.